

COL·LECCIÓ HISTÒRIES DEL RAVAL

14 LA BOQUERÍA

Y SU MUNDO DE RELACIONES SOCIALES, 1840-1980

MIQUEL VALLÈS GARRETA



COL·LECCIÓ HISTÒRIES DEL RAVAL

14 LA BOQUERÍA

Y SU MUNDO DE RELACIONES SOCIALES, 1840-1980

MIQUEL VALLÈS GARRETA

Barcelona, noviembre 2022

Diseño y maquetación: El Lokal

Fotografías: Arxiu Fotogràfic de Barcelona. Arxiu Nacional de Catalunya.

Fotografía cubierta: Interior del mercado de la Boquería. Año 1920 (AFB)

Versión al castellano: Amelia Gómez e Isabel Fernández

Licencia:

Esta obra está bajo licencia de Reconocimiento -
No Comercial - Sin Obra Derivada 3.0 de Creative Commons



Edición:

Associació Cultural el Raval «El Lokal»

C/ de la Cera, 1 Bis. 08001 Barcelona

ellokal@ellokal.org

www.ellokal.org



ISBN: 978-84-125320-1-2

Depósito legal: B 20836-2022

Impresión: Estugraf impresores S.L.

C/ Pino, 5. 28350 Ciempozuelos, Madrid

Prensa consultada en este trabajo. Abreviaturas.

DB	Diario de Barcelona
DE	Destino
EA	El Áncora
EC	El Constitucional
ECP	El Clamor Público
ED	El Diluvio
EGN	El Guardia Nacional
EHM	El Heraldo de Madrid
EI	El Imparcial
ELL	El Lloyd Español
EP	El Popular
EPC	El Poble Català
ESF	El Siglo futuro. Diario Católico.
FR	Frente Rojo
GCH	Gaceta de los Caminos de Hierro
GMB	Gaceta Municipal de Barcelona
LAE	La España
LC	La Corona. Periódico liberal
LCC	La Crónica de Cataluña
LCE	La Correspondencia de España
LD	La Dinastía
LE	La Esperanza
LH	La Humanitat
LI	La Independencia
LP	La Publicidad
LV	La Vanguardia
LVC	La Veu de Catalunya
MG	Mundo Gráfico
SOLI	Solidaridad Obrera

Índice

Prólogo	9
Unas notas previas	11
Antes del mercado de La Boquería	13
Una normativa cívico-ciudadana	20
La feria de santo Tomás y la primera piedra de La Boquería	23
La Boquería arranca el vuelo: las carnes	30
El pan, la leche y el pescado	35
Frutas, verduras y hortalizas. Los higienistas	45
Cuando La Boquería tuvo que cerrar los puestos	50
Los fielatos y los alimentos de amplio espectro: caracoles y setas	53
Crecimiento de La Boquería. La huelga de las verduleras de 1852	60
Cuando llueve sobre mojado; la lucha por los alimentos de buena calidad	67
Cuando la miseria genera violencia	75
La Boquería y el retorno de <i>Los Voluntarios catalanes de África</i>	76
Septiembre de 1868. Cuando los generales quisieron hacer una revolución	78
Un director de La Boquería destituido	82
La ciudad derriba las murallas, pero surgen otras	85
La Boquería y la Exposición Universal de 1888	87
Un mercado con muchos problemas; incluso violencia física	90
<i>La Nievelina</i> y la llegada del frío artificial	94
1903, huelga de hortelanos y pescadores	102
La Boquería, tan grande como conflictiva	109
Contra la venta ambulante. Los memorialistas	118
De las bombas en La Boquería a la Primera Guerra Mundial	123
Barcelona, de 1920 a 1936	137
Guerra y revolución	150
La posguerra: Tristeza y austeridad	155
En plena hambruna, ideas perturbadoras	162
Transformación social de valores y hábitos	168
Epílogo	171

Prólogo

Se hace difícil sacar adelante el prólogo de un libro tan bien documentado y escrito, ya que parece que no haya nada más que decir.

De todas formas lo intentaré, tanto por Miquel Vallès como por la gente del Raval, que bien se lo merecen.

Hablaremos, pues, del libro. Quizás a algunos lectores les sorprenderá la cantidad ingente de documentación que puede generar un mercado. En primer lugar estamos hablando de uno de los mercados más importantes, al menos a nivel histórico, de la vieja Europa. Por otra, y gracias al libro, nos apuntamos a la reivindicación de la existencia de los mercados, ante la invasión sin control de las grandes superficies que los han hecho tambalearse y a la casi desaparición de las tiendas de barrio.

Del libro, apoyado por un trabajo de investigación y documentación exhaustiva y generosa, también destacamos el carácter narrativo, donde las noticias de los medios de la época están interrelacionadas en el tiempo y en el contexto.

Hay algunos capítulos de este libro, de lectura amena y sustanciosa, que me han llamado la atención personalmente: “La huelga de verduleras 1852”; los temas sobre “Los caracoles y las setas”, “La huelga de los hortelanos, pescadores y pescaderos 1903”, “El conflicto de la Nievelina”, “El director Lerrouxista que no quería irse ni con agua caliente”.

Y aunque el libro es muy completo, me permito una pequeña aportación en un tema antiguo y que hoy en día es actual: los residuos. Hasta bien entrados los años 60, antes de la generalización del plástico, en las tiendas íbamos a comprar con cestos o cestas (como se intenta hacer ahora); la compra era al peso y la podían poner en cucuruchos de papel y otras veces solo envuelta en papel, sin bolsas: la carne, el pescado, el embutido, la verdura, directos a la cesta. Los líquidos leche, aceite, vino, licores, en vasijas de multiu-

so aportado por la clientela. Las latas eran reutilizadas como macetas y mini regaderas. Algunos envases de vidrio, como los de agua mineral, cerveza, sifón, eran retornables. Las botellas del festivo “champán” las recompraban y una vez limpias se utilizaban de nuevo. El cubo de la basura era de chapa galvanizada, sin bolsa y como mucho forrado con papel de periódico y era recogido por el basurero puerta a puerta.

Hoy en día se están generalizando las bolsas de papel, los envases bio-degradables o compostables; la venta a granel, que no es un retorno nostálgico al pasado sino un hecho de urgente necesidad.

Y como el libro me da pie para el tema de que los buenos profesionales vendían y venden con receta, aquí van dos recogidas en los mercados:

Fideos con espina de atún

Este plato es el equivalente de mar en la receta de montaña hecha con chuleta de cerdo ya que la espina una vez salpresa aporta grasa y sustancias de carácter paralelo.

Hacemos un sofrito de ajo, pimiento y tomate; sofreímos los fideos, habitualmente de los gruesos, los cubrimos ligeramente de agua o mejor, y a ser posible, de un caldo suave de pescado y le añadimos la espina. Hacia el final de la cocción, si queremos redondear más el plato, podemos añadir una picada de ajo, perejil, unas hebras de azafrán y yema de huevo duro.

(Recogido en el mercado de Santa Caterina y en La Boquería alrededor de los años 70 del s. XX).

De estas mismas fechas y en el mercado de los jueves en Granollers:

Tortilla de escarola

Aprovechamos las hojas exteriores de la escarola, las que son más verdes, las cortamos pequeñas y las rehogamos en una sartén, con tapadera, donde también hemos frito un diente de ajo (optativo). Una vez blandas, las añadimos a huevos batidos y formamos una magnífica y redondeada tortilla.

Pep Salsetes

UNAS NOTAS PREVIAS

Los mercados son más antiguos que los hospitales, los cuarteles o los conventos; allí donde había gente, agrupada o dispersa, esta, de manera cíclica se aprestaba alrededor de un mercado que por otra parte era instalado y organizado, en su mayoría, por la propia gente vecina; algunos venían de más lejos. Sabemos que se vendía, se compraba y se intercambiaba todo lo que era una necesidad para subsistir y vivir.

También alrededor del mercado se generaba un mundo de relaciones sociales, lugar donde la gente se presentaba, se conocía, se pactaban matrimonios, algunos con amor y estimación y otros con muchos intereses que poco o nada tenían que ver con ello.

Eran lugares de colores, de olores y de información, la gente hablaba y explicaba todas las noticias que hasta entonces habían quedado aisladas de los oídos y el conocimiento de los que vivían más o menos alejados. En él se referían las penurias, las enfermedades de los pequeños, de los mayores y de los más viejos, y siempre había quien tenía remedio para curar a quienes vivían con dolores o arrastraban enfermedades. Incluso había vendedoras que se ganaban la vida con la poca vida de los otros y vendían hierbas, pomadas, ungüentos, frutos, sanguijuelas, cataplasmas, aceites, etc. No hace falta decir como también, en el mismo mercado o más allá, había quien sanaba el reuma, colocaba los huesos en su lugar, curaba los hombros, las migrañas, hacía fértiles a las chicas y mujeres que no quedaban embarazadas...

Era un mundo de sabiduría, de palabras, de saber y conocer para quien lo deseaba; hoy todavía las vendedoras de los mercados tienen un conocimiento tan extenso y sólido de sus productos que pueden *venderlos con receta*, es decir que mientras los pesan o preparan, pueden sugerir y recomendar las mejores maneras de cocinarlos.

Naturalmente, los mercados han sido también espacio para las artes de la astucia y la pillería por parte de algunos vendedores que, aplicadas en las estrategias de medir, con pequeños toques y retoques aumentaban sus ganancias, bien con las romanas, las balanzas de dos platos, las básculas, las más modernas de aguja y por supuesto las de hoy digitales. Lo mismo diríamos de las unidades de capacidad para los líquidos como el aceite, el vino o la leche, las cuales con una simple pequeña abolladura reducían la cantidad "precisa".

La palabra mercado ha quedado corrompida en su significado: hoy tenemos los mercados bursátiles, los mercados de valores —¿de qué valores?— y

el mercado de trabajo, donde las personas representan un valor económico y como tal son objeto de compra y venta. Tienen precio, son mercancía.

Hoy los supermercados han lesionado gravemente a los antiguos mercados. Las palabras a menudo son perversas porque han sido sesgadas y desgastadas, por lo que a simple vista un "súper", establecimiento que por su adjetivo debería ser mucho mejor que un sencillo mercado, resulta que a pesar de la apariencia es mucho menos que un mercado; allí no podemos tocar los alimentos, solo verlos, ya que todo está encapsulado, plastificado, aséptico, –muchas marcas blancas– y lo más grave, quizás, muchos producidos o fabricados por empresas multinacionales alejadas de los productos de proximidad. Desaparece el trato personal entre vendedores y compradores, podríamos decir que son establecimientos anónimos si no fuera porque a la postre todos tenemos que pasar por caja, puesto ocupado en su mayor parte por chicas o mujeres que por su condición de género pueden percibir una retribución menor y por ello han sido elegidas para tan desagradable trabajo. Además, los pocos dependientes o re-ponedores que trabajan en un súper acostumbran a tener una des-afección tan grande hacia la empresa en la que trabajan, que apenas conocen lo que venden ni tienen mucho interés en hablar de ello.

Ya sabemos que el éxito de estos grandes almacenes se debe a la vida apresurada, al trabajo de las parejas, a la pereza en cocinar, a las colas, a las comidas envasadas y precocinadas, etc. Curiosamente constatamos cómo los medios de comunicación –más de propaganda que de información– nos ofrecen un ininterrumpido espectáculo de concursos de cocina para mayores, con protagonistas de gente tan famosa como torpe... También los pequeños, los niños, son utilizados y mostrados en el escaparate. Todo ello nos lleva a considerar que nunca con tanta divulgación y espectáculo culinario habíamos estado tan huérfanos e ignorantes en el uso y la práctica de la cocina.

En nuestro barrio hay un mercado de alimentos de buen ver, tanto por su tamaño físico y por la diversidad y cantidad de verduras, carnes, pescado y todo tipo de alimentos frescos que todavía se ofrecen, como por la riqueza de servicios que ha prestado a la ciudad. Pero por causas que acabamos de citar, La Boquería va reculando como mercado tradicional, a pesar de que en muy pocos años el Consistorio haya decidido invertir más dinero en su remodelación que en los ciento ochenta años de su historia. Y es que no todo, ni mucho menos, se arregla con dinero.



Iglesia del convento de San José de los Carmelitas descalzos, con las carnicerías en la misma fachada, 1750. Detalle del Plano de la Rambla. AHCB.

ANTES DEL MERCADO DE LA BOQUERÍA

Nos puede resultar difícil de imaginar, pero antes de que entrara en funcionamiento el mercado de La Boquería, la parte de la Rambla que iba desde la calle del Carmen hasta la de sant Pau, era un largo espacio ocupado por muchos puestos de venta de alimentos. Los hortelanos de las huertas de san Beltrán que tenían los cultivos entre la parte baja del actual Paral·lel y el pie de la montaña de Montjuïc, más los campesinos que tenían campos por los alrededores de las Rondas e incluso gente del Raval, vendían sus productos en las mesas que montaban todos los días en las Ramblas. En la entrada de las calles del Hospital y de sant Pau había pescaderas que vendían su producto expuesto o extendido en cestas de mimbre; el pescado estaba colocado sobre hojas de col que a su vez yacían sobre la nieve que era transportada por los arrieros desde los antiguos pozos de hielo; estos depósitos de planta circular, estaban contruidos con un grueso muro de piedra en el que se guardaba la nieve en capas de unos 20 centímetros de espesor, compactadas y separadas por hojas de helecho. Relativamente cerca de Barcelona, estos pozos se encontraban en la parte alta del Moianès y en los alrededores del Tagamanent, zonas que eran denominadas «la nevera de Barcelona». La actividad comercial de este hielo natural se mantuvo hasta el tercer decenio del siglo XX.

Aquellas vendedoras fueron trasladadas a principios del siglo XIX Ramblas arriba, entre el palacio de la Virreina y la iglesia de Belén, y hacían su venta bajo un cobertizo de madera sujeto en las edificaciones de aquel lateral de la Rambla. A ambos lados del paseo se alineaban las mesas de carne, además de las que ofrecían verduras, frutas y hortalizas. También naturalmente estaban las polleras, los vendedores de aves y también aquellos que ofrecían conejos, despojos o asaduras, pescado salado como arenques, bacalao, etc.

Vendedoras y vendedores cantaban anunciando sus respectivos productos, cada uno como el mejor y el de mejor precio, de modo que el griterío se extendía de la misma manera que lo hacían los olores y hedores que salían de los productos residuales que eran arrojados al pie de los puestos de venta. Este mercado llegaba hasta la Portaferissa. Entre esta portada y la de santa Ana trabajaban los cordeleros hilando y trenzando el cáñamo y el esparto, aprovechando la gran longitud de aquel espacio que era más riera que paseo.

Por si fuera poco, durante unos años se establecieron puestos de vendedores de muebles de segunda mano que hacían la competencia a los Encants situados entonces en los soportales, aún existentes, junto al actual edificio de la Lonja, en la calle del Consulat del Mar. Y tampoco debemos pasar por alto la venta de flores, artículos de ferretería, menaje de cocina, estampas, cruces, rosarios y muchos otros trastos. Y como sea que las Ramblas no estaban todavía empedradas, los días de lluvia se convertían en un barrizal que hacía difícil transitar, por lo que hay que imaginar aquel paseo como un espacio caótico, sobre todo por las mañanas y en la parte que iba desde el llano de La Boquería hasta la vieja portada que dio nombre a la calle de la Portaferissa.

Este estado de cosas, situación que ahora diríamos de urbanismo caótico y de extremas diferencias socio-económicas –en parte como hoy– definirían la ciudad durante décadas. En un documento del año 1867 encontramos: *Narciso Pujadas Seladriguas solicita permiso para que su hijo Narciso Pujadas pueda vender bastones de madera en una parada ambulante en el Pla de Boquería.*¹

Añadiremos que los dos lados del paseo estaban deprimidos y en cambio el centro era una panza hinchada, como una espalda de asno que sobresalía; las autoridades se esforzaban en que los peatones circularan por el lado del Raval y que los carruajes lo hicieran por el de la muralla o de la ciudad vieja, un esfuerzo bien inútil porque entonces, más que ahora, la gente iba, cuando podía, por donde quería.

.....
1 AMCB. Código A 191. Exp. 1483. Año 1867

Hay un personaje que vale la pena conocer, se trata de Rafael de Amat y de Cortada, Barón de Maldà, hombre de la nobleza barcelonesa que se encontró con una inmensa fortuna cuando nació, la mayor parte hecha por sus antepasados en las Américas, ya podemos imaginar cómo y de qué manera –su tío Manuel Amat fue Virrey del Perú. El Barón, que tenía mucho tiempo libre como podemos suponer, fue escribiendo casi a diario un dietario donde anotaba las incidencias que observaba en la ciudad. Evidentemente que él las veía desde su estamento social, y hay muchas cosas que no quería ver, y otras se las miraba con la visión de la clase a la que pertenecía. Empezó a escribir en 1769 y terminó en 1816, así que nos dejó una gran cantidad de información de la vida barcelonesa a caballo del último tercio del siglo XVIII y de las dos primeras décadas del XIX.

En uno de los muchos asentamientos anotados, Maldà nos explica cómo el gobernador aprovechó la gran cantidad de parados que había en la ciudad para seguir con el secular trabajo de continuar el arreglo del paseo precisamente en la parte de la que estamos hablando:

Día 15 de mayo 1800

Siguiendo esta sigla de tantas novedades en el cielo y en la tierra, así se ha experimentado en Barcelona, y actualmente en este último año de la centuria, de más proyectos que de pesetas; discurriendo a todo discurrir el gobierno como dar sustento a tantas familias desamparadas y menesterosas, así [como] a tantos trabajadores que aumentan cada día en su indigencia, por falta de trabajo.

Por tanto, por disposición de S.E. el general o del señor gobernador, se pasará a continuar el paseo de la Rambla, alargándose hasta Belén; sacándose a las verduleras y hombres de todo aquel trozo desde la Boquería [Pla de la Boqueria] hasta pasada la iglesia de Sant Josep, transfiriéndose estas verduleras delante de ese trozo de muralla de casa Rocafort (...) así también bajando la tierra de enfrente, todo por plaza por dichas verduleras, y los corderos fuera. Pudiendo yo decir que en todo este espacio que ha corrido de cincuenta años, la mitad, y no sé si diga más, de Barcelona es nueva, y que de continuo se fabrica, levantándose muchos pisos, no pudiéndose extender debido a las murallas, no cabiendo casi la gente, que ya se computa llegar a doscientas mil personas.²

2 Amat i de Cortada, Rafel: *Calaix de sastrre*. Vol. V, 1800-1801. Curial Edicions, Barcelona, 1994

En realidad la población de Barcelona no llegaba a los 120.000 habitantes al empezar el siglo XIX —de los que 10.000 trabajaban en el ramo del textil— pero es cierto que su crecimiento era incesante; así entre 1834 y 1847 Barcelona aumentó la población en 50.000 habitantes, en gran parte por el empuje de la inmigración interior catalana; la gente sentía con angustia esta multiplicación de personas viendo cómo las murallas no se movían ni se podían desplazar y como detrás había un terreno despoblado que parecía infinito... Se añadía otro motivo de preocupación, y era la indiferencia de militares y religiosos que, con sus cuarteles, prisiones, instituciones de mando, conventos, monasterios, santuarios, e iglesias, acaparaban el 35% del suelo de la ciudad. También la burguesía compartía este punto de vista, pero con otro interés: en Barcelona no había terrenos para implantar más talleres, obradores o fábricas, pero este estamento no se atrevía a encararse ni a la milicia ni al clero.

Había que alimentar a todas las bocas, y la ciudad no tenía ni un solo mercado importante sino un puñado de puntos de venta en las plazas, cruces de calles y espacios pendientes de edificación. Había paradas en la plaza del Pedró; también entre la Lonja y el antiguo convento de san Sebastián (hoy al final de la Via Laietana, en el lado opuesto a Correos), en el Pla de la Boqueria, alrededor de la iglesia de santa Maria del Mar y en otros puntos. Y no debemos olvidar el disperso ejército de vendedores ambulantes que, naturalmente, no pagaban ningún tipo de contribución y llegaban a todos los rincones donde creían que podrían encontrar compradores. Sigue Rafel Amat:

Día 3 de septiembre 1800

Habiendo sucedido en las vendedoras de fruta, de la Boqueria, en este verano, que los muchachos les robaban muchas de peras más fruta — no sé si también verduras—, el gobierno dio providencia mediarlo, enviando a dos mossos escuadra para privarles de robar; y habiendo cumplido muy bien su encargo, los dedos mossos, de impedir semejantes robos, en agradecimiento cada campesino, les dio un pavo, o cuarto, (que muchos recogerán cada día) teniendo los mossos de la escuadra esta rendita más.

Una de las revueltas de aquel siglo en la ciudad ocurrió en el año 1835 y es el que permitió y abrió el paso a la edificación del mercado de La Boquería. El país estaba inmerso en una situación muy difícil como era la primera guerra civil carlista; el hermano del difunto Fernando VII no aceptaba que la dinastía borbónica pasara a manos de la viuda, María Cristina, estallando la primera y más larga de las tres guerras civiles del s. XIX; la juventud fue

enrolada en los ejércitos en una majadería bélica, como todas, que llevó a la muerte a más de 80.000 personas en un país de 13 millones de habitantes. La ciudad se encontraba en una de las situaciones más graves de los últimos siglos: falta de trabajo y de vivienda, escasez de alimentos, sueldos de miseria, y muchos de los cultivos del campo abandonados. El caso es que, en el atardecer del 25 de julio, una turba inmensa salía de la plaza del Torín de la Barceloneta indignada porque el espectáculo de toros y toreros había sido muy malo. Ya antes de salir lanzaron en medio de la plaza los bancos de madera y todo lo que se podía arrancar. Es evidente que esa furia venía de mucho antes; quizá la sangre de los toros, tan estúpidamente sacrificados, fue la gota que faltaba para colmar el vaso de tanta rabia contenida. La mayor parte de los asistentes a la fiesta, más muchos otros que se fueron añadiendo a aquella ruidosa manifestación, emprendió un itinerario ignífero.

El sexto y último de los toros fue arrastrado Ramblas arriba hasta que fue quemado. A media noche cinco de los grandes conventos de la ciudad estaban en llamas: trinitarios descalzos (actual solar que ocupa el Liceo), convento de san José (mercado de La Boquería), agustinos calzados (Calle Hospital), el convento del Carme (en esta calle) y el convento de santa Caterina de los dominicos (futuro mercado de santa Caterina). La gente veía a los frailes como colaboradores de los carlistas y como personas que gozaban de todo tipo de privilegios, sin que nada les faltara.

A los pocos días corrían y se cantaban estos versos:

*Dia de Sant Jaume
de l'any trenta-cinc
van fer una festa
dintre del Torín;
van sortir sis toros
tots van ser dolents:
i aquesta és la causa
de cremar els convents.*³

De manera curiosa, pero sobre todo sospechosa, ni tropa ni milicia alguna salió durante la noche para poner orden. Dejaron hacer, hasta que las brasas se consumieron.

3 El día de San Jaime / del año treinta y cinco / hubo gran fiesta / en la plaza del Torín; / Seis toros salieron / seis toros fueron malos: / y esta fue la causa / de quemar los conventos.

Justamente aquellos mismos días el gobierno había decretado que los conventos que tuvieran menos de doce frailes o monjas debían ser abandonados y los solares y bienes debían pasar a manos del Estado como bienes públicos. Y un año después se promulgaba una ley desamortizadora por la que declaraba a la venta algunas de las propiedades de la iglesia, entre ellas todas las que en Barcelona habían sido quemadas la noche de sant Jaume del año anterior.

Sobradamente conocemos el peso que la iglesia ha tenido sobre la sociedad. De modo que la mayor y más antigua institución del mundo reaccionó defendiéndose con esa herramienta que ahora haría reír pero que entonces era temida por muchos: la excomunión. Excomunión de los vendedores, y excomunión de cualquiera que comprara bienes desamortizados. Hubo personas que compraban bienes desamortizados a través de terceros, testaferros, a fin de no verse afectados por el posible maleficio de ir al infierno. Pero el paso ya estaba dado.

En aquellas horas de tanto trasiego, no todo era descalabro; el Ayuntamiento, empujado por las corrientes higienistas de la época y por la explícita realidad de cómo los alimentos eran vendidos en condiciones nada propicias para la salud ciudadana, puso en marcha un plan de saneamiento en el tratamiento de los artículos indispensables para la vida humana.

En 1827 el marqués de Campo Sagrado, hombre de plena confianza en la corte de Fernando VII, hizo la primera reglamentación que debía regir las 200 puestos que entonces constituían el mercado de La Boquería en medio de las Ramblas; 100 eran de carne, 48 de pescado y el resto para productos diversos. Las paradas eran del municipio y se alquilaban por seis años.

El Ayuntamiento enseguida vio la oportunidad de resolver el problema del inmenso desaguado que había en la Rambla. Además, tener un mercado facilitaría recaudar más impuestos si los vendedores, cada uno, tenía un puesto asignado y estaban reunidos. Y mirándolo desde el otro lado, también los compradores lo tendrían más sencillo y mejor a la hora de escoger, comparar precios y realizar la adquisición de los alimentos deseados.

Después de la quema de 1835 el Ayuntamiento había conseguido del gobierno de Madrid que el convento de san José no fuera subastado sino que fuera dado a la ciudad, argumentando el malestar que se vivía en las murallas; esto podría aflojar las graves tensiones existentes con la capital que, además, se habían agravado desde la muerte del déspota Fernando VII:

El mal estado de una gran parte del paseo de la Rambla por razón del mercado de venta de comestibles, hace tiempo que llama la atención

del Cuerpo Municipal para procurar á la par de la limpieza, el desembarazo de aquel sitio de recreo.

Mientras que se forma una plaza cual corresponde á la civilización del siglo, y á la culta Barcelona en el local que fué iglesia, huerto y convento de Carmelitas Descalzos, cedido á este objeto por S. M. al Escmo. Ayuntamiento, y sin que sirva de obstáculo á tan grandiosa obra, ha acordado este Cuerpo que se coloque desde luego el mercado en dicho local, quedando únicamente en la Rambla junto á las barracas las revendedoras que actualmente existen en aquella línea, con facultad limitada de vender fruta seca y tierna de la estación, pero en manera alguna hortaliza ni otros artículos distintos del que comprende la indicada facultad.⁴

A pesar del presumido anuncio, las obras debían ir despacio; dichas barracas en la Rambla durarían todavía mucho tiempo, años. Hasta el día de san José de 1840 no se colocaría la primera piedra del mercado. Mientras, el consistorio promulgó una serie de Avisos de lo que ahora llamamos Ordenanzas que pretendían modernizar las normativas anteriores en diferentes apartados, como el trasiego de carros, edificaciones, limpieza de las calles, empedrados nuevos y su mantenimiento, traslado de animales al matadero de la Explanada⁵ y de éste a los mercados, etc.

La higiene era uno de los temas preferentes y esto se explica porque de verdad, Barcelona era una ciudad sucia y las consecuencias se evidenciaban en la gran mortalidad infantil y la cantidad de enfermedades infecciosas que afectaban a gran parte de la población. Vemos por ejemplo uno de los artículos de los *Avisos* en cuanto a los desechos de La Boquería:

Art. 14. Los desechos de las verduras que venden las hortelanas y otras personas en las plazas de mercado y otros puntos, es de cargo de aquellas el recogerlas y dejar limpio el puesto en que las venden; en inteligencia de que no haciéndolo así, incurrirá el que contravenga á esta disposición en la multa de 16 rs⁶., de la cual se aplicará una mitad al

4 *El Guardia Nacional*, Barcelona, 3 de julio 1836. – Este periódico se editó en Barcelona entre 1836 y 1841. Era defensor del ala progresista de los liberales; tenía seguidores que pronto se inscribieron en el inminente Partido Democrático, para apostar más tarde por el republicanismo.

5 *El Passeig de l'Explanada* tenía su inicio donde hoy se encuentra la Estación de Francia y siguiendo el trazado de la calle del Comerç finalizaba al Portal Nou, junto a la calle del Rec Comtal.

6 Rs. o rs., abreviatura de 'real', equivalente a ocho cuartos y medio. (Ver nota 9 sobre el 'cuarto')

basurero de la demarcación respectiva, si hubiese verificado la limpia del puesto, como debe hacerlo en el caso de contravención á este artículo.⁷ (DB., 17.3.1836)

Fijémonos como el barrendero que recogía los desechos, asunto que en este caso deberían haber hecho los vendedores, o vendedoras cobraba el 50% de la multa, en este caso 8 reales, que se imponía a los infractores.

Difícil adentrarse con nuestra imaginación en aquel escenario de la época, con la diversidad de personas de todas clases sociales y edades paseando, trabajando, yendo y viniendo, hecha de pícaros, presumidos, pobres y ricos, curas y blasfemos, mirones, vendedores ambulantes, soldados rasos, municipales, cobradores de las barracas, barrenderos, encantadores de mirones, cantantes, charlatanes... En la Rambla se encontraba de todo y era posible vender y comprar lo más extraño e inusual.

Por ejemplo y en un mismo día, la prensa anunciaba que *Está de venta un piano de cuatro octavas y media: el sugeto que quiera comprarlo podrá acudir al director del mercado de la Bocaría, que dará razón de quien quiere deshacerse de él. O bien, En el depósito de sanguijuelas de la Rambla, frente Sta Mónica, se hallan sanguijuelas de superior calidad á seis pesetas⁸ el ciento.* (DB., 5.2.1840)

UNA NORMATIVA CÍVICO-CIUDADANA

Tres años después, en 1839, poco antes de empezar las obras del nuevo mercado, el Ayuntamiento aprobaba, con muchas discusiones, una normativa municipal que comprendía 245 artículos que afectaban a todas las actividades y movimientos de los ciudadanos de Barcelona. Su título era: *Bando general de los Alcaldes constitucionales de esta ciudad*. Los 30 artículos primeros iban dirigidos a las *Obras de edificios*; 38 a las *Precauciones para evitar los incendios*, una de las desgracias más temidas en la época, tanto por los daños que ocasionaba como por su frecuencia; uno de los artículos decía que *las castañeras no podrán tostar las castañas en las calles, plazas, ni otros parajes pú-*

7 *Diario de Barcelona*, 17 de marzo 1836. – Este periódico apareció por primera vez en 1792, siendo uno de los primeros en España. Se distinguió por su talante conservador, siempre fiel a la Corona y a la iglesia.

8 *La peseta*. Una de las monedas de más curso fue la pieza (*peça*), que tenía un valor de ocho sueldos (*sous*) y otra, la piceta (*peceta*), diminutivo de pieza equivalente a siete sueldos o, de manera aproximada, el semanal de un trabajador manual.

blicos, bajo pena de 8 rs.; con esta medida se prohibía encender fuego sobre el suelo de las calles como se había hecho hasta entonces.

Seguían otros 34 artículos titulados, *Para evitar daños y riñas*. En este punto se anunciaba que *queda prohibido coger palomos con trampa, ni de cualquier otro modo, bajo la multa de 12 rs. por cada uno, y obligación de devolverlos a sus dueños, en su defecto [se pagará] el doble valor que se señalase á aquéllos*; la afición a tener palomas en la ciudad ya sabemos que era muy grande, pero también lo era la de intentar cazarlas para cocinarlas o venderlas. Había quien enseñaba a sus palomas a robar otras, atrayendo o seduciendo a otros congéneres haciendo que los siguieran hasta el palomar del adiestrador.

Encontramos a continuación 21 normas más sobre la Limpieza: Así, el artículo 111 decía: *No se podrán trasquilar en paraje alguno público caballerías, perros ni otros animales, so pena de 10 rs.*

Y el nº 113 añadía: *Los revendedores de pesca salada, ni otra persona, no podrán tirar las aguas á la calle, sino á los sumideros que tendrán que tener para conducir las á los albañales públicos, pozos de aguas brutas de sus casas, bajo pena de 12 rs.*

El Bando municipal también dedicaba once puntos al Ornato de la ciudad; en este sentido, el artículo 124 refería que *Tampoco se podrá peinar, afeitarse, ni hacer otra cosa que desdiga de la decencia y limpieza en los mercados, pescaderías ni otros parajes públicos, so pena de 10 rs.*

El edicto consagraba doce artículos Para la conservación del empedrado; el 142 amenazaba a *todo conductor de carruaje cargado de piedras, maderas, tizones u otros efectos de peso no podrá descargarse de golpe sobre los empedrados, bajo la multa de 20 rs. y de recomponer á sus costas cuanto se deteriorase por su causa.*

Hay que entender que el adoquinado de la ciudad era una finalidad prioritaria en aquellos años y resultaba costoso su mantenimiento. Para hacer frente a los gastos del suelo de las calles y plazas, el Ayuntamiento formalizó una rifa popular que se sorteaba cada lunes al mediodía en el Ayuntamiento; uno de los puestos de venta de los boletos estaba en la misma Boquería.

Venían todavía nueve puntos más dedicados a Pesas y Medidas; como sea que era una práctica habitual el fraude, el Ayuntamiento, al menos de cara al exterior, decía que las multas serían graves: *Toda falta de peso en cualquier especie de comestibles, tanto al miedo mayor como al miedo menor, esto es, hasta media*

onza⁹, será castigada con pena discrecional, según las circunstancias y valor de la cosa vendida; y si escediera de dicha media onza se exigirán 20 rs. progresivamente por cada cuarto¹⁰ que se hallare en falta, y pérdida de la cosa vendida.

Llegamos a un apartado muy sensible para los ciudadanos; trece artículos dedicados a *El pan, la leche y el chocolate*: *Todo el pan que se venda, sea de la clase que fuere, deberá ser fabricado como harina de trigo de buena calidad, con exclusión de toda mezcla, bajo pena de 200 rs., [...] y lo que lo vendiera mal amasado, ó mal cocido, incurrirá en la pena de 50 rs. y pérdida de todo el pan que tuviera tales defectos.*

Y a los vinateros se les prohíbe lo que todos hemos bebido alguna vez, como es el vino bautizado: *Los taberneros, no podrán venderse vinos agrios viticiados, ni que haya mezcla de agua ni otra cosa líquida ó sólida, so pena de 100 rs.*

Diecinueve obligaciones para aquellos que tienen puestos en los mercados, excepto la primera que va destinada tanto a los vendedores como a los compradores, la clientela: *Se previene á todas las personas que vendan y comprende en los mercados, que guardan la debida moderación y evitan rencillas é insultos, ni se proponen á proferir palabras indecorosas, bajo la pena a que dijieran lugar segun fuese el esceso.*

A los pescadores y pescaderas se les dice que *ninguna persona que venda pescado podrá tener lavado, bajo pretesto alguno, ni guardar en el puesto de la venta, vasija ni porción alguna de agua, en pena de 20 rs. y el pescado lavado, perdido.*

Según otro artículo los vendedores y revendedores de huevos también quedaban afectados: *Los labradores ó forasteros vendedores de Volatería y huevos, podrán tener puestos cubiertos pagando el contingente señalado però no se les precisará á hacerlo (...) Los revendedores de huevos y volatería que lo sean con gavias ó grandes canastos, deberán colocarse en los puestos cubiertos que se construyan al intento.* Los comerciantes de huevos eran los hueveros, término actualmente de poco uso. Estos contaban los huevos por *manos*; una mano eran seis huevos, que eran los que podían y pueden cogerse a la vez con las dos manos del cuerpo, es decir tres con cada una, de manera que una docena eran dos manos, y seis docenas doce manos. Los hueveros afirmaban que su patrón era san Ou. Y es que antiguamente Ou era un nombre, el de Eudald, que tenía naturalmente su santo.

9 La onza tenía un peso de de 33 gramos; 3 onzas equivalían a 100 gramos y doce onzas formaban una libra. Oficialmente, hasta el año 1871 no empezó a adoptarse en Barcelona el Sistema Métrico Decimal (SMD).

10 El cuarto era una antigua moneda fraccionaria española resultado de la aleación de cobre con algo de plata (vellón pobre); tenía el valor de cuatro maravedíes. Medio cuarto era un chavo (ochavo). En cuartos se definían muchos de los precios de los alimentos de primera necesidad.

Aún seis artículos más sobre *Artículos diferentes*, como por ejemplo acerca de los colchones, material que en la época duraba varias generaciones: *Nadie podrá vender colchones con telas nuevas y lana vieja, sino con nueva; y sólo podrá haber lana vieja con telas viejas. No podrá haber mezcla en ellos de pelo ni otra cosa alguna. Tampoco se podrán vender con pelo solo a menos que fuese de macho cabrío, vulgo crestat.*¹¹

Las autoridades tenían prisa por urbanizar la Rambla, y en cuanto los carros retiraron los últimas piedras de lo que había sido el convento de san José, los vendedores de carne ocuparon parte del espacio: (DB., de Barcelona, 18.2.1839)

En la plaza mercado de la Bocaría, entrando por la calle de la Morera en la misma línea que se han colocado las mesas de las gallineras, donde hoy en adelante se venderá carne de ternera de superior calidad, y se dará al precio de diez y nueve cuartos la tercia.¹² (DB., 18.2.1839)

LA FERIA DE SANTO TOMÁS Y LA PRIMERA PIEDRA DE LA BOQUERÍA

La Boquería no era el único sitio donde se vendía frutas, carnes y pescado, había otros. Uno era el Pedró, nombre anterior al de la plaza, un lugar muy importante de comercio alimentario que nutría aquella barriada en la que el Pla de la Boqueria y el nuevo mercado con el mismo nombre, le quedaban relativamente lejos. Ante la iglesia del Pedró, en la plaza, había tantas barracas como cabían que vendían productos frescos, mientras que a los dos lados edificados había varias tiendas y almacenes, algunos mayoristas, que distribuían productos llegados la mayoría del puerto.

El Pedró era un lugar de referencia de Barcelona al igual que el Bornet –el actual passeig del Born–, la plaza de la Constitución –hoy de sant Jaume–, o la plaza del Palau.

A finales de 1840 corrían voces que explicaban que el Ayuntamiento quería poner orden en la plaza; los vendedores tenían miedo a ser expulsados y los vecinos temor a perder la proximidad del mercado del Pedró. Todos esos sentimientos tenían como punto de origen la próxima inauguración del nuevo mercado de La Boquería. Una carta dirigida al Consistorio barcelonés, así lo expresaba:

Teniendo presentido que el Exmo. Ayuntamiento constitucional va á deliberar si se continuará ó no el mercado que S. E. mismo puso en la

11 Capado, castrado

12 La *terça* era equivalente a la libra pero solo se usaba para la carne. Recordemos que la llamada libra carnicera equivalía a 1,2 kg., en tanto que la libra genérica, representaba 0,4 kg.

plaza del Padró de esta ciudad, es de esperar de su acreditado celo que continuará dicho mercado, máxime si se hace cargo de que la mayoría de aquella vecindad es de la clase proletaria á la cual tan precioso le es el tiempo para ganar el sustento, y no tener que ir al menos á la Boquería que dista largo trecho. Un vecino.¹³

Merece un trabajo aparte la historia de la plaza y barrio del Pedró; describir hasta dónde se pueda la fisonomía de su gente a través de las relaciones sociales, las grandezas y miserias de sus vidas y lo que les hacía sentir felices o desgraciados, merece un esfuerzo que dejamos como propósito para otro día.

No debemos confundir el Bornet con el Mercado del Born; este último fue inaugurado en 1876 después de iniciarse en 1868 la demolición de los baluartes, murallas y edificaciones militares de la Ciutadella.

El Bornet era un enjambre de puestos, barracas, mostradores y tiendas extendidas en lo que ahora es el paseo del Born, la plazoleta de Montcada y la calle del Rec. Era el mercado del barrio de la Ribera donde había víveres de buena calidad, como carnes, aves de corral, caza mayor y menor, verduras, grano, frutas, etc. Los barcos que hacían escala en Barcelona se abastecían de comida para sus próximas travesías; también lo hacían las tropas de la Ciutadella.

Debido a las protestas por el mal estado, en general, de las paradas de pescado y su carencia de higiene, se construyó un mercado de obra cubierta para despachar el pescado; se levantó donde ahora están las fincas que separan la calle del Rec y la actual calle Comerç, cercano a la esquina del paseo del Born; al lado había almacenes y tiendas de pesca salada. El nuevo mercado de pescado, era generoso en capacidad ya que tenía 82 puestos que disponían de agua gracias a la proximidad del Rec Comtal, cuestión muy diferente al mercado de La Boquería que tuvo que esperar varios años para que el agua llegara.

No podemos pasar por alto el gran espacio recuperado de santa Caterina cuando su convento también fue quemado la misma noche que el de san José. La liberación de aquel cenobio también permitió que de inmediato se instalaran puestos de carnes, pescados, frutas y verduras. Las autoridades bautizaron la plaza con el nombre de la futura reina Isabel II, pero la fiel memoria de los vecinos impuso la titularidad que siempre había tenido.

13 *El Constitucional*, 7 agosto 1840. – Este periódico barcelonés nació al promulgarse la nueva Constitución en 1837. Fue fundado por el médico-higienista Felipe Monlau, hombre progresista y defensor de la vida y la salud de los trabajadores. El último número apareció en 1843.

Y naturalmente, todavía estaba el mercado de la Barceloneta, que se reunía en la vieja plaza Mayor, más o menos en el lugar donde en 1887 se reinauguró con la actual estructura metálica.

Encontramos en 1838, por primera vez, la existencia de una feria en la ciudad que se celebraba desde el día 21 de diciembre, día de santo Tomás, hasta el 24 por la noche, Navidad. La gente llenaba las calles para ver la gran cantidad de puestos que surtían de artículos mesas y escaparates. Y si bien es cierto que las comidas eran la atracción principal, había también todo tipo de productos diferentes, como éste que anunciaba la prensa:

VENTAS EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCION ó sea de S. Jaime, los cuatro días de feria, en una parada, se venderán fuentes (vulgo platas), palanganas, jarros, bacinillas de pipa fina, inglesa, á suma baratura.

Venía gente de fuera, que juntándose con la barcelonesa hacía que el Ayuntamiento tuviera que cerrar numerosas calles prohibiendo el paso de carros y mozos¹⁴ cargados:

Por la numerosa concurrencia de personas que en los días de la feria de esta ciudad recorren las calles de Escudellers, Bocaría, Call, Libretería, Bajada de la Cárcel, plaza del Angel, Platería, Sombrerers, plazuela de Moncada, Borne, Bornet, Espasería y frente de Santa Maria, queda prohibido absolutamente durante dicha feria, desde las once de la mañana el tránsito de caballerías y carruages en todas direcciones por dichas calles, así como las personas cargadas con bultos que puedan incomodar ó ensuciar á los transeuntes, bajo la multa al contraventor de veinte reales vellon. (DB., 20.12.1838)

Así se anunciaba el inicio de los días de feria en Barcelona:

“Hoy empieza la feria, hoy comienza el movimiento, la bulla, la algazara con que se puebla Barcelona, la cual da hospitalidad á centenares de forasteros, á lindas payesas del llano durante esos sus dias de febril animacion...” (DB., 21.12.1851)

La importancia de aquellos días parece ser que era más relevante que el carnaval,

(...) La fiesta de Santo Tomás, es sin disputa alguna el dia mas animado y bullicioso del año, pues que en él se inaugura en Barcelona el primer dia de la feria, y todas las calles, plazas y paseos presentan un carácter de movimiento y de actividad, que dá una muestra tan hermo-

14 Estos mozos, denominados en Barcelona *camàlics*, faenaban unos en los mercados y otros transportaban toda clase de enseres en la ciudad con la ayuda de cuerdas y una carretilla

sa como grande de la vida industrial de sus numerosos habitantes. (...) esos mercados tan abundantemente provistos de toda especie de vituallas. Barcelona hace gala en estos cuatro días, de la importancia de que se halla revestida, y de que no sin motivo se le dá el título de primera ciudad de España. Por esta razón sin duda, y atraídos por la justa fama de que disfruta, vienen á visitarla en estos cuatro dias tantos y tantos forasteros de diferentes puntos

En la Esplanada y en la Bocaría se establecen pacíficamente los reforzados enjambres de pavos y capones, que en el presente año han aparecido en numero importante. (...) (DB., 22.12.1851)

La calle de la Argenteria tenía algunas tiendas que ofrecían trabajos de orfebrería que eran la fascinación de la burguesía; en el Call se encontraban encaje de bolillos, pasamanería y botones, y si hubiéramos ido a Jaume I y Ferran nos hubiéramos feriado con tejidos y sedas de buena calidad.

Hacia principios de los años sesenta de ese siglo la feria inició una decadencia; los comerciantes que no se dedicaban a la alimentación veían como el esfuerzo que hacían por propagar y presentar los artículos que ofrecían, no le compensaba; cada año más, la gente dedicaba el dinero que tenían a la compra del pavo o aves de corral con el relleno adecuado; a los turrones, barquillos, vinos... *La feria de 1862 ya fue el prelude del final de la feria de santo Tomás, quedando sólo aquellas vísperas dedicadas prácticamente a la cocina: La feria se presentó ayer mas animada, pero no tanto como los años anteriores. El paseo estuvo bastante concurrido: las manadas de pavos aparecieron ya muy mermadas; en cambio en el paseo de San Juan y en la Rambla de los Estudios era muy mas abundante la provisión de caza y de volatería de todas clases.*

* * *

Y llegó el día prometido y tan esperado: el día de san José, 19 de marzo de 1840. Las autoridades aprovecharon la fiesta para colocar la primera piedra del nuevo mercado y hacer un acto patriótico, porque los protagonistas de ese día fueron los militares. Hacía medio año que se había terminado la trágica primera guerra carlista y el país seguía bajo la dictadura castrense. El Ayuntamiento, que estaba sometido en toda decisión más o menos importante a las directrices militares, invitó al estamento que apareció eclipsando a las autoridades municipales:

(...) concurrieron en ellas el día 19 el Excmo. Sr. General D. Pedro María de Pastors en representación de la autoridad superior militar, acompañado de otros señores Generales, Gefes y Oficiales; el M. I. Sr. Regente y algunos señores Ministros de la Audiencia Territorial y

Jueces de primera instancia (...) se emprendió la marcha á las doce y cuarto, rompiéndola los batidores del escuadrón de la Milicia nacional y por su orden las compañías de preferencia de los batallones 1º y 2º de la misma con sus respectivos gastadores, banda y música, intermediano á la fuerza de estos dos Cuerpos una compañía de la milicia de Artillería. (...) La comitiva, que cerraban las compañías de preferencia de los batallones 3º, 4º y 5º de la Milicia nacional, también con sus respectivos gastadores, banda y música, y el escuadrón de Lanceros de la misma Milicia, se dirigió por la calle del Obispo, plaza Nueva, Call y dels Archs, plaza y calle de Santa Ana y Rambla, hasta el punto de la plaza Mercado. (DB., 21.3.1840)

El *Gefe superior político* dio el discurso central y el más largo del acto. De La Boquería poco se habló; sabemos que cuando se invoca una y otra vez a la Patria, mal: se esconden realidades ingratas y aquellas que se tapan suelen ser las más importantes, como son el malestar general, represiones, paro, graves diferencias sociales, los precios de los alimentos, etc. Patria es una palabra cargada de ideología que da pie a la arbitrariedad y a actuaciones autoritarias despóticas. En nombre de aquella, ¿cuántos millones de humanos no han sido enviados a la muerte mediante las guerras y en nombre de la defensa de las colonias?... *todo por la Patria*.

Hubo propuestas ciudadanas para que el nuevo espacio fuera nombrado plaza del Treball, pero a quien mandaba de verdad le pareció que traería menos problemas y más suerte si el espacio quedaba en manos de san José.

Sí, se puso la primera piedra. Tres días después salió a subasta el suministro de la piedra para construir seis columnas del espacio interior del mercado; serían parte de las 62 columnas jónicas que hoy, de forma inacabada, rodean y forman la plaza del mercado central. Pero el Ayuntamiento ponía un precio tan bajo como punto de salida que la subasta tuvo que repetirse varias veces hasta que alguien o algunos creyeron que podrían ganarse la vida. Los bloques debían arrancarse de las entrañas de la montaña de Montjuïc y llevarlos hasta el mismo lugar donde debían levantarse; los canteros los tenían que redondear perfectamente convirtiéndolos en cilindros con un grosor de 73 cm. de diámetro y una altura total de 6 metros, divididos en tramos de dos metros. (EC., 22 de marzo 1840)

También entraron en subasta 130 palos destinados á sostener los toldos de los puestos. Porque aquel primer mercado era en buena parte a cielo-raso y en parte bajo toldos. Hasta el año 1914 no se construiría el entramado de hierro que sostendría las grandes cubiertas que ahora sombrean las paradas.

Aquel mercado que se iba formando era, sin embargo, muy deficiente, ni siquiera estaba empedrado, no había agua, y ninguna iluminación. Al menos en la Rambla había un alumbrado de aceite que, aunque daba muy poca luz, sus mechas encendidas eran puntos de referencia. Pero a la nueva Boquería le faltaban todavía muchos años para que el gas ciudad llegara, por lo que el horario de La Boquería iba con la luz solar. Las callejuelas de la ciudad, noche tras noche, amedrentaban; la compra de aceite para el alumbrado por parte de la administración local era otro gasto muy significativo:

AVISOS AL PUBLICO. Habiendo resuelto el Excmo. Ayuntamiento constitucional provisional la compra de una partida de aceite para el alumbrado público de esta ciudad, los sugetos que deseen venderlo podrán acudir á la secretaria del Cuerpo Municipal el dia 26 del corriente a las doce de su mañana, en la que se admitirán las proposiciones que quisiesen hacer de la cantidad y precio, (...) Barcelona á 24 de enero de 1837. (DB., 25.1.1837)

Al irse trasladando los puestos al mercado se produjo lo que todos hemos vivido varias veces: el encarecimiento repentino de los productos. Dando un salto en el tiempo, pensamos ahora en el paso de la peseta al euro, cuando todo lo que valía unas 100 pesetas, como una lechuga, un kilo de tomates o un café, pasó de la noche a la mañana, a valer un euro, es decir 166 ptas. Era uno de los precios a pagar para que nos sintiéramos europeos. Algo parecido iba pasando en La Boquería, hasta que las autoridades hicieron recomendaciones, tan moralistas como inútiles, a los tenderos:

Siendo tan abundante el mercado que ofrece constantemente Barcelona y no pudiendo alterar los precios de los comestibles y objetos de primera necesidad el número de personas que entrarán de nuevo á formarse parte en el consumo de esta capital, se observará con particular cuidado á los vendedores, que en grave daño de las clases pobres, pretendiesen aprovecharse y tomar por pretexto estas circunstancias, para satisfacer miras de codicia de sórdido interés. (DB., 28.6.1840)

A finales de junio de 1840 la prensa explicaba que habían llegado a Barcelona la *escelsa Cristina la madre de los Españoles, la inocente Isabel y su esclarecida hermana la infanta Luisa Fernanda*. Aquella noche aparecieron colgados de algunos árboles de la Rambla, muy cerca de La Boquería, una serie de carteles con escritos contrarios a la visita de la monarquía española a Barcelona a la vez que pedían el regreso a la Constitución liberal de Cádiz de 1812 y que el Borbón Fernando VII, el Deseado –uno de los reyes más odiados de

la monarquía española— la había abolido, para volver al fanatismo, el miedo y la decadencia de la monarquía borbónica. La prensa reaccionaria, como el Diario de Barcelona, tildó de osado el atrevimiento nocturno de criticar la visita de la reina viuda a nuestra ciudad y lo calificó como obra de murciélagos. Recordemos que en el escudo del Ayuntamiento de Barcelona estaba la figura de un murciélago; y es que el Ayuntamiento de aquellos años era bastante progresista si lo ponemos junto a las instituciones de la realeza española rodeada de una corte de militares y lameculos.

Pero, ¿cuál era la clientela de La Boquería? Era muy diversa, heterogénea; el mercado, por ejemplo, suministraba la mayor parte de los alimentos que consumían los 4.000 soldados y oficiales del cuartel de las Atarazanas, entonces llamado oficialmente Fuerte de Atarazanas y Maestranza. También muchas de las fondas de Barcelona se abastecían de víveres de La Boquería, como la Fonda de las Cuatro Naciones, en la Rambla, donde hacían estancia personajes ilustrados que pasaban unos días en la ciudad. Parece que fue el caso de Bakunin en 1870 y sin lugar a dudas se hospedó Einstein en 1923. También teníamos la Fonda del Oriente, y El Falcón. Estas tres más adelante pasaron a sustituir al prenombre de Fonda por el de Hotel. El Gran Hotel Falcón, situado en la plaza del Teatre, en 1936 fue convertida en la sede del Partido obrero unificado de Cataluña (POUM). También en la ciudad había muchos hostales, que ofrecían los mismos servicios, y con menos lujo había otras muchas fondas esparcidas por toda la ciudad. También y con mucha más austeridad, *les cases de dispesa o dispeses*, que eran domicilios familiares que alquilaban una parte a (los) huéspedes, normalmente sólo para dormir. Y no podemos olvidar la gran cantidad de establecimientos dedicados al comercio de restauración. Queremos significar con todo esto que era importante la parte de venta de nuestro mercado destinado al consumo extra-familiar.

Evidentemente, sin embargo, las compras familiares eran las que se llevaban la mayor parte de las de alimentación, y que por otra parte se hacían en cantidades pequeñas, muy diferentes a las reseñadas antes. Estas familias eran las que no estaban muy lejos de La Boquería; el transporte de personas por el interior de la ciudad era prácticamente inexistente hasta que no se completó el derribo de las murallas. Entonces empezaron llegar a La Boquería personas incluso de otras villas, como era el caso de Gràcia; un servicio de carruajes empezó en el año 1872 a realizar el trayecto desde la Barceloneta hasta esa población, pasando por la Rambla.

Un comerciante de Madrid visitó Barcelona en el verano de 1857; sorprende la visión que tuvo de nuestra ciudad, incluida La Boquería:

Apenas se reflejan en las copas de sus árboles los primeros rayos del sol, la Rambla se vé favorecida por un inmenso gentío, que la cruza en todas direcciones, y que no la abandona hasta después de muy entrada la noche, contribuyendo no poco á darle una fisonomía risueña y alegre el gran mercado de la Boquería á que da entrada, el bello y majestuoso templo de Belén, la grandiosa casa conocida por la del Virey, (...) Agreguen Vds. á esto, mis queridos amigos, casas hermosas, algunas muy modernas, tiradas á cordel en toda la estension de la linea, tiendas, establecimientos públicos y cafés, adornados con oriental lujo y con un gusto singular; y por último, el movimiento constante de mas de doscientos ómnibus que á cuatro y seis cuartos el asiento conducen viajeros á todas partes (...)¹⁵

LA BOQUERÍA ARRANCA EL VUELO: LAS CARNES

En términos generales, los primeros vendedores de La Boquería fueron campesinos de Barcelona y sus alrededores, cerca de un centenar. Aunque las nuevas fábricas iban ocupando el terreno agrícola del Raval, todavía quedaban huertas que eran cultivadas por campesinos que cada día llevaban los productos al mercado. Las huertas de san Beltrán abastecían con abundancia las paradas de La Boquería. Otros frutos de la tierra venían de lugares del inmenso territorio que pronto se transformaría en el Eixample de la ciudad; también otros provenían de Horta, Gràcia, Sant Martí de Provençals, Sant Andreu... Tenemos que imaginar el ingente esfuerzo que suponía el transporte con animales desde cada uno de esos parajes hasta el mercado, las hileras de carros que se formaban cada madrugada se iban acercando a las puertas de Sant Antoni y Santa Anna principalmente. Entonces tocaba pagar los impuestos en las casetas llamadas de los fieltos por la entrada de alimentos a la ciudad, cuando esa gente lo que hacían era un insustituible servicio. Muchos eran los ciudadanos que protestaban por esos abusos: *De-searía que se inventase una palabra para denominar el derecho que sobre frutas*

15 *La Corona. Periódico liberal*, 1 octubre 1857. – *La Corona* fue la continuación del periódico *La Corona de Aragón*, cuyo director fue Víctor Balaguer; *La Corona* era portavoz del progresismo catalanista y cercano al Partido Progresista. Más tarde se fusionó con *La Crónica de Cataluña*, también liberal, del cual tomó este último título.



La Boquería cuando todavía estaba al descubierto. Hacia 1890.

y verduras se cobra en algunas puertas de esta ciudad. Si no me entienden Vds. pregunten á las labradoras y labradores que cada mañana entran á vender en esta ciudad y se lo dirán mas claro. Tambien esto lo han visto estos ojos pecadores que ha de comer la tierra. (DB., 15.9.1839)

En realidad, en vez de haber pagado deberían haber cobrado. Pero los gastos no se habían terminado porque después tenían que volver a pagar para tener derecho a un puesto y poder vender su mercancía. Todo ello, como iremos viendo, generaba corrupción que al fin recaía, como siempre, en el pueblo llano.

Luego teníamos los que ahora llamamos carniceros; en la época a la que nos referimos, la prensa les llamaba *cortantes* o *cortadoras*, vendedores de carne. Entonces la carne no era abundante en Barcelona, por lo que había un control por parte del Ayuntamiento bastante estricto; este control comprendía también el aspecto sanitario; era frecuente la venta de carnes en estado más que sospechoso. Estas son las razones de las múltiples disposiciones y normas fiscales e higiénicas que se promulgaban.

Según la normativa del mes de mayo de 1839, cada puesto sólo podía vender una especie de carne, ya fuera ternera, buey, vaca o carnero. Encontramos por ejemplo dos puestos de carne uno junto a otro, pero con carnes diferentes,

En las dos mesas de vender carne que hay debajo del arco ó puente de Santa María del Mar, que dan espaldas al cementerio de las Moreras, se continua la venta de carne de carnero de superior calidad, en la una al precio de 20 cuartos la tercia, y en la otra la carne de ternera á 19 cuartos la tercia. (DB., 3.4.1839)

El cordero y el cerdo tenían una reglamentación aparte. Cada cuarto de animal debía marcarse a fuego antes de salir del matadero; éste estaba situado donde ahora se encuentran el paseo Picasso –entre el antiguo Born y el parque de la Ciutadella– y el del marqués de la Argentera, donde se encuentra la Estación de Francia. No podían entrar en la ciudad carnes muertas, ni que fueran frescas de ningún tipo, y las multas por el incumplimiento de la normativa eran de 60 reales más la incautación de la carne afectada; y por la venta de carne en malas condiciones, la multa era de 100 reales. Eran cantidades muy considerables. Y todavía había una barraca o caseta del Ayuntamiento con balanzas públicas al servicio de los compradores para comprobar si el peso y la calidad de los artículos adquiridos eran justos:

Cualquiera podrá acercarse á los repesos establecidos por el Excmo. Ayuntamiento para asegurarse de la buena calidad y peso de los efectos que hubiese comprado, cuyos encargados lo verificarán sin ningún emolumento. Quedan también estos en la obligación de repesar cuanto consideren oportuno, en utilidad del público, en cumplimiento de su deber. (DB., 16.5.1839)

Como acabamos de decir, la carne de cerdo tenía otro tratamiento. De entrada, era una carne que por parte de las autoridades era sospechosa de traer enfermedades y podía ser mala para la salud. Eran épocas de pestes, epidemias que llevaban un nivel de mortalidad muy grande; sabemos que la fiebre amarilla de 1821 se llevó, sólo en Barcelona, a 6.244 personas, un 7,2% de la ciudad, y el cólera de 1834 arrasó con 3.521 personas, equivalente al 3%; esto era mucha gente, y explicaría en buena parte que el tema de la muerte estuviera muy presente en la sociedad. La doctrina de los católicos aprovechaba tanta desgracia para atribuir la a los supuestos pecados y orgías del pueblo, sobre todo de las clases que precisamente más sufrían en la vida y que de vez en cuando se alborotaban contra las autoridades.

El matarife era el responsable de comprobar si el cerdo tenía alguna enfermedad; la más habitual de todas era la del cerdo leproso, es decir, portador del parásito llamado «triquina», aunque también podía haber otras enfermedades. Ante cualquier anomalía sanitaria que detectara debía entregar el animal a la Casa de los Gigantes, en la plaza de las Beates; allí, en un patio, lo tenían en observación y si durante dos meses no veían nada malo, lo devolvían al matadero.

Albert Saisset,¹⁶ poeta de Perpignan, explicaba en unos versículos la ilusión vana que le supuso la pretendida suerte de haber sacado un cerdo en una rifa:

*Mes, quan ve el moment de la ganivetada,
ai! si m'baguèssiu vist! Quina cara apurada!
Adéu llonganissa i budell:
aqueix bergant era mesell!*¹⁷

La alimentación de las carnes, la compra y la ingesta de despojos o entrañas, por su precio eran la única posibilidad de hacer frente a las anemias, falta de proteínas y otras carencias:

Los sujetos que quieran encargarse de la provisión de carne de carnero en las mesas de preferencia de los mercados del Borne y de la Boquería, y obligarse al propio tiempo al suministro de redaños¹⁸ a los enfermos, bajo un sistema tan satisfactorio que proporcione el alivio a los dolientes, podrán presentar, por el término de ocho días, proposiciones bajo pliego cerrado á la secretaría del Cuerpo municipal. (EC., 17.1.1840)

Nada sabemos de la calidad y eficacia del siguiente servicio que el Ayuntamiento ofrecía a los enfermos:

Avisos al público. El local destinado entre otros para facilitar los redaños de carnero a los enfermos por la noche, en los casos de necesidad, que hasta ahora se hallaba situado en la casa num. 14 de la calle Cremat, se ha trasladado á la de Tantarantana número 19. (DB., 4.2.1835)

Una semana después de la inauguración militar de La Boquería, el Cuerpo municipal ponía a subasta el surtido de carne de carnero, de buey y de ternera, en los mercados del Born y La Boquería. El Ayuntamiento se comprometía a facilitar las mesas a quienes hubieran hecho las mejores propuestas. Pero como

16 En línea: <http://rodamots.cat/escrueix/altres-significats-de-mesell/>

17 Mas cuando llega el momento de la cuchillada / ¡Ay si me hubieseis visto! ¡Qué cara tan apurada! / Adiós tripa y longaniza: / ¡aquel bergante estaba apestado!

18 Redaño significa los despojos o entrañas de los animales.

solía a menudo ocurrir, la subasta quedó desierta al considerar los aspirantes que los precios de salida eran demasiado altos para poder afrontar el negocio.

Había en Barcelona, desde hacía muchos años, una tradición relacionada con el día de la Pascua de resurrección y unas semanas después con la de Pentecostés según los rituales de la iglesia católica; en aquellos días de Pascua, los creyentes comían cordero como plato central, uno de los signos y símbolos de aquella religión. Y para dar importancia a este hecho, en las vísperas de la fiesta se hacía una ordenada entrada en la ciudad de un gran rebaño de aquellos animales hasta el matadero donde eran sacrificados. La venta de la lana y la piel de los animales, en este caso, estaba destinada a causas benéficas. Ahora bien, para poder vender aquella carne, que se hacía de manera exclusiva, al menos en aquel año 1840, en la plaza de la Ciudad o de Santiago, y era necesario inscribirse días antes en las oficinas municipales.

En realidad, ya sea porque se inscribió un gran número de personas que querían despachar cordero o para no concentrar la venta en un solo punto de la ciudad, se instalaron seis mostradores en La Boquería, y algunos más en la calle Condal entrando por la desaparecida plaza de santa Anna (hoy Via Laietana) y en la calle de santa Anna, frente a la iglesia. El precio fijado fue de 19 cuartos la tercera (2,25 reales los 400 gramos o sea a 5,62 reales el kilo). Recordemos que en la misma plaza del Rei, también había un espacio donde se vendía carne de buena calidad.

El viernes día 11 se hace saber al público, que de hoy en adelante, habrá 7 mesas de carne de Buey, en cada plaza de mercado del Borne y de la Bocaría al precio de 17 cuartos la tercia, así mismo 7 de carnero, en cada plaza de las dos dichas al precio de 21 cuartos la tercia. (EC., 11.6.1841)

Los corderos cuando entraban en la ciudad tenían que pagar una tasa por cabeza, pero quienes llevaban a los animales se las ingeniaban para pagar lo menos posible. Dos años después, 1842, debido también al aumento de población, pero sobre todo al fraude que se practicaba en la entrada de esos animales en la ciudad, el control se estrechó. Se impuso la obligación de meter todos los animales por la Porta Nova donde serían censados con el nombre del propietario del rebaño, llevados al matadero y a continuación a los lugares habituales de venta de carne, excepto precisamente a La Boquería y al Born. Los animales no vendidos, pero vivos, volverían a salir por la misma puerta, donde debían contrastarse con el censo del día de entrada ajustando las diferencias.

Sabemos que era bastante habitual la cría de aves de corral en los balcones y en las azoteas de las casas, normalmente para propio consumo; pero quien tenía

espacio, alimentaba todos los que podía para llevarlos a vender cuando hubieran crecidos. La normativa, sin embargo, decía que “*Se prohíbe, bajo igual pena de 20 rs. lo que se vendan en dichos puestos ni en ningún otro de la ciudad, conejos caseros muertos.*” Y también, respecto a los de caza, “*Los vendedores de dicha caza tendrán que ponerla toda de manifiesto, so pena de 20 rs. y pérdida de la caza ocultada.*”

Las asaduras o despojos son las entrañas de los animales de los que hablamos, especialmente los pulmones; otras partes eran la cabeza, las patas, la lengua, el blanquete,¹⁹ la sangre, el librilla (parte del estómago de los rumiantes), las tripas, el cerebro, el corazón, elementos que no eran apreciados –ni lo son todavía– por la mayor parte de la clientela. Unos meses después, se anunciaba otra disposición municipal:

El Escmo. Ayuntamiento constitucional previene al público que desde el día de mañana, 3 del corriente, estarán de venta despojos de carneros, y macho cabrío en el matadero, en el ex-convento de Capuchinos, en la plaza del mercado de san José, y en el llamado Fosal de las Moreras, advirtiendo que los precios de cada fracción de despojo serán señalados en la tablilla que con el distintivo de las armas de la Ciudad, estará de manifiesto en dichos puntos. (EC., 3.5.1840)

Mientras, La Boquería se iba asentando y el Ayuntamiento, con un esfuerzo que no tenía demasiados precedentes, daba cuentas a la ciudadanía de los gastos del año anterior, 1840; señalamos algunos muy inútiles en una sociedad de la que una gran parte tenía trabajo y a duras penas lo suficiente para poder comer,

(...) Los gastos hechos en la plaza mercado de San José importaron 81.886 rs. 21 mrs.; las obras interiores y frontis de la Casa Consistorial, 263.452 rs. 33 mrs.; la nueva lápida de la Constitución costó 13.609 rs.; (...) La corona de oro y esmalte regalada al duque de la Victoria costó 25.708 rs; el brazalete que estaba destinado para regalar á Cristina costó 11.664 rs. También es curioso saber que el importe de gastos para la festividad del Corpus, Santa Eulalia, San Francisco de Paula y Purísima Concepcion asciende á 18.918 rs. (...) (DB., 29.9.1841)

EL PAN, LA LECHE Y EL PESCADO

Este alimento siempre ha tenido un valor simbólico como elemento básico para la subsistencia de los humanos, pero sobre todo un valor real en nuestra cultura. Una casa podía salir adelante sin pescado, o sin huevos o sin carne, pero nunca

19 Mollejas

podía faltar el pan. Sin embargo, —o precisamente por eso— el pan siempre ha sido objeto de discusiones, fraudes en las cantidades y cualidades, estraperlo en épocas de conflictos; muchas religiones lo han sacralizado y convertido en centro de rituales y culto, etc. En los presidios la condena a pan y agua era de lo más grave a que se podía condenar a un reo, era y es reducir a la víctima a no morir simplemente, gracias a los dos elementos básicos e insustituibles de la naturaleza.

En la Barcelona que tratamos, este elemento estaba grabado con fuertes impuestos por el gobierno. Hacía ya unos siglos que la ciudad clamaba para que los tributos sobre el pan fueran eliminados; recordemos que ésta fue la causa original y principal de los llamados *Rebombris del pa*, en la Barcelona de 1789, que llevó a la ejecución infamante de cinco hombres y una mujer por parte del nuevo capitán general, Francisco Lacy.

Entre 1820 y 1823 con la reinstauración de la Constitución liberal de Cádiz, el Ayuntamiento de la ciudad autorizó la importación de trigo del extranjero para hacer frente a los abusos de los precios del trigo que comportaba el encarecimiento del pan; esto motivó una protesta de los protectionistas y acaparadores de ese producto.

En abril de 1840 y a propuesta de los progresistas de Madrid se nombró una comisión para estudiar el proyecto de abolición del impuesto sobre el pan y el agua. Pasaron años y más años y la verdad es que no nos consta que esa comisión consiguiera ningún objetivo. Peor aún, en agosto de 1841 la Diputación de Barcelona enviaba una circular a la prensa diciendo que el precio del pan era escandaloso, y más precisamente en una época en que el trigo era abundante y su precio muy favorable, y disponía que a partir de primeros del año siguiente sería libre la elaboración y venta del pan; incluso que los ayuntamientos, cuando consideraran que los precios volvían a ser un abuso, podrían fijarlos de acuerdo con el coste del trigo;²⁰ y en épocas de graves penurias de éste podrían subvencionar el pan estirando los fondos comunales.

Además del trigo, también el centeno era muy empleado. En cambio, la hoy apreciada espelta era tan poco valorada que se cultivaba como forraje para los animales. Lo vemos en muchas de las subastas que se llevaban a cabo en las tierras de conventos desamortizados que eran trabajadas por gente de los pueblos vecinos, tierras que estaban muchas veces alejadas del convento o monasterio, como eran las de Montserrat, de san Pedro de las

20 La Diputación se amparaba en un decreto de enero de 1834 por el que los privilegios de los gremios quedaban suspendidos excepto precisamente los de los panaderos.



La "burras de la leche" de la calle Robador, n.º 49.

Puelas o de Santa Ana. Las cosechas eran puestas a la venta por el gobierno que fijaba precios mínimos como punto de salida:

la postura deberá cubrir la cantidad de 40 rs. [reales] por cuartera de trigo, 18 rs. por cada una de avena ó cebolla, 10 rs. por cada una de espelta, 7 rs. por cada gallina y 10 rs. por cada capón... (DB., 4.6.1839).

Sabemos que, en el año 1859, *el pan de tres libras de la 2ª y 3ª clase pudo venderse respectivamente á 19, 17 y 15 cuartos uno*. De modo genérico podemos decir que el pan de 1ª era el blanco, el hecho con harina de trigo, limpia de salvado que es la piel o cáscara del grano, la parte más saludable para nosotros según los dietistas de hoy; después estaba el pan de mezcla, hecho de harinas mezcladas, como harina y maíz; el de tercera categoría era el de familia: pan moreno de inferior calidad. Aún, y ya lejos de ser homologado, quedaba el infamante *pan de munición* que era el que consumían soldados y presos. Este pan es el que era objeto de más adulteraciones y por tanto de beneficios en la larga cadena que iba desde la subasta de la materia prima hasta la entrada en los cuarteles y presidios. A mediados del siglo XIX los panaderos vendían el pan en piezas de tres onzas, media libra, una libra, libra y media hasta llegar, de media en media al de seis libras. Ahora bien, en los mercados se vendía el *pan de familia* que llegaba a hacer nueve libras lo que hoy representaría los tres kilos y medio.

* * *

Aunque no tan deseada como el vino por la mayor parte de los hombres, la leche era una necesidad vital para los más pequeños; cuando la madre por las razones que fueran no podía amamantar a los hijos, se buscaba una nodriza,

trabajo que, aunque no muy bien pagado, daba empleo a muchas chicas y mujeres que estaban físicamente en condiciones de hacerlo y además les convenía. Más adelante, durante unos años, los niños seguían tomando leche que había que comprar; también se recomendaba en épocas de algunas enfermedades como la tuberculosis, tan frecuente en esos años, o algunas hepatitis. Lo explicaba bien el dicho “*la llet de burra a la nit, al malalt estava el pit*”, (“*la leche de burra por la noche, al enfermo ablanda el pecho*”).

La leche de burra tenía aún una condición añadida que complicaba la venta, y era que “*los que vendan leche de burra tendrán que invitar, so pena de 4 rs., á los compradores para que, si gustan, estén presentes en el acto de ordeñarse á fin de quedar asegurados de no haber en ella mezcla alguna.*” De modo, que debían llevar la burra al puesto para garantizar la calidad. Eran famosas las burras de la calle En Robador, que salían para ser ordeñadas en el momento de la demanda; pero sucedió, sin embargo, que provocaron el enfado y la protesta justa de las nodrizas de la ciudad cuando alguien empezó a nombrar a aquellos animales como *las nodrizas de Robador*.

La leche de burra fue ganando seguidores o consumidores. Muchas de estas burras venían de más allá de las murallas y eso planteó un grave problema y era que cuando entraban y pasaban por los fielatos no pagaban nada a pesar de que los celosos guardias sabían que iban cargadas de leche y que unas horas después saldrían bien descargadas, pero por supuesto, la leche no se veía. En noviembre de 1851 el Ayuntamiento anunció que a partir del día 1 de diciembre cada hombre que entrara llevando una burra pagaría una contribución de siete reales al mes, una cantidad respetable. Ellos se resistieron diciendo que las autoridades,

olvidándose de la importancia de las funciones que desempeñan en las calles de esta ciudad, dejan abandonados á la multitud de enfermos que esperan cada mañana como un seguro remedio para sus dolencias, la leche que suministran aquellos útiles y pacientes animales. (DB., 9.12.1851)

Después de algunos toma y daca, los vendedores de leche de burra acabaron cediendo. (DB., 9.12.1851)

Aunque algunos de los vendedores de leche también vendían requesón propio, era bastante normal que hubiera familias que, aprovechando la buena calidad de la leche de vaca, cabra u oveja, se lo hicieran en casa.

Pero los humanos, que hemos crecidos envueltos en el virus de la necesidad del beneficio propio siempre al precio del perjuicio de los demás, hemos hecho de todo para obtenerlo; también la leche ha servido para conseguirlo, y así nos encontramos con que el Ayuntamiento en mayo de 1839 promulgó

una normativa a esta cuestión. Y lo hizo tan en serio, que para vender leche se necesitaba un permiso especial con la amenaza de 30 reales a quienes no lo tuviera. Había que vender en mesas que estuvieran al aire libre, no en las entradas de las casas ni en lugares cubiertos –a menos que fuera en día de lluvia-. Y si alguien tenía leche de vaca o cabra, las tenía que tener en mesas separadas.

Evidentemente lo más castigado era la práctica de alargar la leche poniendo agua, cuestión que si no era muy exagerada, era difícil de demostrar. Pero la práctica de la adulteración del producto enervaba a los consumidores hasta puntos álgidos: *Hemos oído de nuevo repetidas quejas acerca de la mala calidad de la leche de cabra y vaca que se expande en varios puestos públicos de esta capital. En asunto que tanto interesa a la salubridad del vecindario, nunca debería descuidarse la más escrupulosa vigilancia. Y otro día, Otra vez han tenido que ser multadas algunas vendedoras de leche por espenderla adulterada. Por lo visto el mal es incorregible.* (DB., 9.7.1853)

Vemos un par de anuncios sobre la venta de estos artículos, en el primero, ofertas muy ventajosas:

En la calle de Mercaders, tienda, num. 31, se vende leche de vaca y de cabra de superior calidad: cualquiera podrá tomarla fría ó recién ordeñada, y aun podrá ver como se ordeña, sin moverse de esta capital. (DB., 12.5.1839)

En la denostada calle de Robador también la hubiéramos encontrado, y barata,

A 12 cuartos el porron se vende leche de vaca y de cabra en la calle de Robador, número 2. (DB., 6.3.1839)

Y ahora, algo de exotismo:

En la calle den Jupi, núm. 10 se vende leche de cabras jóvenes francesas y de vacas también jóvenes y del mismo país al precio una y otra de 20 cuartos el porron. (DB., 19.1.1841)

«*El vino es la leche de los viejos*», este dicho manifiesta y justifica el gozo que dan estos dos productos, uno en el atardecer de la vida y otro al inicio.

* * *

A principios de 1800, las vendedoras de pescado estaban situadas en el interior de un local que había Ramblas abajo, en las llamadas de los Capuchinos. Hacia los años 1830 fueron trasladadas al tramo de la Rambla que hay entre la calle del Carme y el edificio de la Virreina. El paso de las barracas de pescado al interior de La Boquería se fue retrasando; después de la inau-

guración del mercado en 1840, esos puestos seguían en el paseo y la prensa puso en marcha una campaña para sacar a los vendedores de pescado de la Rambla diciendo que su presencia era una *verdadera inmundicia*, debido a los olores de aquel producto y a los desperdicios del mismo. También clamaban *contra las barracas situadas sobre el Rech-condal y las de Barcelona, cuyo mezquino aspecto y sofoco que sus habitantes experimentan en detrimento de la salud pública, clama años hace un remedio.* (EC., 30.8.1837)

Este clamor por la salubridad de los ciudadanos fue subiendo de tono; la gente estaba muy harta de vivir amurallada, por todas partes había soldados, centinelas, hacía falta un documento, un salvoconducto para salir o entrar de la ciudad por cualquiera de las puertas. Ahora se añadía que algunos de esos grandes espacios que la gente, jugándose la piel, había arrebatado a la iglesia como por ejemplo el ex convento de san Agustín en la calle del Hospital, junto a la misma Rambla, habían servido para levantar una de las fábricas que más toxicidad y suciedad vertía: La Fundición Barcelonesa. Esto indignó incluso a los fumadores más alquitranados.

Sería de desear que la Pescadería se trasladase al extremo del nuevo mercado de la Plaza de San José, que pronto va á empezarse, para que la Rambla no apeste y la salud pública consiga alguna ventaja y hecho así la peste se trasladaría á un Hospital General, y a la calle á que dio nombre, y otras inmediatas ya apestadas, con el Vapor, Coque, y Fundición de S. Agustín; doble peor que todas las pescaderías reunidas. Por lo que Vapor, Coque, Fundición y Pescadería deben estar con separación, á mucha distancia, y aun en despoblado si se quieren procurar ventajas á la salud pública tan amenazada en dicho barrio, y por lo cual tanto claman sus vecinos contra aquel establecimiento, sin ser hasta ahora atendidos. (...) (EC., 28.7.1841)

Sorprende que se pusiera al mismo nivel la toxicidad de las chimeneas de las fábricas, los humos y vapores de las calderas que consumían carbón, con el olor de las pescaderías. La protesta contra los malos olores y los olores del pescado se repiten varias veces durante estos años.

Al final, entre 1848 y 1851, los puestos de pescado fueron trasladados a la actual plaza de Sant Galdric, lugar donde desde los años setenta están situados los puestos de las campesinas que quedan vendiendo los productos que han traído desde su punto de origen; como veremos, los puestos de pescado no pasarían al centro del mercado hasta el año 1911.

Cuando el Ayuntamiento sacaba a subasta puestos de los mercados, se presentaban personas que, con buena capacidad económica, licitaban y se

hacían con varios puestos a la vez, que después los alquilaban uno por uno a terceras personas, convirtiéndose los primeros en asentistas o arrendadores que, a menudo y, además, pasaban a ser los suministradores de las mercancías que debían vender los inquilinos. Todo ello hacía que los precios de los víveres subieran, y que muchos tenderos, quizás la mayor parte, hicieran todo tipo de triquiñuelas para compensar los gastos mediante pequeñas trampas en las balanzas. (EGN., 8.1.1837)

Otro que se firma El Observador dice que pudo ver mas a menudo los monopolistas de las plazas de nuestros mercados [que] a los señores alcalde, o teniente de alcalde, según acostumbraban a menudo los antiguos regidores almotacenes²¹ antes de la nueva organización de ayuntamientos, es sin duda una de las causas mas notables, de que muchos de los vendedores cometan los fraudes, los robos, y monopolios que se observan, y que en los pesos y medidas no se cumpla cuanto reclama altamente la ley.

Yo desearía, continua el articulista, que los señores regidores visitaran ese Borne y Boquería; que vieran con sus propios ojos los abusos y fraudes que se cometen, que los corrigieran por sí y ante sí no dejándolo al simple cargo de un portero, alguacil, etc., que á veces ven y no quieren mirar. (...)

Los Sres. de nuestra municipalidad, concluye el articulista, pueden tener buenos deseos para todo lo útil, pero quisiera que los llevaran á efecto sobre todo en las plazas de mercado, que quizás se han descuidado sobradamente desde que algunos han creído que la libertad consiste en robar, monopolizar y en hacer cuanto se les antoje. (EGN., 8.1.1837)

El arrendador cobraba por meses el alquiler de los puestos de pescado, pero en general había pescaderos o pescaderas que no todos los días iban a vender, dependía de que encontrarán género para comprar y que fuera a precios razonables; pedían por tanto a las autoridades pagar según los días que hubieran utilizado el puesto. El Ayuntamiento lo arregló de manera salomónica diciendo que debían ponerse de acuerdo dueño e inquilino.

21 *El almotacén* era el encargado de hacer cumplir que los pesos y medidas de los mercados se ajustaran a los oficiales. Ya en el S. XII se decía que el almotacén "Ha de ser hombre de buenas costumbres, honrado, piadoso, sabio, rico, noble, perito, experimentado, inteligente e incapaz de parcialidad o de corrupción... conviene que dicho magistrado sea elegido entre personas de parecido rango... se le fijará un sueldo, a cargo del tesoro de las fundaciones pías..." *Sevilla a comienzos del siglo XII. El tratado de Ibn 'Abdun. Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla. 2ª ed., Sevilla, 1981.*

Para hacernos una idea del volumen que representaba la venta de pescado, encontramos que ya en el año 1826 había en la Rambla 48 puestos de pescado, teniendo en cuenta que también había otras paradas en la Barceloneta, en la plaza del Pedró, en el paseo del Born tocando el Rec Comtal, además de muchísimos vendedores ambulantes que, por los alrededores de Santa María, lo que quedaba de la Ribera y por las callejuelas del Raval subsistían o sobrevivían haciendo sus pequeñas ventas día a día. Queremos decir que de pescado se consumía mucho. Ahora bien, marisco, como la langosta, por ejemplo, no se encontraba en cualquier lugar: (DB., 4.6.1835)

*En la pescadería del Borne y Boquería se venden langostas á 6 reales la carnícera.*²²

Y no tan a menudo encontramos la venta de tortugas:

En las pescaderías del Borne y Boquería se venden tortuga fresca y de buena calidad, al precio de 8 rs. la libra carnícera. (DB., 31.3.1858)

Otro pescado que no podía faltar era el bacalao que llegaba en grandes cantidades al puerto; por su característica de poderse guardar seco bastante tiempo, en la ciudad había un almacén donde siempre se guardaban grandes reservas y mantenía, en general, precios económicos:

Para comodidad del público el bacalao de lenguas de superior cualidad que se acaba de recibir se venderá á nueve pesetas la arroba en los almacenes de sobre el Rech Condal; en la calle de Bonaire, en el de D. Mariano Prats; en los de la Espartería, en el de D. Pablo Poch, Don Bernardo Bori y D. Pedro Rodes; en la de la de Castaños en el de los Sres. Blanich y Dotris; y en el de frente de la fuente de la Aduana de Don Cristóbal Cassañas.

También se despachará del mismo, el seco al precio citado; y el remojado á 12 cuartos la libra el morro y á 10 la penca en las tiendas de Don Miguel Perelló y D. Miguel Espiell de la calle den Caldas; á la de D. Francisco Casanovas en la del Rech, y en la plaza Nueva en la de Don Jaime Vidal. (EGN., 19.2.1840)

Respecto a las lenguas de bacalao, en febrero de 1850 encontramos un vendedor que tenía de manera abundante en su almacén de la calle Espartería, cerca del Bornet; eran procedentes de Checlen y las despachaba al precio de 3 duros el quintar. (DB., 5.2.1850)

22 Se refiere a la libra carnícera, que como hemos señalado, equivalía a 1.200 gramos.

Cada mes, la hacienda pública daba cuentas de las existencias de alimentos que existían en la ciudad:

DEPOSITO DE BARCELONA. Mes de febrero de 1840. Relación de los géneros, frutos y efectos que han entrado y salido de almacenes durante el presente mes, y de los que quedan existentes para el inmediato: á saber. (...)

Bacalao, quintales:²³ Existencias del mes anterior, 6.096; Entradas en el presente, 300; Salidas, 2.467; Existencias, 3.929.

La llegada de bacalao no era uniforme, pero la mayor parte de los meses del año entraban en el puerto barcos con este producto; por ejemplo, en marzo de 1842 llegaron 200 quintales. Así leemos: (DB., 28.2.1843) *De Bergen, Noruega, en 43 días el bergantín-goleta Diedrick, de 106 toneladas, capitán A. Hidberg, con 6.823 vogs*²⁴ *de bacalao y 973 de pezpalo.*²⁵ (DB., 28.2.1843)

Y al siguiente año: *De Cristiansund, Noruega, en 56 días el bergantín Johanna Elisabet, de 105 toneladas, capitán Daniel Brasen, con 4311 vogs de bacalao y 1591 de pezpalo.* (DB., 14.1.1843)

El bacalao era uno de los alimentos básicos de los jornaleros. Que era un alimento que favorecía a la gente con pocas posibilidades económicas, es tan cierto como que hoy aquella gente no podría comerlo por ser un alimento caro. Sin embargo, debemos precisar de qué partes del bacalao hablamos, ya que si bien la parte más espinosa era barata, el hocico, la penca, también resultaban caras.

El mismo año 1840 se disolvió en la ciudad la principal sociedad de importación y venta de bacalao; la gente quedó expectante, temía que cualquiera que quisiera continuar el negocio lo haría subiendo la escala de los precios. Un grupo de barceloneses redactó una proclama en la prensa expresando que el mantenimiento de precios del producto era esencial para la subsistencia de muchas familias:

(...) no dudamos con todo en asegurar que los mas de los ciudadanos penetrados de cuanto deben á su pais y sobre todo á los pobres, que tanto consumen de aquel comestible de primera necesidad [bacallà], desean de veras que la clase indigente logre de los beneficios de su libre venta, que las sociedades, que se establezcan en lo sucesivo, tengan á la vista las necesidades de la época (...) –Unos barceloneses. (EGN., 3.1.1840)

23 El quintal era una antigua unidad de masa o peso española, que equivalía a 100 libras castellanas, 46 Kilos.

24 El *vog* es una antigua medida de peso de Noruega. De manera aproximada equivale a 18 kg

25 El *pezpalo* es bacalao secado al aire, sin abrirlo ni prensarlo.

Hemos dicho que se comía mucho pescado, y es que éste resultaba, en general, bastante más económico que la carne, incluso salió un dicho que decía que *el pescado era la carne de los pobres*.

El día 20 de diciembre de 1844 cayó sobre Barcelona un aguacero de esos que quedan grabados en la memoria, y los almacenes de bacalao se inundaron. El problema fue que en los mismos almacenes se guardaban productos que podían ser o eran tóxicos; los almacenistas enseguida salieron diciendo que el bacalao estaba intacto, y que además la sal lo había protegido. El Ayuntamiento envió a unos analistas a comprobar el estado sanitario del producto que afirmaron que se podía consumir.

Sin embargo, la prensa durante unos días notificó la muerte de personas de la ciudad que podían haber sido afectadas por haber comido de ese bacalao. Durante una buena temporada el consumo de ese pescado disminuyó mucho.

El Ayuntamiento y los mayoristas se volcaron en una campaña de prensa para devolver la confianza de los consumidores, los diarios más adictos al orden y alejados de la crítica se hacían eco:

—Creemos que se hallan del todo desvanecidos los rumores que tan generalmente circularon sobre la venta de bacalao envenenado. No obstante son dignas de elogio las disposiciones que tomó la autoridad para precaver cualquier accidente desgraciado. (DB., 28.12.1844)

El tema mantuvo el revuelo durante tiempo. Pese a la campaña, siete semanas más tarde, cuando la tranquilidad ya se había impuesto en Barcelona, la indignación estalló de lejos:

La junta de facultativos de la villa del Vendrell declaró nocivos á la salud pública cuarenta y siete y medio quintales²⁶ de bacalao procedentes de esta ciudad, y que se conocía habia estado inundado; la Junta de Sanidad dispuso que se quemase públicamente como así se verificó. (DB., 28.1.1845)

También durante los mismos años nos encontramos con la llegada y la venta de muchas variedades de productos del mar, algunos verdaderas golosinas:

Venta. En la Rambla tienda de Juan Amat, en que hay las balanzas de nueva construcción, se vende bacalao de lengua de Island a 10 cuartos la libra; de otra calidad también de Island, á precios cómodos; tripas de id. á 5 rs. la libra; zorra de atún á 14 cuartos id; atun á 12 id. id.; cabezas de id. á 6 cuartos id., y espineta²⁷ á 10 cuartos id. (DB., 27.2.1838)

26 En este caso, la cantidad de bacalao destruida fue importante, más de dos toneladas.

27 La espineta es la parte dorsal del atún que va des de la cabeza hasta la cola.

La zorra de atún –el más caro de los productos citados en el anterior anuncio– era el atún de arena, denominada también ijada, del que la parte de la ventresca era la más grasa, fina y sabrosa. Generalmente se prepara a la plancha, aunque también puede encontrarse seca; puede hacer pensar en el jamón por sus betas.

Encontramos la venta de esturión a dos pesetas la libra carnícera, así como corvina (reig) á 5 rs. la libra carnícera; salmón de La Coruña á 6 rs. la libra. También cada día sardinas, sardinas prensadas, congrio, pulpos, merluza salada, etc. Por ejemplo: *En la tienda de Pablo Cumella, núm. 8, en las cuatro esquinas de la calle de Caldas, se venden tripas de bacalao y arengues, todo de superior calidad.* (DB., 26.3.1842)

FRUTAS, VERDURAS Y HORTALIZAS. LOS HIGIENISTAS

Las payesas y payeses eran la gente más madrugadora del mercado; la luz artificial tardó años en llegar, y cuando lo hizo con el gas hacia 1870, era tan escaso el alumbrado que tampoco valía la pena llegar antes de levantarse el día.

El campesinado era buena parte de la alegría de La Boquería; ruidoso, pregonando la bondad de lo que llevaban y ofrecían; llamando por el nombre a los compradores que ya conocían; alertando cuando veían los cacos que merodeaban para hacerse con alguna fruta, a veces más que una pieza, un saco o un capazo; avisando a incautos compradores o amas de casa cuando estaban a punto de ser víctimas de un robo y vigilando de reojo a los guardias o funcionarios municipales a los que de vez en cuando debían untar para que no vieran incumplimientos de las normativas difíciles de esquivar, como era que ocuparan algo más de la superficie asignada, o que en el suelo tuvieran algunas hojas de verdura, o que faltara algún precio en la pizarra.

Durante el siglo que estamos tratando e incluso en el anterior, hubo una disminución del consumo de verduras y hortalizas por parte de la burguesía y clases altas en beneficio de las clases populares. En las comidas se fue incrementando la ingesta de patatas, zanahorias y cebollas.

El género debían venderlo los propios dueños o inquilinos de las puestos. El artículo 186 del Bando de mayo de 1839 decía: «*Los que se dedicaran en los mercados a la venta de verduras, frutas y demás artículos por encargo de sus dueños, sólo podrán verificarlo con la autorización y requisitos que para ello dictara el Excmo. Ayuntamiento, bajo multa de 20 rs.*»

Incluso estaba legislado por qué calles debía transitar ese campesinado cuando llevaban sus mercancías hacia el mercado: «*Todos los que conduzcan frutas, hortalizas y demás comestibles para vender en esta ciudad deberán dirigirse por el camino más recto a las plazas de mercado, y solo podrán venderlos en las mismas, bajo la multa de 20 rs.*»

Entre las frutas que tenían venta no podemos pasar por alto los higos chumbos, hoy inexistentes en La Boquería, sencillamente por la incomodidad y falta de destreza nuestra por no saber pelarlos. Mucha gente hacía mermelada cuando estaban bien maduros e incluso, rebanados, eran un componente de las ensaladas.

Pero no todos los productos venían de las cercanías de la ciudad. Observamos que entre mediados de mayo y hasta finales de julio, cada día llegaban barcos que entre otros productos llevaban una media de 200 o 300 arrobas²⁸ de tomates del País Valenciano y Mallorca. Dado que los caminos carreteros eran dificultosos para el tráfico de carruajes debido a su mal estado, las vías marítimas bordeando la costa llamadas de cabotaje eran más ventajosas. Los diarios solían dedicar una página a la entrada en el puerto de Barcelona de los barcos con los nombres de los puertos donde habían fondeado, la duración de la travesía, clase y nombre de la nave, tonelaje, nombre del capitán o patrón y las mercancías que habían traído. Un ejemplo de febrero de 1838:

Embarcaciones llegadas al puerto [Barcelona], el día de ayer.

Mercantes españoles, De Valencia y Cullera en 7 días el laud S. José de 45 toneladas, patron Gregorio Darí, con naranjas. De Málaga, Almería, Alicante y Vinaroz en 26 días el laud Rosario, de 24 toneladas, patron Tomas Perez, con higos y tomates. De Jabea, Moraira, Vinaroz, Tarragona y S. Feliu en 13 días el laud S. Antonio, de 19 ½ toneladas, patron Sebastian Bas, con higos. De Burriana en 4 días el laud S. Antonio, de 19 toneladas, patron Tomas Agustin Rodriguez, con algarrobas. De Mecina en 16 días el laud S. José, de 16 toneladas, patron Antonio Calzada con altramuces. De Cullera, Valencia y Tarragona en 5 días el laud Santo Cristo, de 21 toneladas, patron Vicente Horia, con arroz. Ademas 4 buques de la costa de esta provincia, con trigo y efectos.

Para hacernos una idea del gran volumen de alimentos que llegaban a nuestra ciudad a través de embarcaciones que seguían el litoral de la Península, tomamos el día 30 del primer mes de cada trimestre del año 1845:

²⁸ La arropa catalana tenía una equivalencia de 10,4 kg., es decir, 26 libras.

30 de enero 1845

De Cullera: 110.000 naranjas.

De Sevilla: 500 fanegas²⁹ de habas, 400 de trigo, 130 sacos de harina, 15 sacos de escayola o mijo y 9 pipas³⁰ de aceite.

De Adra, Almuñecar y Cartagena: 100 quintales de alcohol y 18 pipas de vino.

De Palma: 400 arrobas de tomates, y 15 fanegas de frijoles.

De Santander, Barquero, Coruña, Vigo y Tarragona: 60 barriles de sardina y 60 sacos de rubia.³¹ Además de 4 barcos de la costa catalana con 670 cuarteras³² de trigo.

30 de abril 1845

De Torrevejeja: 2.599 fanegas de cebada.

De Alicante: 720 fanegas de trigo.

De Valencia: 248 sacos de harina, 75 de arroz y 1 carro de salvado.

De Alcudia: 700 quintales de leña.

De Alicante: 700 fanegas de trigo.

De id. y Vinaroz: 450 fanegas de trigo.

De Castellón: 700 arrobas de algarrobas, 40 *cabíces*³³ de maíz y 74 sacos de frijoles

De Valencia, Vilanova y Sitges: 80 sacos de harina y 74 de arroz.

De Alcudia: 900 quintales de leña.

De Palma y Alcudia: 700 quintales de leña.

De Ciudadella: 430 cuarteras de trigo y 12 quintales de queso

30 de julio 1845

De Sevilla: 1000 fanegas de trigo, 30 pipas de aceite, 40 sacos de harina y 20 de sémola.

De Sevilla: 950 fanegas de trigo, 41 pipas de aceite, 24 sacos de sémola y 9 de harina.

De Sevilla y Villajoyosa: 1300 fanegas de trigo.

De Alcudia: 400 quintales de leña, 157 de palma, 107 de enea.

De Valencia: 250 docenas de melones.

De Ciudadella y Arenys: 20 cuarteras de habas, 10 quintales de arroz.

De Isla Cristina, Alicante y Tarragona: 400 fanegas de habas.

De Sóller: 400 quintales de carbón y 8 de palma.

29 La fanega, como unidad de volumen, en Castilla equivalía a 55,5 litros.

30 La pipa era un tonel o cuba de 443,65 litros.

31 La rubia, *rogeta* en catalán, es una planta que se usaba como tinte para las telas.

32 La cuartera, unidad de volumen, equivalía a 70 litros, excepto la cuartera de aceituna que contenía 80 litros.

33 Un *cabíz* equivalía a 12 fanegas, es decir, 666 litros.

De Alicante: 32 sacos de harina, 53 cahíces de trigo, 19 sacos de pimentón, 40 cajas de azúcar, 51 sarrias de granada.

De Sevilla, Almería, Alicante y Tarragona: 560 fanegas de trigo, 396 de habas, 450 de harina y 100 de paños..

30 de octubre 1845

De Torreblanca y Vinaroz: 1800 arrobas de algarrobas.

De Palma: 60 quintales de leña

De Palma y Andratx: 900 quintales de carbón de piedra, 350 de algarrobas, 587 jamones, 21 cerdos y 90 fanegas de garbanzos.

No quiere decir eso que toda esta comida se vendiera directamente en los mercados, antes pasaba por los mayoristas que eran los que habían cursado los pedidos y desde sus almacenes lo vendían a los vendedores y tenderos.

* * *

Desde inicios del siglo XIX se extendió la corriente del Higienismo, fruto de la constatación de las pésimas condiciones higiénicas en las ciudades: la falta de agua en las casas, alimentos en condiciones insalubres, líquidos residuales por las calles, viviendas hacinadas y con poca ventilación, deficiente alimentación, todo conllevaba a padecer enfermedades e incluso frecuentes epidemias. En definitiva, el higienismo era el arte de conservar la salud y alargar la vida.

Joan Giné Partagàs, Enric Raduá Oriol y Pere Felip Monlau fueron tres sabios que trabajaron sobre todo en Barcelona. Eran médicos preocupados por las altas tasas de mortalidad en la ciudad y las graves enfermedades que la asolaban, sobre todo entre las clases trabajadoras. Podemos decir que eran médicos que ejercieron la medicina convirtiéndola en ciencia social, y viendo de qué manera era imposible que la patronal se aviniera a un buen aumento de los salarios y una mejora de las condiciones de trabajo, iniciaron una campaña para que fueran bajados, de forma notable, los precios de los alimentos. Su fracaso fue sonado.

Monlau, un gran defensor público de la necesidad de demoler las murallas de forma urgente por el bien de la salud de los ciudadanos, en contra del empeño negativo de los militares que consideraban que Barcelona era una ciudad rebelde que había que tenerla siempre atemorizada y controlada, afirmaba que eran las autoridades las que debían garantizar la disponibilidad de todo tipo de alimentos que fueran económicos y de buena calidad: *Además de abundantes y baratos, los alimentos deben ser sanos y de buena calidad;*



El médico higienista Felipe Monlau Roca, 1808-1871

*se ocupará la autoridad administrativa que por ningún término se expendan alimentos naturalmente adulterados.*³⁴

El propio médico higienista explicaba,

Los obreros y sus familias no disfrutaban todavía de una alimentación bastante reparadora; el pan y el vino que ordinariamente consumen no son de la mejor calidad; los vegetales constituyen la base de un régimen más común; y del reino animal apenas conocen más sustancias alimenticias que el bacalao, el escabeche y el tocino: el obrero come poca carne, pues si bien compra a menudo los extremos, despojos y grosura de los animales, esta carne de sábado, como se decía en lo antiguo, nutre muy escasamente y fatiga en gran manera los órganos digestivos.³⁵

Pero el Estado desde Madrid reclamaba el pago de las deudas del Ayuntamiento. Y pedía a éste que cargara más aún los derechos de puertas salvo los de primera necesidad. Ésta será una de las causas de las importantes y trágicas bullangas de 1842 y 1843:

34 Monlau, Pere Felip: *Elementos de Higiene pública o arte de conservar la salud de los pueblos*. (3 vol.) Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1862.

35 Monlau, Pere Felip: *Higiene industrial. ¿Qué medidas higiénicas puede dictar el Gobierno á favor de las clases obreras?* Madrid, 1856.

Nota de los artículos considerados de primera necesidad, que se escluyen del recargo impuesto por Real orden de 9 del actual en las tarifas de puertas: Aceite de comer, arroz, carbon de leña, carnes de cerdo, lana y pelo vivas ó muertas, granos, harinas, hortalizas, legumbres incluso las patatas, leña, sardinas saladas, semillas, vino comun, vinagre. Barcelona 29 de abril de 1845. (DB., 2.5.1845)

CUANDO LA BOQUERÍA TUVO QUE GERRAR LOS PUESTOS

Barcelona en el siglo XIX es una ciudad que vive en permanente conflicto; una mirada rápida nos muestra la ocupación napoleónica; tres guerras carlistas; las quemas de 1835, las revueltas y bombardeos de la ciudad en 1842 y 1843; las grandes luchas por el derecho de asociación en 1855; la 1ª República... Decir, en resumen, que durante esos cien años los barceloneses estuvieron en estado de excepción durante dos terceras partes de la centuria, sin garantías constitucionales. Los militares eran la encarnación del despotismo, y los ciudadanos la carnaza sobre la que los primeros hacían méritos que se convertían en medallas y ascensos. La ciudad esta vez tenía ganas de jugar fuerte, y a partir de octubre los enfrentamientos con el ejército se iban intensificando. Abiertas las puertas de la maldita cárcel:

Son las siete y media de la noche, el fuego ha parado (...) los presos se hallan ya libres y con las armas en la mano; todos los barceloneses están unánimes sin distinción de partidos: reina verdaderamente la unión; las calles están iluminadas, y con mucho desnudo los habitantes... (EC., 18.11.1842)

El día 3 de diciembre de 1842, La Boquería quedó, como otros días, desierta completamente de vendedoras y compradoras: a las doce y media del mediodía desde Montjuïc, *brilla una llama sangrienta en el castillo, se levanta un globo de humo, retumba un trueno, la primera bomba queda en el aire, cae y estalla con estruendo en la ciudad*, escribió un testigo. Durante doce horas, bajo las órdenes de Espartero –*Duque de la Victoria*, nombre por cierto que todavía preside la titularidad de una céntrica calle barcelonesa– los cañones lanzaron 1.014 bombas sobre la población civil; más de 450 casas quedaron destruidas por completo o en parte. También hubo fuego y destrucción en el Hospital de Sant Pau y en el militar. Ya días antes la Ciutadella había vomitado fuego de manera intermitente, como el que hace prácticas, eran balas rasas, alguna vez incendiarias. Hacía días que La Boquería abría a ratos

y sólo lo hacían algunos puestos debido por un lado al peligro de la insurrección y su represión, y por otro porque las mercancías escaseaban, costaba entrar en la ciudad; y también estaban los acaparadores. La escasa comida de los mercados subía de precio cada día.

Barcelona 5 de diciembre. El día 3 al medio día principió el bombardeo desde Monjuich contra la ciudad, duró hasta muy cerca de las dos de la madrugada de ayer. Se conjeturan á mil los proyectiles que cayeron en la ciudad entre bombas, granadas balas de cañon, y las pérdidas causadas inmensas. Varias casas han sido quemadas, algunas tiendas enteramente arruinadas, así como muchas puertas de casas. Los pisos de algunas casas donde cayeron bombas que no fueron incendiadas, han quedado enteramente destruidos...³⁶

Había estallado un viejo malestar, profundo, que curiosamente afectaba a todas las capas sociales: a los fabricantes, que preveían su ruina si el gobierno daba libertad de comercio con Inglaterra, el gran competidor aventajado del textil; a los tenderos, que cada día constataban la merma de los beneficios por la caída de los salarios de la población y el aumento de los tributos; a los trabajadores, quienes más pagaban el desbarajuste con el constante empeoramiento de sus condiciones de vida. Y la ciudad se había plantado constituyendo una junta que se desmarcaba del gobierno central de Madrid. La respuesta, el asedio y el bombardeo hasta la rendición. Por si fuera poco, se impuso a los fabricantes y propietarios una multa de 12.000.000 de reales; esto afectó también a quienes en propiedad tenían puestos en los mercados.

Seis meses después de la humillación, hubo otro descalabro: de nuevo otro levantamiento. Los barceloneses no olvidaban el bombardeo de la ciudad de hacía pocos meses, noticia que llegó a toda Europa; con la experiencia vivida poco antes, la ciudad se preparó mejor, pero también lo hizo el ejército. Cualquiera diría que la gente habría escarmentado y ahora no querría saber nada, pero no fue así. Podemos decir que la mayor parte de la población salió a la calle; sí que se marcharon la mayor parte de la burguesía y familias que tenía una segunda vivienda o parientes fuera.

A primeros de junio de 1843 hubo los primeros alborotos reivindicativos. El militar de Reus Joan Prim fue aclamado ilusoriamente en la Ram-

36 *El Imparcial*, 6 diciembre 1842. – Editado en Barcelona, este periódico fue la continuación de *El Guardia Nacional* y de *El Liberal*, ambos también barceloneses. Los tres periódicos (1835-1842) siguieron un itinerario iniciado por el progresismo y finalizado con el moderantismo del general Espartero

bla; después aquel hombre optó por la Corona española con su corrupto gobierno y fue uno de los represores más distinguidos de la ciudad; la Corona le premió pasándolo de coronel a mariscal de campo.

Para entender aquella época barcelonesa, ayuda el valioso escrito de un tendero de aquellos años, Josep Coroleu; se trata de un hombre que se ganaba bien la vida, observador y de talante progresista. Deja entrever y critica los disparates que consideraba se cometían desde el gobierno que cada vez hundían más la economía del país. Escrito en forma de diario entre 1792 y 1853, nos adentra en el escenario de la conflictiva ciudad:³⁷

Noviembre 1843

Día 1. –Estoy triste ¡Qué día de Todos los Santos! (...) En vez de vernos reunidos todos en torno de la mesa con la alegre algazara de los niños, nos encontramos solos, pensando con tristeza en los ausentes y en la posibilidad de que no volvamos a vernos. (...) No ha habido panecillos [panellets].

Al levantarnos de la mesa mi hijo no pudo reprimir un suspiro. Yo le puse la mano en el hombro y le recordé aquel refrán nuestro que dice: Ditxosa és la terra que és lluny de la guerra.

Hoy no se ha vendido carne en los mercados.

Día 2. –Se han dictado medidas muy rigurosas para evitar el acaparamiento de la carne, prohibiéndose llevarla a domicilio, así como el venderla en porciones de más de dos tercias y ordenándose que se trasporte directamente del matadero a los mercados de la Boquería y de Santa Catalina. (...)

A la gran cantidad de pobres que ya había en la ciudad antes de esta barbarie, ahora se añadían familias enteras sin casa, sin trabajo o ambas cosas a la vez. Ante esta realidad, los propios ciudadanos organizaron una *sopa para los pobres* con lo que recogían en los mercados y lo que daba la gente que podía. Es interesante la nota que publicaba *El Constitucional* y cómo ponía a caldo el *Conde de Reus*, el militar Joan Prim:

Nos ha hecho derramar lágrimas de ternura el ver las que derramaban de agradecimiento los pobres que reciben desde ayer la sopa, y sopa abundante en todos los cuarteles y barrios de esta ciudad. Mientras los absolutistas y tiranos y «renegados» se complacen en enviar proyectiles de muerte á los bravos de esta población, los «pilllos» de la misma, al compás del estruendo de aquellos, dan la sopa de vida á los indigentes.

37 Coroleu, José: *Memorias de un menestral de Barcelona, 1792-1864*. Tip. de *La Vanguardia*, 1888.

¡Que contraste «conde de Res!» ¿no te avergüenzas?... Huye, escóndete, miserable. Las virtudes estan en los liberales; en vosotros... malvados, ¿que hay sino cadenas y muerte? Avergüénzate renegado, marcha de una patria que te escupirá siempre mas á la cara. (EC., 30.9.1843)

A partir de septiembre y durante tres meses la ciudad empezó a ser bombardeada desde la Ciutadella, el Fort Pienc y Montjuïc. El Born y La Boquería también recibieron de lo lindo bombas, pólvora y chatarra. Los lavaderos públicos del Born y el matadero próximo quedaron completamente destruidos. Sólo entre el 18 de octubre y el 24 del mismo mes cayeron sobre la ciudad 5.847 proyectiles de todo tipo. Cuando las tropas entraron, por medio de la devastación, se inició una cruel represión, más fuerte aún que la de unos meses antes.

LOS FIELATOS Y LOS ALIMENTOS DE AMPLIO ESPECTRO: CARACOLES Y SETAS

En todas las poblaciones en las que había transacciones de alimentos, sus Ayuntamientos cobraban unos impuestos en el momento en que eran introducidos en el municipio. Lo hacían mediante las casetas de cobro, llamadas también fielatos, situadas en los accesos. Buena parte del dinero que se recaudaba en estos puestos iba por ley a parar al erario central de Madrid.

Las barracas de cobro eran un punto de corrupción por parte de los funcionarios; por parte de los importadores, lo era de resistencia a no pagar o reducir al máximo las tablas de los impuestos. Los fielatos eran nidos de conflictos permanentes. Después de años de presiones y luchas para que fueran abolidos o al menos reducidas las tarifas, en abril de 1845 se consiguió que algunos alimentos básicos fueran indultados de este pago; se trataba del aceite para comer –no el aceite para hacer luz–, el arroz, la carne de cerdo, el carbón vegetal, los arenques, las semillas, los granos, las harinas, las hortalizas y las patatas, la leña, el vino de porrón y el vinagre. Aunque no fue una victoria plena, la noticia se convirtió en un estallido de júbilo.

Años muy difíciles. Hubo una bajada de salarios mientras el alquiler de las casas y el precio de los alimentos subieron; se había puesto fin a la primera guerra carlista, pero faltaba poco para que empezara la segunda y Barcelona era vista como una ciudad insurgente a la que había que bombardear cada 20 o 30 años para mantenerla aplacada y sometida, en opinión del general Espartero. Así se expresaba un contemporáneo del momento:

Barcelona está convertido sobre todo por las noches, en un verdadero campamento militar. Apenas anochece, todas las esquinas de la Boquería y otras calles están plagadas de centinelas. El bando que prohíbe transitar por la ciudad después de las once de la noche, se observa con el mayor rigor, y el que por desgracia se descuida, es conducido á la Ciudadela y al día siguiente al navío Soberano. Nunca, jamás se ha visto Barcelona tratada con tanta crueldad; de modo que las vejaciones que la hacían sufrir las tropas de Napoleón en tiempo de la guerra de la Independencia eran tortas y pan pintado para lo que ahora pasa.³⁸

En junio de 1848 hubo algunas intoxicaciones en Barcelona, y enseguida alguien tuvo claro de quién era la culpa: los caracoles. Estos animalitos se vendían en La Boquería y otros mercados y se consideraba que era una comida propia de la *clase menesterosa*. Josep Miró era teniente-alcalde del Ayuntamiento, y cuando supo el caso de algunos intoxicados entre los que uno llegó a morir, confió a un amigo médico que investigara la posible nocividad de los gasterópodos, *bichos*, como él les denominaba; las clases altas no comían aquellas cosas que consideraban primitivas y antihigiénicas. La recomendación fue que los caracoles fueran recogidos en los terrenos limpios y no en *torrentes, pantanos, y otros lugares insolubles, pues tales bichos se crían y alimentan en partes húmedas, inmundas, asquerosas y de aguas corrompidas*.³⁹ Queda de manifiesto la poca afección que esta persona tenía hacia los caracoles.

Las vendedoras del producto se indignaron por la ignorancia de aquellas autoridades, mientras que la población, en general, se reía pensando como el tal Miró y su médico no sabían lo que se perdían en la mesa.

Además, en la tradición sanitaria popular los caracoles tenían mucha importancia en lo que se refiere a las afecciones, sobre todo de la tos en particular y a los resfriados en general; así encontramos que a mediados de siglo se vendía una *Pasta pectoral de caracoles, inventada y preparada por Mr. Sante Marie, farmacéutico. Esta pasta es una de las mejores que se han preparado para combatir la tos, reuma, ronqueras, coqueluche [tosferina] y demás irritaciones del pecho que calma de una manera rápida y sorprendente*. El inventor de aquella pomada era un hombre del Rosellón que había estudiado medicina

38 *El Clamor Público*, 119 julio 1845 – Este periódico, fundado hacía un año en Madrid, era portavoz de los progresistas; de talante beligerante, era contrario, a los gobiernos moderado y conservador.

39 *La España*, 8 junio 1848. – Este diario representaba a la corriente del ala derecha del Partido Moderado. Periódico ultra-conservador, cercano al absolutismo y evidentemente contrario a la modernización económica y cultural del país.

y se dedicó a la farmacia. Y en la plaza de Santa Caterina se vendían unas *Verdaderas pastillas pectorales de caracoles*. *Esta preciosa composición elaborada en el extranjero y hasta ahora no usada en España, es conocida por ser la más eficaz para la curación de las diferentes afecciones de pecho, como todas las pertinaces ronqueras, sofocación o asma, y sobre todo en los catarros de los niños, que quita instantáneamente*. También se vendía jarabe hecho con los caracoles, lo mejor para todo tipo de tos y refriados; lo despachaba la farmacia que había en el Raval en la esquina de la calle Conde del Asalto con la de Sant Ramon. Y para que veamos la importancia del consumo de caracoles, el 12 de junio de 1854 llegaban al puerto de Barcelona procedentes de Ibiza diversas mercancías, entre ellas 4.500 huevos y 12 fanegas de caracoles.

Recordemos la fábula del clásico griego Esopo, que contaba la carrera entre una liebre y una tortuga; la liebre de un empuje se plantaba cerca de la meta; pero confiada y sobrada, se durmió a la sombra de un árbol. Mientras, paso a paso, la lenta pero tenaz tortuga traspasaba la línea y ganaba. Ahora bajamos un escalón y la competición la repetimos entre la victoriosa tortuga y un esforzado y tranquilo caracol. También la tortuga, confiada, piensa que nunca el caracol la atrapará. Mientras la tortuga se entretiene, se distrae y se ufana de ser más grande y rápida, el caracol, que no se ha detenido, llega antes a su destino. Esopo nos lleva a pensar en el actual espíritu de competición en los mercados, deportes y en el mismo trabajo; toda una ideología clasista de gente supremacista destinada a triunfar por encima de las masas y de aquellos que no quieren competir, ni por el trabajo asalariado, ni por el dinero.

* * *

El tema de las setas es bastante más polémico en la época que tratamos. Recordemos que buena parte de la población barcelonesa del siglo XIX era inmigrante, originaria de las comarcas del interior de Catalunya y que por tanto conocía y apreciaba las setas. Hay documentación que lo atestigua y en algún recetario culinario de la época, las setas están presentes.⁴⁰

Hacia los años 1830 encontramos que salen del puerto de Barcelona con destino a La Habana barcos que entre otros artículos como harina de trigo, azafrán, ajos, zapatos, alpargatas, papel y juegos de cartas, llevan cajas de setas preparadas en escabeche o salmuera. Sin duda su destino eran emigrantes de la península, muchos de ellos catalanes, que deberían tener

40 *La cuynera catalana ó sia, reglas útils, fàcils, seguras y econòmiques per cuynar bé*. Imprempta de Valentí Torras, Barcelona. Ediciones durante el s. XIX, en 1835, 1843, 1851 y 1880.

deseo de comer un producto que allí era prácticamente inexistente, al menos en las variedades que habían dejado de saborear desde su partida (EGN., 18.11.1838). El comercio siempre corría muchos riesgos, más si se trataba de alimentos; nos encontramos con que mientras se enviaban setas a las colonias de América, llegaban a nuestro puerto, embarcados en Motril, setas, seguramente cosechadas en el interior de la provincia, quizás en las laderas de los bosques de Sierra Nevada. (EC., 13.10.1839).

La sabia cita que ahora reproducimos podría parecer, en buena parte, escrita hoy:

El aumento y rapidez de las comunicaciones facilita el que puedan trasportarse ya á largas distancias los frutos de nuestro pais espendiéndose en aquellos mercados á precios exorbitantes, lo que da lugar á lucrativas especulaciones beneficiosas siempre para los intereses de la agricultura. Y las mismas razones que motivan esta continua serie de expediciones á varios puntos del reino y del extranjero, producen tambien el que nuestros mercados sean surtidos de frutas y hortaliza, cultivadas en puntos muy lejanos á Barcelona. En la actualidad mientras se remiten á Ultramar y á otros paises crecidas cantidades de setas, se están recibiendo en esta capital preciosos racimos de uvas procedentes de Mallorca, Alicante y Valencia, y ayer mismo había en la Boquería varias carretadas de ellos remitidas de la última de las citadas provincias. (DB., 23.11.1857)

En principio, este alimento que tanto nos conecta con la naturaleza por su olor, generosidad y simplicidad, en la entrada a las puertas de la ciudad no pagaba impuestos, hasta que el aumento de su consumo hizo que también fuera penalizado; la gente protestó diciendo que a ese paso también deberían pagar el perejil y los caracoles, que también crecían en los patios de las casas, y en mayo de 1853 las setas fueron eximidas de impuestos en la ciudad.

Ya en plena actividad y crecimiento de La Boquería, se iniciaba el calvario de las intoxicaciones, muchas de ellas mortales, por comer setas venenosas. El problema de las intoxicaciones agravaba cada año el buen nombre de las setas; podemos asegurar que cada temporada varios barceloneses, posiblemente como ahora, morían de graves intoxicaciones; a menudo eran los mismos responsables del mercado quienes incautaban setas buenas en aras de ser peligrosas y dejaban pasar para la venta las tóxicas, debido al gran desconocimiento del producto. Tampoco sabemos hasta qué punto la gente gravemente intoxicada había comido setas no compradas sino cosechadas por ellos mismos.

—Al recorrer el señor concejal D. José de Miró en la mañana de ayer todo el mercado de la Bocaria, prestó particular atención a la enorme cantidad de hongos, setas, criadillas de tierra y demás de esta especie que había vendibles, mandando separar y arrojar aquellas que á su parecer podían ser dañosas. (DB., 25.10.1847)

Nos sorprende también cómo los higos empezaron a ser víctimas de la ignorancia y se los puso en el mismo saco que las setas: prensa y autoridades coincidieron afirmando que había tipos de higos que también mataban; se inició una guerra de la prensa para que las autoridades prohibieran el comercio de estos productos en todos los mercados.

CONTINÚA LA VIGILANCIA. — En el mercado de S. José se han inutilizado setas é higos que estaban espuestos á la venta pública en contravención á las disposiciones vigentes.⁴¹

El tema de los higos, también sospechosos de criminalidad, nos preguntamos si no lo serían por el zumo blanco y lechoso que algunas especies sacan, sobre todo cuando verdean.

Una buena familia barcelonesa resultó toda ella afectada por haber comido un pavo relleno de setas: *Cuantas personas la constituyen, incluso los dos criados, se han visto espuestos á las terribles consecuencias de un envenenamiento ocasionado por las setas, habiéndose temido por la vida de alguno de ellos.* Noticias como ésta, espoleadas por las opiniones de algunos médicos, abocaron a las autoridades a detener el problema 'confinando' las setas: (DB., 27.10.1855)

Se ha dado órden para que principiando desde hoy no se permita, tanto en los mercados de esta capital como en el de la Barceloneta, la venta de setas ni de higos de ninguna clase. (DB., 27.10.1855)

Y surgió una cruzada contra las setas, supuestas causantes de las plagas que cada año, de forma cíclica, hacía estragos. Las pobres setas, que ya habían sido cazadas en el bosque, ahora lo eran en los mercados: *en la propia plaza, se proseguía con buen éxito la persecución de las setas.* (LC., 3.11.1861)

Pero como en el decreto de la prohibición se explicitaba que la venta de setas quedaba prohibida en los mercados, de modo laxo se podía interpretar que fuera de los mismos la interdicción no llegaba, como es

41 *El Lloyd Español. Diario marítimo y de intereses mercantiles*, 8 noviembre 1865. — El diario reflejaba el estilo de la numerosa prensa marítima inglesa respecto al tráfico y comercio marítimo: carga de los barcos, puertos, cotización de las mercaderías, normativas de los faros y banderas, etc. Tenía también espacio para las crónicas locales de carácter social, político y cultural. Se publicó entre 1861 y 1868.

el caso de este anuncio casero: *Hay una partida de setas, vulgo (muxar-nons), para vender, al mayor y menor. Calle Gombau n.º 10, 2º piso.* Esta calle está muy cerca del mercado de santa Caterina. Estas setas gozaban ya entonces de mucho aprecio, incluso como uso medicinal: *Pel mal de ronyons, suc de moixernons» es decir, para el dolor de riñones, zumo de setas.* (DB., 8.1.1862)

Sin embargo, salieron buenos defensores de las setas, personas que precisamente se habían distinguido en la lucha por el bien de la salud de todo tipo de gente. Uno, Felip Monlau, ya lo hemos citado, fue el gran defensor de la necesidad de derribar las murallas para que la gente que vivía apiñada en los barrios de san Pedro, la Ribera y el Raval pasaran a vivir de forma más aireada y sana fuera de las murallas. Sabemos cómo la especulación, mezclada con la incapacidad municipal, frustraron los propósitos de Monlau. Pero en cuanto a las setas el médico-higienista, en su tratado que ya hemos citado decía: *Prudente será también cortar siempre las setas á pedazos y dejarlas macerar dos o tres horas en vinagre o en agua muy salada, antes de guisarlas: dichos líquidos disuelven el principio venenoso y deben echarse. Si a pesar de todo ocurriera alguna incomodidad, o se notaran señales de envenenamiento, se promoverá el vómito. Si el individuo tardara en vomitar, ó después del vómito persistiesen los señales de intoxicación, se le harán tomar algunos sorbos de vinagre, de éter ó de agua salada; y en todos los casos se avisará al médico con la posible presteza.*

Las autoridades se movían con muchas dudas, había años en los que las setas eran prohibidas, otros eran indultadas. En otoño de 1865 fueron de nuevo condenadas; pero a pesar de su interdicción, seguía descubriéndose la venta: *En el del Padró se presentaron ayer mañana arroba y media de setas ó buléts, para su venta, siendo decomisados por el concejal encargado de aquella plaza D. Severo Modolell, quien dio parte de esta determinación al Sr. Alcalde corregidor el que no sabemos si habrá impuesto la multa de 200 rs.* (ELL., 8.10.1865)

En este esforzado combate llegamos a la temporada de 1872, cuando fueron intervenidas por los inspectores municipales, sólo en La Boquería, casi una tonelada de setas durante el mes de octubre. (LI., 31.10.1872)

Más adelante, hacia 1884, sólo se permitió la venta de niscalos; las autoridades cuidaban la salud de los demás pero sobre todo de la propia.

Parece que se trata de proscribir sino se han proscrito ya de la venta, temporalmente y mientras duren las actuales circunstancias, las setas de todas clases.⁴²

Y yendo más allá todavía, a finales del año, el diario *La Dinastía* tenía el coraje de presentar la solución definitiva a cualquier duda sobre las setas peligrosas diciendo que *para conocer si las setas son ó no venenosas, se pone á cocer media cebolla blanca (separada sobre membrana exterior) con los setas; si la cebolla toma color azulado ó pardusco, las setas son venenosas; si la cebolla permanece blanca, las setas son buenas*. Hemos hablado con especialistas de la materia y nos han dicho que lo entienden más como un acto de buen deseo que fruto de un buen conocimiento o rigor científico.

Pero no se detenía la llegada de noticias funestas que la prensa aprovechaba para disuadir y desanimar el comer aquel producto:

En el pueblo de Castellnou de Seana (Lérida) acaba de ocurrir una sensible desgracia, que ha sembrado la consternacion entre aquel vecindario. Es el caso que la familia de Francisco Porta compuesta de un matrimonio dos hijas, habia comido setas; despues de una terrible noche amanecieron las dos hijas muertas y sus padres en gravísimo estado sobre todo la mujer, la que se desconfía salvar. En Arbeca sucedio la semana pasada otro caso semejante. Deploramos tales desgracias, que deben poner sobre aviso los aficionados.⁴³

En octubre de 1885, ante la corriente prohibicionista, surgía un clamor desafiante y antiautoritario: “La nueva Andorra”. Se trataba de una especie de mercado organizado en un rincón del pueblo de Sant Gervasi y cerca de Sarrià. La prensa lo denunciaba diciendo que *todo lo que se vende allí, es lo que está prohibido vender en otras partes*. No podemos negar la parte seductora de la solemne afirmación, probablemente exagerada y demagógica, pero que suscita en nuestra humanidad un interés salvaje por la parte aún no domesticada, afortunadamente, de muchos de nosotros. Y evidentemente, allí había todo tipo de setas, posiblemente algunas de las cuales podían llevarte al otro mundo. Lo que más enojaba a los bienpensantes, a la gente de orden, era que los precios de las mercancías de “La nueva Andorra” eran mucho más

42 *La Dinastía. Diario Político, literario y mercantil*. 4 de julio 1884. – Defensor del partido conservador de Cánovas del Castillo, se editó entre 1883 y 1904. Defensor de la monarquía de los borbones en España y feroz enemigo de los republicanos y de las corrientes anticlericales. Se editaba en Barcelona.

43 *Crónica de Cataluña. Periódico liberal de Barcelona*, 2 de octubre 1882. – Era el órgano del partido liberal progresista catalán, a pesar de ser anti-republicano. Tenía un talante conservador.

económicos que los de Barcelona, convirtiéndose en el mercado de la gente tanto humilde como mirona. Sin embargo, su éxito en el servicio social le convirtió en su sepultura al someterlo las autoridades a un control asfixiante.

Dejando las setas: cuando llegó el día de la Mercè, patrona de la ciudad y de los presidiarios, el Ayuntamiento dio dinero en forma de tickets a los carniceros para que estos entregaran paquetes de carne para los presos de Barcelona. Lo que ocurrió es que los reclusos protestaron porque la mayor parte del material recibido no era carne sino huesos, y de los duros. El Ayuntamiento, se dice, sancionó a los defraudadores.⁴⁴

CRECIMIENTO DE LA BOQUERÍA. LA HUELGA DE LAS VERDULERAS DE 1852

No se puede pasar por alto una innovación muy importante que las autoridades de la ciudad y de La Boquería introdujeron en el mercado en agosto de 1848, el mismo año en que el Duque de Ahumada fundaba el cuerpo de la Guardia Civil y se estrenaba el primer ferrocarril del país. Nada menos que unos aseos para necesidades fisiológicas, en primer lugar para las de los vendedores y vendedoras que tantas horas estaban al pie del cañón y luego para las urgencias no siempre previsibles de los compradores:

– Hemos visto con satisfacción colocados en la plaza mercado de la Boquería unos lunares escusados muy decentes y con asiento de mármol, destinados para uso del público. Felicitamos al señor concejal D. Antonio Vidal, director de aquella plaza, por haber suscitado la introducción de una mejora, que quisiéramos ver introducida en varios puntos de Barcelona. (DB., 2.8.1848)

Nos queda la duda, sin embargo, de si el mármol era el material más adecuado para la comodidad de los usuarios, sobre todo en invierno.

Siguiendo con el tema del crecimiento de nuestro mercado, por fin nos encontramos con que sale a subasta la construcción de la nueva pescadería. Era una vieja reivindicación la de liberar la Rambla de esas barracas, y para algunos, del mal olor del pescado; era noviembre de 1848. Un año y medio más tarde se inauguraba el nuevo espacio en la plaza de Sant Galdric, donde

44 *La Vanguardia*, 30 de setiembre 1884.– Esta cabecera apareció en 1881 bajo una línea liberal, siendo en 1887 adquirida por la familia de los Godó. Siempre ha mantenido la trayectoria ideológica del régimen de turno; así, por ejemplo, tras la profesión de fe con el franquismo, estuvo alineada con el nacionalismo pupolista.

ahora restan algunos pocos puestos de verduras. Observamos sin embargo, que en cuanto La Boquería se hacía mayor, enseguida quedaba pequeña; era incesante la demanda de nuevos tenderos que querían asentarse. Ahora nos encontramos con que a pesar de que el pescado ya está dentro del mercado y parece que la Rambla queda limpia y desembarazada, a los pocos días se instala de nuevo otra hilera de puestos que llega a Belén; se trata de puestos de fruta y aves de corral:

Hemos visto introducidas algunas innovaciones en el arreglo de puestos del mercado de la Boquería. No siendo la plaza bastante capaz para contener a tan gran número de vendedoras, se ha colocado una línea de las que tienen puestos, de fruta y volatería frente la acera de las casas de la Rambla. (DB., 9.9.1849)

Además, la prensa no había dicho toda la verdad cuando había anunciado que todas las pescaderas habían entrado en el mercado, porque algunas no cupieron. Éstas, siguieron en la Rambla otro año y medio. Ahora, la noticia era que:

Desde ayer quedó habilitada la nueva pescadería del mercado de la Bocaría. Es de esperar que desaparecerán cuanto antes los viejos armatostes que formaban la antigua, y que tanto afean el paseo de la Rambla. (DB., 13.2.1850)

Las autoridades emprendieron negociaciones para que el pasaje de la Virreina fuera abierto por ambos extremos, de modo que desde la Rambla se pudiera llegar directamente a la nueva pescadería, convirtiéndose así ese paso en un nuevo acceso a La Boquería; por otro lado, los propietarios de aquel palacio accedieron a que en el interior del nuevo pasaje se instalaran puestos a ambos lados,

—Sabemos que desde mañana domingo estarán ya abiertas todas las tiendas de géneros y comestibles del nuevo pasaje de la casa conocida por la Virreina, en el mercado de la Boquería, en que no dudamos será muy concurrido y de mucha comodidad para el público.⁴⁵

Conseguido este pasillo comercial para las pescaderas de la plaza de Sant Galdric y para el público en general, el nuevo paso era finalizar la apertura del tramo de la calle de las Cabres junto a la calle del Carme, donde todavía había una edificación; el Ayuntamiento expropió la finca y la derribó, quedando así libre otro acceso a La Boquería.

45 *El Popular*, 28 de agosto 1849. — Periódico vespertino. Se profesaba antirevolucionario, pero también antireaccionario y enemigo de la oposición ultraconservadora; estaba adscrito al Partido Moderado. Mantenía una tendencia centrista, defensora del liberalismo y la monarquía.

La entrada por la calle del Hospital desde la Rambla ya sabíamos que estaba llena de vendedores, pero al inaugurarse La Boquería en 1840, aquellos fueron expulsados. Pero diez años después, como una ola que va y vuelve con más fuerza, el viejo espacio se llenó de nuevo, incluso con mesas, balanzas y toldos, de modo que el Ayuntamiento se vio obligado a aceptarlos a pesar de algunas quejas, como esta:

Se ha vuelto á abrir una especie de mercado en la calle del Hospital cerca de la iglesia de San Agustín, el que, en cumplimiento de lo dispuesto en el bando de buen gobierno, debería hacerse desaparecer en obsequio del público y de los vecinos de la insinuada calle, con tanto mayor motivo, cuanto siendo esta de las mas transitadas por carruajes, su paso debe de estar libre y espedito si quiere evitarse el que sucedan frecuentes desgracias. (DB., 301.1851)

Nos encontramos a primeros de diciembre de 1851. Durante la primera quincena del mismo año el mercado del Pedró era un enjambre de vendedoras, compradores, comerciantes, carros, mozos de cuerda y gente que sin comprar ni vender se esforzaba por ganarse la vida; no cabía nadie más, por lo que la venta se había extendido por la calle Botella. Situarse en esta calle tenía la ventaja de que no se pagaba ningún tributo: *Anteayer desapareció el nuevo mercado que se había establecido de algún tiempo á esta parte en ambas aceras de la calle de Botella con notable molestia de los transeúntes y de los habitantes de la misma. Los vendedores que, ó por no haber en la plaza del Padró, ó por eximirse de la cuota que debieran pagar en los otros mercados, habían establecido allí sus reales, tuvieron que abandonarlos á la inflexible voz de un municipal.*⁴⁶

* * *

Pasadas las fiestas de Navidad y de año nuevo, el ministerio de Hacienda español que era, en primera instancia, quien más recaudaba de las tasas por la entrada de mercancías en todas las ciudades, opinó que era un buen momento para subir las tarifas a todo tipo de verduras y pescado que entraran en Barcelona; el asunto era grave, entonces no había pagas dobles, ni vacaciones, ni seguridad social, y sencillamente se cobraba por día trabajado. Las enfermedades eran un doble castigo: el daño por sí mismo y la privación del salario. Las autoridades pensaban que no sería para tanto y que los turrone y los barquillos habrían

⁴⁶ *El Áncora: Diario religioso-social, económico-administrativo, literario, mercantil, de noticias y avisos*. 12 diciembre 1851. – El largo subtítulo explica su orientación. Apareció en 1850 con el propósito de frenar las nuevas ideas del progresismo y de la crítica a la iglesia católica.

ablandado las conciencias del campesinado barcelonés, y decretaron un fuerte aumento de los impuestos para introducir aquellos productos a partir del primero de febrero. El administrador del derecho de puertas en Barcelona notificó al Consistorio la nueva tabla de agravios que había recibido y que entraría en vigor el próximo día 1 de febrero. Aquel día, explicaba la prensa, *ayer aparecieron completamente desiertos los puestos destinados para la venta de las verduras en la plaza mercado de la Bocaria. Y lo mismo ocurrió el día siguiente: El mercado de la Boquería estaba ayer también completamente desierto de verduleras. Únicamente se presentaron dos sugetos cuyas provisiones fueron compradas como por asalto.*

Al cuarto día apareció una especie de esquírol, oportunista y temerario; fijémonos también en el lenguaje machista e insultante de *El Áncora*:

–**Víctima del furor de las verduleras.** Según se nos ha informado, ayer ocurrió en la plaza de la Boquería un lance joco-serio entre las revendedoras de hortaliza; un hombre que se presentó en el mercado con una carga, esperando aprovecharse de la paralización de la venta de dicho comestible. Arrojárse sobre el infractor del pronunciamiento todas ellas, después de haber despedazado el contenido de su carga, fué arañado por aquellas furibundas arpías. Es inútil advertir que la contienda iría acompañada de diálogos interjecciones edificantes, que acudió luego la autoridad sosegar aquel tumulto del sexo feo aunque femenino, pero que ha sido bastante para privar hoy de verdura los habitantes de esta capital. (EA., 4.2.1852)

El miedo paraliza a las personas y pone la duda en las conciencias; debilita la coherencia entre lo que pensamos y lo que creemos que debería hacerse. Uno de los deberes más importantes en la estrategia del gobierno de los súbditos es el de infundir el miedo mediante el poder ejecutivo (hacer cumplir la ley con amenazas y si es necesario con la fuerza bruta); con el poder legislativo (leyes punitivas) y el poder judicial, que impartiendo justicia aplica las penas. Montesquieu acertó cuando dijo: *Una cosa no es justa porque es ley. Tiene que ser ley, porque es justa.*

El movimiento se extendió a todos los mercados, incluso los campesinos de la huerta valenciana se añadieron, pidiendo tener más margen para llevar los productos a los mercados de la ciudad.

En Barcelona, un día más seguía el conflicto:

– Nuestras plazas siguen completamente desprovistas de verduras. En la mañana de ayer una mujer que las vendía en pequeña cantidad en el Borne, fué causa de un momento de barullo, ya por el precio excesivo

que pidiese de la misma, ó porque hubiese algunas personas interesadas en que no se verificase la venta de aquel artículo. (DB., 5.2.1852)

Nuestros campesinos de los alrededores, cansados de discutir en vano con el Ayuntamiento, decidieron escribir a la reina de España. Esto no gustó a las autoridades municipales, pero creemos que su majestad aprovechó la demanda para intentar establecer simpatías con aquella Barcelona resentida y que tan lejos de cariño estaba con la corte, y el gobierno quiso interceder. Deprisa se inició un período de negociaciones con el gremio de campesinos y pescaderos para llegar a un acuerdo con otras tarifas más razonables; entonces también el Ayuntamiento se añadió defendiendo la ciudad,

Ayer mañana vimos con gusto que en el mercado de S. José había muchas paradas de verdura, y que se compraba y vendía tranquilamente todo género de hortalizas, incluso las coles, que parecen ser el artículos que ha sufrido mayor recargo en las nuevas tarifas. En el interés de los cultivadores, así como del público, que es el que consume sus productos, deseamos que se verifique pronto el convenio amistoso de que trataba la Real orden que insertábamos en el número del lunes último. Parece que la dificultad para verificar un convenio con los hortelanos, consiste en que además de las verduras de las huertas de San Beltrán y de la Puerta Nueva, principales puntos productores, vienen las que se cultivan en todas las inmediaciones de esta capital y por lo tanto ofrece algunos obstáculos el entenderse por un precio alzado con tan diverso número de personas. (DB., 7.2.1852)

Parece que el conflicto se fue apaciguando y que se llegó a un intermedio entre el aumento que había ordenado el gobierno y lo que pedían los campesinos apoyados por los ciudadanos.

No debemos perder de vista ni de memoria, que a mediados del siglo XIX en Barcelona los obreros venían a trabajar entre 7 y 8 meses al año. El historiador Ollé i Romeu citando el estudio de Ildefons Cerdà, dice: *Entre el 90 y el 91% de la clase trabajadora trabajaba entre 6, 7 y 8 meses al año.*⁴⁷

Tenemos a nuestro alcance el valioso y minucioso trabajo que Ildefonso Cerdà llevó a cabo sobre las condiciones de vida de la clase obrera en Barcelona en 1856⁴⁸. El trabajo durante muchos años ha sido considerado

47 Ollé i Romeu, Josep M.: *El moviment obrer a Catalunya. 1840/1843*. Ed. Nova Terra, 1973.

48 Cerdà, Ildefonso: *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856, dentro de Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*. Madrid: Imprenta Española, 1867. Reeditado por el Instituto de Estudios Fiscales, 1968-1971.

modélico por su precisión y metodología; no se trata solo de una importante aportación de cifras y estadísticas sino una rigurosa estampa de las condiciones en que se vivía. Tras entrevistar a centenares de familias trabajadoras, concluye que la alimentación representaba para ellas el 55% de sus ingresos, lo que pone de manifiesto cómo la comida era el principal objetivo y que el robo de dinero o de alimentos era incesante para poder subsistir. Hoy las cosas han cambiado, la mayor parte de los ingresos van dedicados a la vivienda. Respecto a la condiciones laborales, en 1856 se trabajaban 12 horas diarias y 9 los sábados.⁴⁹

Acerca de los costes de la alimentación, tenemos el siguiente cuadro:

Gastos de alimentación práctica para el casado (con su mujer y dos hijos) suponiendo que para los cónyuges sean 269 días los de trabajo útil por año, ganando el marido un jornal de 9,94 y su esposa el de 1,57 reales

		Importes en reales	
		Parciales	Totales
PAN DIARIO	1,2 kilogramos de pan para los padres, á 1,75 reales	1,41	
	0,800 kilogramos de pan para los niños, á 1,75 reales	0,94	
	Suma	2,35	2,35
ALMUER- ZO	Los niños un pedazo de pan y un vaso de agua. Los padres un pedazo de pan y una sardina salada, que valen una 0,12 reales cada una	0,24	
	Suma		0,24
COMIDA	0,400 de habichuelas, á 1,75 reales el kilogramo	0,70	
	0,025 litros de aceite, á 5,12 reales el litro	0,13	
	Suma	0,83	0,83
CENA	1,400 kilogramos de patatas, á 0,59 reales el kilogramo	0,82	
	0,025 litros de aceite, á 5,12 reales el litro	0,13	
	0,035 litros de aceite para el candil, á 5,12 reales litro	0,18	
	Suma	1,13	1,13
TOTAL DIARIO			4,55
TOTAL ANUAL			1.660,75

A ello hay que añadir la ropa, calzado, combustible e iluminación, socorros mutuos, aseo personal y limpieza, útiles de la casa, cuerda para el pozo, etc.,

49 Benet, Josep – Martí, Casimir: *Barcelona a mitjan del segle XIX (1854-1856)*. Curial, Barcelona, 1976

que suman 414 reales al año. Y por último, al alquiler de la vivienda que estima en 40 reales mensuales, o sea, 480 al año. Los gastos anuales, pues, para un matrimonio con dos hijos:

Alimentación:.....	1.660,74 reales.
Ajuar y otros:.....	440,00 reales.
Alquiler vivienda:	480,00 reales.
Total.....	2.580,74 reales.

En cuanto a los ingresos, ya hemos dicho que Cerdà estimaba que los días trabajados al año por un hilador en la ciudad y su llano, eran de 227, al haber 62 días de fiestas, 3 por enfermedades, 60 por crisis (huelgas, falta de materia prima o combustible, averías máquinas...), más 13 por imprevisitos. En el ramo textil de los hilados, éste estaba dividido en dos grupos, el primero dedicado a las máquinas, en las que trabajaban 800 oficiales adultos más 800 niños de entre 8 y 15 años; 400 mujeres oficiales más 400 niñas ayudantes. El segundo grupo lo formaban los preparadores de las materias: 145 varones (llamados *chapunés*) y 1.305 mujeres que trabajaban en los batanes, mechas, etc.

La media neta que venía a cobrar un oficial era de 75 reales semanales trabajados. Las mujeres oficialas, cobraban un 30% aproximadamente. Pero dado que las semanas realmente trabajadas al año eran una media de 33, resulta que al final del ejercicio, el monto del dinero recibido era de unos 2.592 reales.

Los albañiles cobraban 14 reales diarios y los peones 7. Quienes trabajaban por su cuenta, tenían menos días de paro que los que lo hacían en las nuevas fábricas o talleres. Es importante la nota que señala Cerdà:

Hemos contado como una partida en los ingresos del obrero casado el semanal de 10 rs. que se supone gana su mujer, á pesar de que no desconocemos que solo durante el primer año de matrimonio y á veces no entero, puede ganar este semanal, pues en adelante los embarazos y partos y los consiguientes cuidados domésticos impiden que la mujer del obrero pueda coadyuvarle en el sosten de la familia, siendo por el contrario no pocas veces ocasión de acrecentar el presupuesto de gastos. Con todo, mujeres hay que que siguen trabajando á pesar de los embarazos y de la cria, unas veces en su propia casa y otras en el taller, si bien el salario de la niña ó anciana, que atiende al ajuar y á la cria, absorbe gran parte, sino todo, lo que la muger casada gana en tales circunstancias. Solo cuando los niños llegan á 7 ú 8 años, libran á las

familias obreras de esos gastos, y á veces, siempre demasiado pronto, les prestan algun auxilio.

También el fin de la sangrienta primera guerra carlista comportó el retorno de muchos hombres que al llegar engrosaban el número de parados provocando la baja de salarios. Se calcula que entre 1850 y 1862 los salarios mermaron un 11%, mientras que el coste de la vida subió un 36,1%.⁵⁰ Y respecto a la alimentación, el médico Joaquim Font i Mosella en un informe decía que:

Sustancias feculentas, frutas, verduras y abadejo casi siempre son los principales alimentos de los jornaleros. Los derechos de puertas que se pagan en esta ciudad influyen también en que siendo la carne más cara que en los pueblos vecinos, no la compren; y estos mismos derechos inducen a los especuladores codiciosos a introducir en la ciudad carne indigesta y poco nutritiva, y a sofisticar algunos otros alimentos y bebidas, especialmente el vino y el aguardiente, que son de las más usadas por ellos.⁵¹

En 1873, la Unión Manufacturera acordó con los fabricantes de Barcelona la jornada de 11 horas, la cual tras las huelgas de 1887 pasaron a ser de 11 y media a cambio de recuperar el pago de los días festivos que la empresa había suprimido.⁵²

CUANDO LLUEVE SOBRE MOJADO; LA LUCHA POR LOS ALIMENTOS DE BUENA CALIDAD

Mientras tanto, la llegada de público a La Boquería iba creciendo y la demanda de víveres también. Ahora bien, a partir de 1854 y durante un par de años, las plagas bíblicas parecía que habían elegido Barcelona para descargar sus maleficios; son los años durante los cuales los trabajadores del textil se sublevaron contra la llegada de máquinas más modernas que les expulsaban de las fábricas, a la vez que les estaba prohibido el derecho de asociación; fueron quemadas diversas factorías en el Raval y exiliados a Guinea y a los

50 Izard, Miquel: *Industrialización y obrerismo*. Ariel, 1973.

51 Font y Mosella, Joaquín: *Consideraciones sobre los inconvenientes que irrogan a la salud de los jornaleros las fábricas de vapor*. Barcelona, 1852.

52 Borderías, Cristina – Sarasúa, Carmen: *Salarios de mujeres y hombres en la provincia de Barcelona, segunda mitad del siglo XIX*. VIII Congreso de la Asoc. Española de Historia Económica, 2005.

lugares más insalubres de América los trabajadores considerados más peligrosos. El paro fue una de las plagas; otra, el cólera del verano de 1854.

En 1841 el Ayuntamiento ya había convocado un concurso, muy intencionado, proponiendo ideas sobre *las ventajas que reportaría el derrocamiento de las murallas*. Ganó el trabajo del médico higienista Pere Felip Monlau, con el título «Abajo las murallas!!!». Aunque el clamor, era de todos los barceloneses, no nos engañemos, no todos las querían derribar con los mismos propósitos, entre ellos había un puñado de prohombres que se deleitaban especulando con los miles de hectáreas que había más allá del cinturón militar... Hubo que esperar hasta agosto de 1854, durante el llamado bienio progresista, para que los militares se sintieran obligados a autorizar su demolición.

Atendiendo a que Barcelona pasaba uno de los momentos más difíciles de su historia, el Ayuntamiento puso en manos de los miles de parados el derribo de las tristes murallas de la ciudad. Como sea que la demolición se hizo por jornales trabajados y no a destajo, el trabajo se hizo bien hecho y poco a poco. Podemos considerar que la destrucción de las murallas de Barcelona constituyó uno de los hechos más relevantes de la larga historia de la vieja Barcino; durante la primera parte del siglo XIX la ciudad había vivido más de dos tercios del tiempo bajo la jurisdicción militar, lo que equivalía a un estado de excepción permanente. Había 8 cuarteles de tropa y 11 hospitales, una cárcel donde los y las internas llevaban una vida agónica; las condiciones de higiene y alimentación eran extremadamente malsanas... El derribo de los seis kilómetros de muros con sus 70 torres de vigilancia supuso la liberación de más de dos millones de metros cuadrados de suelo; también debemos recordar que en el interior del recinto había 27 iglesias y 40 conventos. Todo ello explicaba el hacinamiento de los vecinos y el porqué sufrieron seis epidemias en sólo sesenta y cinco años. El joven y buen republicano Conrad Roure escribió unos años después:

(...) un nuevo y nefasto acontecimiento, de los muchos que en aquel entonces conmovían de continuo la ciudad, vino a sembrar la desolación, la miseria y la muerte en la muy querida Barcelona.

Me refiero al cólera del 54.

Los casos fueron en un principio pocos y aislados; pero pronto la propagación del mal tomó caracteres de epidemia horrorosa y, ante el sinnúmero de defunciones cotidianas, el terror se apoderó de los ciudadanos barceloneses. (...)

A las pocas semanas de iniciada la epidemia, la ciudad presentaba un aspecto de desolación imponente. (...) ⁵³

También La Boquería, a causa de las epidemias, perdió su vitalidad, las personas se alejaban las unas de las otras; los temores de los contagios llenó la mente y los espacios emocionales del personal dejando la plaza solitaria, como estaba hasta hace poco, en plena pandemia. Sin embargo, una diferencia, y es que entonces la epidemia se llevó el 3% de los barceloneses, y la de ahora, – febrero de 2022– con mucho ruido político y mediático, un 0,8^{oo}/o (por mil).

El empobrecimiento de la ciudad arrastró mucho malestar; hubo un retroceso sanitario, cierre de tiendas y comercios y un aumento del número de pobres; respecto a La Boquería, hubo un incremento en las adulteraciones de los productos y de su mal estado. También y según el orden de conservación de la naturaleza, crecieron los robos; ya alrededor de Navidad, *en la mañana de ayer, un pillote cargó con un pavo en el mercado de la Boquería, pero viéndose acosado por los vendedores, soltó su toma para correr pero ligero con el que pudo escapar á sobre perseguidoras.* Y más de lo mismo: *En los últimos días de la semana que acaba de espirar, fué robado un saco de patatas á un hortelano que tenia su puesto en el mercado de la Boquería. (...) El domingo por la mañana desapareció del cesto de una muchacha de servicio un escelente pescado. (...) También fue arrestado ayer otro individuo que fue sorprendido in fraganti apoderándole de un saco de patatas en un puesto de revendedor del mercado de la Boquería. (...) Los rateros hacen proezas en el mercado de la Boquería. Anteayer á una criada le robaron un cartucho de cuartos; ayer fueron detenidos tres ó cuatro personas: una de ellas había robado un saco de alcachofas, otra algunas pesetas del bolsillo de un caballero, y otra algunas monedas del bolso de una señora. (...) Parece que anteayer noche fue sorprendida una cadena y no magnética de raterillos, que iba vaciando una mesa llena de dulces y panecillos que se había establecido en la plaza de la Boquería. (...) Anteayer fueron arrestados dos hombres y una mujer por hurto de cuatro cabezas de ganado lanar, esto es, dos carneros y dos machos cabrios. Parece que el hecho tuvo lugar en el mercado de la Boquería. (...) Ayer mismo fué sorprendida cuasi infraganti, presa y puesta á disposición de la autoridad á los efectos oportunos, cierta mujerzuela que introducía su osada mano en los bolsillos de los concurrentes al mercado de la Boquería. (...) Ayer á las seis de la mañana fué preso un hombre que acababa de robar un saco de patatas de un puesto del mercado de la Boquería. Iba provisto de una larga y afiladísima navaja. (...) Ayer fué preso un ratero que había tenido la audacia de robar un capazo lleno*

53 Roure, Conrad: *Recuerdos de mi larga vida*. Vol. I. Biblioteca El Diluvio, Barcelona, 1925.

de judías en una tienda, que según creemos, del mercado de la Boquería. (...) En la mañana de ayer en el mercado de la Boquería fué detenida una gitana acusada de haber robado una partida de napoleones⁵⁴ del bolsillo de una mujer, cortándosele por medio de unas tijeras. (...) Ayer en el mercado de la Bocaría fue presa una mujer que vendía algunas gallinas, cuatro pares de palomos y un conejo que también habían sido robados. (...) Ayer fué sorprendida una mujer en el acto de cargarse á cuestas un saco de Patatas que acababa de robar en el mercado de la Bocaría.

Podríamos seguir hasta la fecha de hoy; al fin y al cabo las cosas siguen más o menos igual. Donde hay abundancia, mejor dicho, personas con sobres y excedentes aparecen otras carentes del mínimo para subsistir y ahora intentan resarcir, compensar... La excusa de que muchos roban sin necesidad, o por pereza y no quieren trabajar, no disculpa ni cambia la realidad. Hablamos del robo como medio de reapropiación de lo usurpado por quien ya está harto, de aquellos que morirán con la espalda rota por el peso de tanto dinero y bienes. Ya está sentenciado: *La propiedad es un robo. Cuanto más trabaja una persona, menos gana; Cuanto menos produce más beneficio saca. (...) ¿Ha visto alguna vez a un rentista hacerse ladrón? Pero yo que no soy ni rentista ni propietario, que no soy más que un hombre que sólo tiene sus brazos y su cerebro para asegurar su conservación, he tenido que comportarme de otra forma. La sociedad sólo me concedía tres clases de existencia: el trabajo, la mendicidad o el robo. Lo que más me ha repugnado es tener que sudar sangre y agua por la limosna de un salario, crear riquezas de las que seré frustrado. La mendicidad es el envilecimiento, la negación de cualquier dignidad. Cualquier persona tiene derecho al banquete de la vida. El derecho a vivir no se mendiga, se agarra. El robo es la restitución, la recuperación de la posesión.*⁵⁵

Lo expresó muy bien el médico y pensador inglés del S. XVII John Locke: *Donde no hay propiedad, no hay injuria.*

* * *

Todo nos hace pensar que había dos tipos de vendedores o vendedoras en todos los mercados: los que sólo miraban por su propio beneficio, renunciando a cualquier respeto a la salud y bienestar de las compradoras y las que les tenían una gran consideración y cariño. Incluso aquí debemos añadir las que sin

54 El *napoleón* fue una moneda acuñada en España durante la ocupación francesa en los años 1809-1813. Equivalía a 8 maravedíes.

55 Jacob, Marius: *Porqué he robado. Los trabajadores de la noche.* (1905). Etcétera, 1997. Barcelona.

demasiados criterios, para no perder a la clientela conocida, la respetaban y no la engañaban ni en la calidad ni en el peso de lo que le despachaban; otra cosa pueden ser los pasajeros puntuales, los de compra ocasional y los desconocidos.

A veces hemos pensado que todo lo viejo y antiguo era mejor que lo que ahora tenemos; debemos pensar que detrás de las mercancías y todo lo relacionado con el dinero, está el sujeto humano, y éste es muy sensible a categorías como beneficio, trabajo, honradez...

La guerra por el pan de buena calidad era incesante; la gente pobre comía el *pan de munición*; se trataba del pan que comían los soldados y los internos de las prisiones; cuando un pan era duro o malo la gente decía *ese pan parece de munición; no hay quien se lo pueda tragar*. Entonces no había la manía del pan integral, sencillamente la gente quería que el pan fuera de una buena harina de trigo, bien hecho, cocido. Incluso, el trigo de espelta, hoy tan apreciado, había llegado a desaparecer como consumo de los humanos para pasar a ser alimento para el ganado. Por otra parte, enfermedades como la de los celíacos no eran conocidas. Cuando el trigo escaseaba, entraba a sustituirlo la harina de cebada, de centeno, e incluso harina de maíz y almorta. De vez en cuando aparecían noticias como ésta:

Los dependientes de la autoridad sorprendieron en un puesto de venta de los del mercado de la Bocaria, una buena cantidad de panes de seis y nueve libras, de calidad muy adulterada y sumamente perjudiciales para el consumo. (DB., 30.7.1851)

Esto se repetía a menudo en todos los mercados. Incluso se dice que el Ayuntamiento hizo analizar aquella materia *que presentaba graves indicios de contener sustancias estrañas y nocivas á la salud* (DB., 5.10.1852). Otras veces el problema más grave no era la calidad sino la carencia de peso, *el director del mercado de La Boquería vióse obligado a tener que decomisar un gran número de panes de á media libra por estar faltos de peso todos ellos* (EA., 15.2.1854). Otro día, un funcionario descubrió *una porción de panecillos, vulgo «llonguets», cortos de peso*. (DB., 24.10.1856)

Hacia 1857 el precio del pan en Barcelona era tan escandaloso que el Ayuntamiento envió una comisión para ver cuáles eran las condiciones de aquel alimento básico en las cercanías, encontrando que en general era bastante más económico, de mejor calidad y de buen peso. En los días siguientes cantidades considerables de pan empezaron a llegar a unas mesas que el Consistorio había puesto en la calle de Jerusalén cerca de La Boquería y otros mercados como el Born, la plaza del Pedró y Santa Caterina. Aquel pan de

importación se vendía a cinco cuartos la libra; mientras en otros lugares como por ejemplo Madrid, las autoridades querían arreglarlo de manera insultante y con un total desprecio a la población más sencilla, puesto que estaban *recomendando igualmente el pan misto de trigo y patata, que en su concepto es muy sano*. Más tarde se destapó, como tantas veces, que la escasez se debía al acaparamiento del trigo; así provocaban la subida de los precios y cuando éstos eran muy altos empezaban a venderlo poco a poco. Es evidente en este asunto tan criminal solían ser cómplices altos funcionarios que, si no lo habían propiciado ellos, sí sabían lo que ocurría en los trasfondos de la ciudad.

Dejando a un lado el pan y pasando al pescado y las carnes, la cuestión no mejora mucho; teniendo en cuenta que entonces no existían neveras o aparatos de refrigeración, los productos que ahora tratamos estaban condenados a ser vendidos pronto, y cuando no era así entraban en descomposición; esto hacía que la tentación de prolongar la venta una vez la materia entraba en su decadencia orgánica fuera grande: *Varios compradores que concurrieron el lunes por la noche en el mercado de la Boquería, se admiraron de ver que en un puesto de la pescadería se vendía pescado en un estado de completa putrefacción* (EA., 1.11.1850).

Otra noticia:

—Fué retirado ayer de la pescadería de la Bocaria, una considerable cantidad de pescado averiado que la sed de ganancia de algunos vendedores tenía espuesto á la venta á pesar de ser nocivo á la salud pública. También fueron retiradas algunas aves ya en estado de corrupción. Dichas cosas fueron arrojadas en sitio oportuno y los vendedores apercibidos. (EA., 17.9.1852)

De forma curiosa, los precios del mercado del Pedró eran superiores a los de La Boquería; no hemos encontrado la explicación, y nos quedamos en suposiciones: ¿quizás los alimentos del Pedró eran de mejor calidad, y por tanto más caros? En cambio en esta plaza solía comprar mayoritariamente la gente trabajadora del Raval. Tampoco hemos hallado una sola noticia diciendo que en el Pedró hayan sido intervenidos alimentos en mal estado, cuestión cotidiana en La Boquería. Las autoridades llegaron a temer que la fama y el buen nombre de este mercado se perdieran, la gente protestaba porque se sentía robada a menudo por la falta de peso y estafada por la calidad. El diario que ya hemos citado, *La Corona*, lanzó una protesta con el título:

¡QUE NOS ENVENENAN! -En la plaza mercado de San José fueron descomisadas ayer mañana enormes cantidades de tomates, setas y otras frioleras por el estilo, capaces de envenenar, por lo superior de su cali-

dad y excelentes condiciones al hércules de la Font del Vella.⁵⁶ Sabemos también de un amigo nuestro, que anteaer tuvo que destinar al escusado en lugar de la cazuela, unos calamares comprados momentos antes por la sirvienta en dicha plaza. Recuérdese que en las plazas de abastos y especialmente en las pescaderías hay unos empleados á quienes se conoce con el nombre de revisores. —¿Qué diablos revisarán estos caballeros, cuando asi se introducen artículos averiados? —De fijo que tienen mejores ojos para firmar la nómina, que para ver si se trata de vender gato por liebre. (LC., 26.10.1863)

Entramos en la temática de las aves de corral, su venta había llegado a su plenitud en este siglo. En una crónica del inicio de la década de 1860, su autor explicaba haber contado *cuatrocientas veinte vendedoras de volatería en el mercado de San José, las cuales ocupaban á doble fila toda la ala derecha de la Rambla de la Boquería y parte de la de los Estudios (...) Esto independientemente de los mercados del Borne, Isabel II, Barceloneta y Padro y de las mujeres que venden dicha volatería por los...*

Comer pollo, gallina, aves de caza era una buena elección; había quien se dedicaba a tener gallinas para venderlas, pero no se trataba de las granjas que ahora conocemos, ni por la concentración de animales ni por lo qué comen; respecto a las aves de caza, sabemos que ahora es una carne prácticamente inexistente en nuestros mercados. Ahora bien, el ingenio e inventiva de los vendedores para hacer crecer la caja eran casi infinitos; veamos qué podía hacerse con una pacífica gallina.

—Se nos ha referido que hace pocos días una criada compró en uno de los mercados de esta capital una gallina muerta, y estaba orgullosa de su adquisición, pues el animal presentaba un volumen extraordinario y no había costado un precio excesivo. Mas fué grande su sorpresa cuando en el instante en que aplicó sobre la piel del mismo la punta de un cuchillo perdió instantáneamente sus formas, viniendo á quedar como un esqueleto de flaco, pues estaba henchido de viento. Los empleados de la Boquería han observado mas de una vez que hay vendedores que por medio de un sistema cuyo mecanismo se nos ha explicado, saben rellenar las gallinas y otras aves de viento y de agua, cual lo hacen los desolladores de reses, presentándolas con unas formas deslumbrantes. (DB. 5.7.1856)

56 La Fuente de Hércules, obra del escultor Salvador Gurri, es la estatua más antigua situada en una calle de Barcelona. Fue construida a finales del siglo XVIII. La fuente estaba situada inicialmente en el Passeig de l'Explanada, delante del baluarte de la Ciutatella. En 1928 fue trasladada al cruce del Passeig de Sant Joan con la calle Còrsega.

Según el director de turno de La Boquería había temporadas en las que la disciplina era más rigurosa que otras; las multas caían según criterios no demasiado definidos y, mercancías en buen estado, incautadas. Cuando se trataba de estafas por la falta de peso, se acostumbraba a castigar con más rigor, y los alimentos entonces eran llevados a las casas de beneficencia; el bacalao y el pescado retornaban con ironía a su medio natural, el mar, de donde tan sanos habían salido, mientras que las carnes y otros productos en mal estado eran recogidos por los basureros.

También en verano y otoño encontramos que resultan incautados tomates, setas, higos y otras frutas por su mal estado, *cuyo uso podía ser nocivo para la salud*. Un día un inspector de La Boquería quiso incautar los tomates de una campesina porque creyó que estaban muy machacados y pasados para venderlos; pero la mujer se le encaró diciéndole que no los tenía allí para venderlos sino que era comida para quienes tenían gallinas.

Las carnes de los cuadrúpedos también se añadían a otros productos aprovechados más allá de su caducidad higiénica:

—Nos vemos precisados á escitar nuevamente la atención del Cuerpo municipal acerca la mala calidad de la carne que se espense en algunos puestos de los mercados, en especial de la de buey y de ternera (...) sabemos que habiendo anteayer al medio dia ocurrido una necesidad en una casa respetable de esta ciudad se envió á comprar media gallina en el mercado de la Boquería y que se la encontró en tal estado de putrefacción que ocasionó un trastorno á toda la familia. (DB., 20.6.1850)

Cerraremos este apartado que nos puede haber dejado un mal sabor de boca con dos buenas noticias: la llegada a la ciudad de gente que venía de muy lejos para endulzar las penas que arrastraba buena parte del personal de la ciudad:

Han establecido ya sus reales á la entrada de la Rambla de la Boqueria las montañesas vendedoras de turrones de Agramont, y pronto como anuncio precursor de las fiestas de Navidad, vendrán á hacerles compañía los turroneros de Jijona y Alicante. A una de las primeras trataron de estafarla dándole monedas falsas. (DB., 2.12.1855)

Y la segunda, el establecimiento y consolidación de las floristas de la Rambla: *La víspera de San Antonio se contaron hasta ciento setenta vendedoras de flores en la Rambla de los Estudios* (DB., 24.6.1861). Efectivamente, las floristas en principio se establecieron a partir de la iglesia de Belén hacia arriba, frente al *Imperial y Real Seminario de Nobles de Cordelles* (actual almacén multinacional de alimentación, en un edificio nuevo) donde estudiaban los



Cuando la Boquería y la Gardunya eran un solo mercado. Año 1874.

hijos de familias aristocráticas y adineradas; esos chicos iban vestidos con uniformes de la nobleza y los días festivos llevaban espada.

Las floristas no pudieron acceder al emplazamiento actual hasta que todas los puestos que había frente al mercado pasaron a su interior. La noticia nos habla de 170 vendedoras... Aquella Rambla, de verdad empezaba a dar alegría.

CUANDO LA MISERIA GENERA VIOLENCIA

—Ayer por la mañana fué detenido y conducido á la Alcaldía por los agentes de policía, un hombre que fue hallado en la plaza mercado de la Boquería alborotando é insultando descaradamente á un municipal por quererle corregir sus desmanes.

—Habrá cosa de dos ó tres dias que fue preso un chiquillo de diez años por haber herido á otro de igual edad llamado Francisco Furet. Parece que había mediado entre ellos algun disgustillo, y el que se creyó agraviado vengó su afrenta acometiendo á traición y cuchillo en mano á su ofensor que se hallaba haciendo sus correrías por el interior de la Bocaría.

—Para que se vea el estado de abandono en que viven [mujeres y rateros de corta edad], particularmente aquellas desventuradas, ahora durante el invierno

duermen algunas sobre las mesas de los cortantes en la plaza mercado del Borne, y pasan allí la noche á la inclemencia y sujetas á todos los rigores de la estación, y una hora antes de amanecer cuando comparecen en el mercado los primeros vendedores, se levantan de su miserable lecho, siendo algunas veces escarnecidas, y las más, objeto de triste compasión.

—Una señora y una pescadera hubieron de trabarse de tal modo de palabras el 16 por la tarde en el mercado de la Boquería de Barcelona, que la primera, amen de verse amenazada, sufrió varias averías en su vestido causadas por su contrincante. Sabemos que la autoridad entiende en este suceso y que trata de poner coto á los desmanes de esta especie.

—Anteayer uno de estos muchachuelos vagos que se encuentran en todas las calles, especialmente en los mercados, fué detenido en el de la Boquería, por haber robado una porción de piezas de calderilla, siendo de notar que ya otras veces ha sufrido prisión por igual delito. Esta última circunstancia nos convence de que el sistema carcelario vigente no es á propósito para corregir á los niños que crecen con malas inclinaciones, pues encerrar un muchacho de pocos años en compañía de los ladrones consumados, es lo mismo que poner al discípulo que tiene disposiciones para el vicio ante los consumados profesores del crimen.

—Otra vez hemos oído fundadas quejas de que no se persiga á las cuadrillas de muchachos que se pelean á pedradas en la Rambla y mercado de la Bocaría. No hace muchos días que una mujer anciana fué herida en la cabeza al atravesar por dicho sitio.

—Anoche fué herido en la plaza de la Boquería un joven que se encontraba en la misma. Supónese que mediaron riñas, lo cierto que es que recibió una cuchillada en el costado que iba directamente dirigida al corazón.

—Ayer, entre diez y once de la mañana, tuvo lugar un suceso horroroso en el pasaje de la Vireina que conduce desde la Rambla al mercado de la Boquería. Un anciano de cerca setenta años de edad, fué acometido puñal en mano, según voz pública, por su propio sobrino, persona que cuenta treinta y tres años de edad, y recibió una profunda y al parecer mortal herida en el pecho.

—Esta mañana en el mercado de la Boquería dos hombres por un quitame allá esas pajas se trabaron de palabras, y de estas se disponían á venir á las manos cuchillo en ristre, cuando un buen municipal ha intervenido en la contienda y logrado desarmar á nuestros héroes, que eran un vendedor y un comprador de melones, con lo cual se ha restablecido la tranquilidad.

—Doble crimen. Un hombre que el día 20 hirió en la plaza de la Boquería, en Barcelona, á un anciano fosforero y se ahorcó el mismo día con el pañuelo que le

servía de corbata, fijando el extremo en uno de los hierros de la reja del calabozo en que se le había encerrado en las casas consistoriales.

—En la madrugada de ayer se encontró depositado sobre la mesa de un cortante de la plaza mercado de San José el cadáver de una criatura recién nacida.

—Anteayer fueron capturados en la plaza mercado de San José dos chiquillos que apenas contarían ocho años, y que á pesar de su temprana edad ya se entretenían en desce-rrajar algunos cajones para extraer de ellos los objetos que los dueños guardaban. Se les ocuparon un cuchillo viejo, una petaca y cinco candados probablemente robados.

—Un joven de veintiséis años cayó en Barcelona el 27, estenuado de miseria, en la calle de los Negros de la Boquería.

—Uno de los numerosos grupos que hace días recorren alborotando las calles de nuestra capital, en la mañana de ayer después de haberse permitido ciertas censurables libertades en la plaza mercado de San José se dirigieron delante de la estación de Francia; dos agentes de orden público pretendieron detener á uno de los del referido grupo, lo cual visto por sus compañeros se arrojaron en ademán hostil sobre los dos agentes de la autoridad obligándoles á soltar el preso.

—Ayer fueron conducidos al Juzgado dos individuos, uno de los cuales intentó agredir al otro con un cuchillo. El hecho ocurrió en el mercado de la Boquería.

Pero, ¿qué es la violencia? De modo aparente y superficial, donde hay más violencia es entre la gente pobre, la que arrastra miseria; si profundizamos un poco, las clases acomodadas y poderosas son la que más la generan, eso sí, de manera silenciosa, sin sangre, estrangulando pulcramente, sin dejar la huella en un cuchillo. Acaparando la riqueza y teniendo mil veces más de lo necesario para vivir, haciendo suyo el aforismo: *Más vale una injusticia que un desorden*, porque la mayor parte de los desórdenes son originados por la falta de justicia.

LA BOQUERÍA Y EL RETORNO DE LOS VOLUNTARIOS CATALANES DE ÁFRICA

El general Prim era un buen estratega militar; puesto a elegir entre una carrera fulgurante en su terreno, incompatible con los principios éticos, optó por su éxito profesional. El gobierno lo envió en 1847 a la colonia española de Puerto Rico para sofocar los repetidos intentos de los esclavos para emanciparse de sus amos; el general triunfó con la matanza de los esclavos sublevados. El militar de Reus se refería a aquéllos hablando de la *ferocidad estúpida de la raza africana, que no sabiendo ni pudiendo apreciar la gracia que su gobierno les ha concedido, muestra su reconocimiento entregándose a los senti-*

mientos que les son naturales: el incendio, el asesinato y la destrucción. A quien le gusten los mitos, que lo lea bien, con o sin barretina.

Fuera del miedo, las ambiciones suelen no tener demasiadas limitaciones, y Prim era un temerario. A finales de 1859 el gobierno declaró la guerra a Marruecos y pese a que el sultán estuvo dispuesto a negociar, Madrid optó por hacer la guerra para distraer, también, a los ciudadanos de sus graves problemas. Prim organizó un batallón de 460 voluntarios catalanes, *los nuevos almogávares*, para combatir junto a 36.000 soldados de las tropas españolas contra los indígenas. El de Reus consiguió la victoria sobre *la estúpida raza africana*, como él la denominaba, haciendo una verdadera carnicería. De los catalanes, volvieron 300 vivos, pero unos con alguna extremidad amputada y otros con heridas graves; gente que ya no podría trabajar nunca más.

Su regreso a Barcelona el 3 de mayo de 1860, presidida por Prim, fue la apoteosis, como si la gente se hubiera vuelto loca; arcos de triunfo, dibujos y pinturas de Prim en todas partes, muchos cafés con barra libre para los Voluntarios; algunas peluquerías tenían puesto un rótulo que decía: *Se corta y afeitado gratis a los Voluntarios*. El Liceo, con funciones diarias de la obra con cinco actos, *Al África, ¡muchachos!* Y en el Circo Barcelonés se representaba *Lágrimas y laureles*; recepciones, discursos, fuegos artificiales, banderas, medallas de quincalla, almuerzos, cenas y banquetes. Un altruista marqués de la ciudad dio 6.000 puros a los *Voluntarios*.

Incluso el Raval engalanó algunas de sus calles como las del Hospital, san Rafael, Carretas, san Sadurní, Robador, Guardia, Barberá, san Olegario, y el pasaje Bacardí; sus patrocinadores y mecenas eran fabricantes del barrio.

Pero surgen tres preguntas. La primera: ¿Era posible que la gente de Barcelona se hubiera olvidado de las humillaciones que Prim, dieciséis años antes, había hecho en la ciudad cuando la asedió, privándola de alimentos, y llegando a bombardearla? La segunda: Si el municipio estaba arruinado, en estado de quiebra, ¿de dónde salía el dinero de tanta fiesta? ¿Quién pagaba el descalabro de esos tres días? Tenemos la respuesta: la gente, los mercados de la ciudad, y sobretodo el de La Boquería el cual por ser el mayor e importante, proveyó con mucha generosidad las cocinas y las mesas para tantas comidas y tantas recepciones. No sabemos hasta qué punto fueron presionados los vendedores a ser espléndidos, pero no creemos que de forma espontánea la mayoría lo fuera. Nos basamos en la situación, muy mala, de la economía en la mayor parte de las familias. Y aún, la tercera cuestión: ¿Todo el mundo

estaba de acuerdo con aquella nueva conquista colonial, naturalmente hecha a sangre y fuego, en nombre de la gloria de la patria y de sus soldados?

Responderemos con hechos paralelos que ocurrieron durante los actos oficiales. A los vecinos de la calle Alt de Sant Pere les pareció que aquello era grotesco porque en Barcelona había otro ejército que sin haber ido a África se encontraba en la miseria más cruel por falta de trabajo y que subsistía mendigando por las calles; estos vecinos decidieron por su cuenta organizar una comida para los pobres del barrio. Sintiendo sobrepasados para organizar una comida para los 450 mendigos, les dieron a cada uno una libra de carne, otra de arroz, un pan de seis libras –casi 2 kilos y medio– y un real de vellón. Mientras se hacía el reparto, el Ayuntamiento obsequiaba a los *Voluntarios de África* con un banquete en los nuevos Campos Elíseos del futuro paseo de Gràcia.

Y aún más o menos a la misma hora en la Plaza de san José, Boquería, los vecinos organizaron una comida para 800 pobres; terminado el almuerzo, hubo una rifa de lotes de víveres entre los invitados. Más aún: el dueño de la Fonda Simon, situada en la plazoleta de Montcada esquina con el paseo del Born, obsequió con una comida de 100 cubiertos a los pobres del barrio de la Ribera.

¿Fueron aquellas horas, días de enternecimiento como pasa en Navidad que dicen que todo el mundo se vuelve bueno? ¿O había algo más? Los diarios hablan de otro hecho, el último de las fiestas en Barcelona:

En el baile que se dio anoche en el entoldado de la Rambla de los Estudios reinó una confusion espantosa. A no haber mediado esta desagradable contrariedad, la diversion hubiera podido producir muy buen efecto, pues los soldados y los voluntarios tomaban una parte muy activa en las danzas. Algunos mal intencionados cometieron la original barbaridad de recortar con unas tijeras los ricos trajes que vestían varias señoras. (DB., 5.5.1860)

SEPTIEMBRE DE 1868. CUANDO LOS MILITARES QUISIERON HACER UNA REVOLUCIÓN

Ahora sí que unos hechos políticos harían que el mercado de La Boquería se convirtiera en el mayor de Barcelona. En lo que hoy es la plaza de la Gardunya, es decir, detrás del mercado, quedaba todavía en pie la iglesia y el convento de San Juan de Jerusalén. Sin embargo, sus monjas se habían ido después de la exclaustración de 1835 y el gran edificio acogió dos escuelas primarias

gratuitas. Más adelante las antiguas monjas hicieron una petición al ministro de gracia y justicia pidiendo poder volver a su antigua casa. El ministerio les contestó diciendo que eso era imposible porque el viejo convento, por un lado estaba destinado a convertirse en cuartel de la Guardia Civil y por otra había la pretensión del Ayuntamiento de derribarlo para ampliar el mercado.⁵⁷

Los hechos políticos referidos fueron el levantamiento de tres generales entre los que figuraba el ya el mencionado Joan Prim. La familia real y su inmensa corte partió para Francia. La mayor parte de la gente entendió que había llegado la hora de una verdadera transformación social, y la prueba de ello es que a los pocos días de la Proclama se habían formado por doquier y obedeciendo a imperiosos impulsos que estaban de acuerdo con la razón, Juntas Revolucionarias. Éstas enseguida emprendieron reformas locales de alcance que trascendían con mucho los ritmos gubernamentales; sin esperar respuesta de Madrid, se inició la destrucción de la tétrica fortaleza de la Ciudadella, mientras en Sevilla, por ejemplo, se acordaba suprimir una treintena de iglesias y conventos. Las Juntas, naturalmente, no fueron del agrado de los generales y de los nuevos poderes. A las pocas semanas, fueron disueltas. Ahora bien, en Barcelona su Junta tuvo tiempo de decidir asuntos importantes:

La junta ha acordado suprimir las zonas militares. (...)

Siendo necesario para el ensanche de la plaza del mercado de San José el derribo de la Iglesia y convento de Jerusalén y casas que existen entre el convento y el dicho mercado, esta junta ha acordado, en sesión de hoy, declarar la propiedad de la iglesia, convento y casas citadas, sean devueltas al común. (...)

Barcelona 14 de octubre de 1868.⁵⁸

Fijémonos en la expresión *devueltas al común*, como tiene una significación especial, equivalente a “*aquello que es de todos*”.

El convento fue bien allanado y su suelo entregado para que La Boquería saliera de la estrechez. Rápidamente un hormiguero de vendedores llenó el nuevo espacio.

Pronto empezaron también las obras del nuevo mercado del Born, devolviendo al barrio de la Ribera un poco de la mucha dignidad que Felipe V le había arrebatado. En 1876 se inauguró ese mercado, construido dentro de

57 AMCB. Expediente A-2270 A183. Fecha: 14 octubre de 1844.

58 *La Esperanza*, 17 octubre 1868. – El periódico, que se editaba en Madrid, era portavoz del carlismo. Su cabecera completa era *Diario Político, Monárquico, Literario é industrial*. Fue uno de los periódicos de mas tirada de la época. El último número salió en 1874.

una magnífica estructura de hierro y recogiendo la gran dispersión de puestos de venta de pescado, carnes, verduras, hortalizas y golosinas que durante siglos había sostenido la vida alimentaria del barrio.

Durante las fiestas de Navidad de 1871 se inauguró el alumbrado de gas en La Boquería mediante un grupo de farolas. En este aspecto, el Born y cercanías se habían adelantado 20 años, a finales de 1850, a recibir el nuevo combustible: *Se ha iluminado con gas la plaza mercado del Borne, y la mayor parte de las tiendas de aquellas inmediaciones se han servido del nuevo alumbrado.* (DB., 2.1.1851)

Las familias con mayores posibilidades económicas dejaron el carbón como combustible culinario, pasando a consumir gas ciudad. La red de tuberías de gas empezó a extenderse por los barrios a principios de los años cuarenta, bastante antes de que llegara el agua a las casas. En cuanto al agua, la gente del centro del Raval se quejaba de la incomodidad que comportaba ir a buscarla a la fuente de la calle del Hospital, junto a la puerta principal y que hoy todavía existe. Aquella fuente durante muchas horas del día no manaba y entonces los aguadores domésticos debían ir a buscarla a la fuente de la plaza del Pedró o a la de La Boquería, *que casi á todas horas del día se hallan invadidas por el gran número de personas que á ellas acude* (DB., 9.7.1853).

Mientras tanto, surgió otro conflicto cuando en marzo de 1872 el Ayuntamiento aprobó un aumento del 25% a los derechos de los puestos de La Boquería para poder seguir ejerciendo la venta; esto suponía bastante dinero. La respuesta fue unánime, todo el mundo se negó a pagar la nueva cuota, que se hacía efectiva todos los días. También la prensa se posicionó del lado de las verduleras diciendo que el aumento era excesivo. La dirección del mercado insistió diciendo que se habían hecho mejoras y que había que pagarlas.

Tres días más tarde aquéllas pasaron a la ofensiva negándose a pagar y a vender, dejando a buena parte de la ciudad sin verduras; la determinación la tomaron cuando el Consistorio ordenó a los vendedores de otros mercados ir a vender por los alrededores de La Boquería llevando con sus carros los productos. Desgraciadamente no hemos encontrado ninguna otra noticia que nos diga cómo terminó el contencioso, pero sí que nos aclara las tensiones existentes entre la administración y los vendedores.⁵⁹

59 *La Independencia. Diario Republicano Federal.* 28 y 29 marzo 1872. – Editado en Barcelona sustituyó a *El Independiente*, que acababa de ser clausurado. El nuevo periódico estaba redactado por el mismo equipo que su predecesor el cual defendía *los principios democrático-republicano-federales en toda su pureza.*

UN DIRECTOR DE LA BOQUERÍA DESTITUIDO

A veces es útil conocer el tratamiento y evolución de un caso particular. Explicaremos el desarrollo de uno de estos casos que nos toca de cerca, sucedido en el Ayuntamiento de Barcelona durante los veintitrés meses que duró la Primera República española, entre febrero de 1873 y noviembre de 1874. El alcalde era el tarraconense Miquel González Sugranyes, que había trabajado de cajista en una imprenta y militaba en el Partido Democrático Federal de Pi i Margall. El nuevo consistorio se tomó en serio el problema generalizado de las corruptelas existentes en todos los espacios ciudadanos, incluidos como hemos visto en los mercados municipales. Para hacer frente a las muchas corrupciones entendían que era necesario más tiempo y personas fieles dispuestas a apoyar a la causa republicana.

El día 26 de agosto de 1873 el concejal municipal Antoni Trulls decidió realizar una visita de inspección al mercado de La Boquería, y lo que vio no le gustó nada:

Ha consistido [la visita] en observar que uno de los mozos estaba cobrando sin entregar al interesado el talón, ni echar el dinero en el cepillo, como se acostumbra, si no al contrario, metiéndoselo en el bolsillo; así mismo he notado que a medida que iba cobrando se ha dejado de verificar de uno de los puestos ocupados, y preguntada la causa de esta desigualdad el Director del mercado ha manifestado que así estaba establecido y así estaba dispuesto por el último Teniente de Alcalde de aquél Cuartel.

El concejal creyó que debía denunciar el hecho a la superioridad, y ésta inmediatamente *dictó la providencia que sigue*:⁶⁰

En vista de la grave denuncia que entraña la presente, se suspende de sueldo y empleo al Director de dicho mercado, ciudadano Federico Font, nombrando interinamente para sustituirle al ciudadano José Balat, dándose traslado al Ayuntamiento así de este oficio, como de la providencia recaída en mérito del mismo.

Cuyo traslado verifica a fin de que por esa Corporación municipal se apruebe la dictada resolución y tome las demás medidas que su reconocido celo le sugiera.

Viva ese Ayuntamiento Popular. El Alcalde, Manuel González

60 *Suspensión de Trabajo y Sueldo del Director del Mercado de San José, Federico Font, y nombramiento de Su Substituto*. 26 agosto 1873. AMCB 1-001 (Archivo Municipal Contemporáneo de Barcelona).

El director Frederic Font no aceptó en modo alguno la destitución y se consideró el legítimo director presentando varias alegaciones, algunas referidas a defectos de forma en el oficio que anunciaba la pérdida del cargo. El nuevo director nombrado por el Ayuntamiento, Joan Masip, viendo cómo la situación se complicaba, dimitió, siendo reemplazado por Josep Balat.

Entendemos que el caso del director Font venía de lejos, que el hecho denunciado por el concejal Trulls era la culminación de una manera de hacer y gestionar la *res publica* y que era el momento de cortar la íntima familiaridad entre lo que es público y lo que pertenece a lo privado. La argumentación de Font en su defensa mostró el orgullo herido de alguien que consideró una intromisión irrespetuosa en sus asuntos; más aún, pasa no a defenderse sino a acusar a la acusación de haberle faltado el respeto por haber hecho un seguimiento a su gestión:

Esto no puede tolerarlo ningun empleado celoso de su honra que como el esponente sirve desde hace mas de catorce años al Municipio con notas siempre brillantes, cabiéndole además la honra de ver crecer cada día los productos que rinde el mercado de su cargo. (...) á pesar tambien de sus constantes desvelos en pro del servicio Mpal. al cual ha prestado los mejores dias. (...) la severa medida tomada contra el recurrente no se corresponde ni en mucho á la pequeña falta denunciada por el Sr. Concejal (...) la acusación no tiene fundamento alguno, después de esclarecida la causa que lo motivó (...)

Ahora, distanciados de aquellos acontecimientos por ciento cincuenta años, contemplamos cómo se repiten los mismos hechos; el dinero es la razón de vivir y es la razón de un determinado progreso que lleva a la miseria a muchos y a la pobreza a otros.

Contemplemos el desenlace del caso. El golpe de estado del general Pavía el día 3 de enero de 1874 supuso la disolución de las entidades gubernamentales. De inmediato el general Serrano reemplazó al alcalde republicano Manuel González por el monárquico, católico y conservador Francesc Rius i Taulat. De manera descarada y oportunista, tres días después, el 13 de enero, Frederic Font interpellaba al nuevo consistorio, el que tres días después, el 16, daba la plena razón al antiguo director de La Boquería que había sido destituido de sueldo y trabajo cinco meses antes:

Barcelona, 16 Enero 1874. Este Ayuntamiento en sesión ordinaria del día de hoy acordó levantar la suspensión de sueldo y empleo contra V. dictada como Director del mercado de San José, y reponerle en el mismo cargo que ejercía hasta 26 de Agosto próximo pasado, sin que dicha

suspensión le sirva de nota alguna desfavorable á sus buenos servicios.
El Alcalde Constit. Francisco de P. Rius y Taulet

Es posible que entre Frederic Font y el alcalde Rius i Taulet no existiera ninguna amistad directa, pero el ideario de los dos personajes no estaba alejado, y sí que posiblemente personas interpuestas realizaron el trabajo político del asunto que tratamos. Quien quiera conocer otras actuaciones del nuevo alcalde puede verlas a raíz de la explosión de la caldera de vapor de la Fábrica Morell y Murillo en el Raval, en 1882, con la muerte de veinte trabajadores, entre mujeres, hombres y criaturas;⁶¹ su conducta y sus consecuentes decisiones llevaron a la cárcel a algunos periodistas que denunciaron graves delitos cometidos por Rius i Taulet, algunos por omisión y otros por comisión.

La vida del director Frederic Font fue tan larga como miserable; en febrero de 1892 la prensa progresista le denunciaba porque dentro del mercado *solo permitiría la venta de los diarios que fuesen de su gusto. (...) Vuélvase el señor Font a sus verduras, como el zapatero á sus zapatos, y no se salga de la esfera de sus atribuciones. De lo contrario hará un papel ridículo y demostrará á sus superiores que la dirección del mercado de San José se halla legalmente vacante por falta de idoneidad en la persona que la desempeña.*⁶²

Ni con la muerte del ciudadano Frederic Font se acabó con el peso de este hombre; su deceso se produjo en mayo de 1899. Pero su sombra y figura después de muerte, todavía planeó sobre el mercado; y lo más increíble sucedió, aunque fuera de forma interina: su puesto vacante de director lo ocupó su hijo. Nadie se podía creer como era posible; no sabemos cómo se las había ingeniado el padre pero el asunto iba tomando formas parecidas a una monarquía absolutista.

El asunto de la provisión de la plaza de Director del Mercado de San José, preocupa mucho al Sr. Alcalde, á causa de las infinitas recomendaciones que recibe de todas partes. Se comprende que haya muchos aspirantes pues la plaza es buena, por ser buena la plaza... mercado, y no es de estrañar que se pongan en juego toda clase de influencias, faldas inclusive, para conseguirla.

61 Asamblea del Raval: *La insurrección de una fábrica. El motín de 1880 en la fábrica "Morell y Murillo" en la calle Reina Amalia del Raval*. Històrias del Raval, número 1. Editado por El Lokal. Barcelona, 2018

62 *El Diluvio*, 8 febrero 1892. – Durante sus ochenta años de su vida, fue uno de los periódicos más leídos de España, llegando a tener una tirada de 150.000 ejemplares durante la Segunda República. De orientación republicana, era defensor de la clase pobre y mediano-baja de la nación.

Los vendedores solicitan, por su parte, que continúe desempeñándola el Sr. Font hijo del difunto director, y que lo es hoy interino, y el Sr. Robert, por salir de compromisos, se inclina á concederla por concurso, entre los directores de los demás mercados.⁶³

Las buenas relaciones que había establecido el viejo director Font pudieron más que las intenciones del sr. Robert, porque al final, Josep Font, hijo, fue nombrado director de La Boquería, dejando con un palmo de narices a los numerosos aspirantes.

LA CIUDAD DERRIBA SUS MURALLAS, PERO SURGEN OTRAS

La magnánima aspiración de Ildefons Cerdà de poner al alcance de la clase trabajadora buena parte de los inmensos espacios que rodeaban la ciudad, se iba marchitando. La burguesía barcelonesa y otra que pronto lo sería, como eran los grandes propietarios de la Cataluña rural, entraron en el combate de la especulación inmobiliaria; hay que añadir los incontables capitales que llegaban de las colonias americanas; la inmovilidad de las autoridades ante la competición financiera, incluso la defensa de ese tipo de «progreso» por parte de personajes como el propio alcalde Rius i Taulet, ahora auspiciado por el nuevo monarca, fueron desarrollando una Barcelona de talante competitivo y liberal. Burguesía financiera, mercantil e industrial, como los Batlló, Juncadella, Güell, López, Gerona, Sagnier, Samà o Xifré rivalizaban en la conquista de la admiración pública.

Ahora se añadía la necesidad de conectar con transporte la ciudad histórica con la nueva urbe que iba invadiendo el gran plan. Sería apropiado pensar que este trabajo era necesario realizarlo de forma comunitaria como servicio al bien común, pero como ahora, cada operación en la que tenga que intervenir capital y trabajo se reserva a personas que invertirán parte de su dinero para recobrarlo más adelante con creces mediante el trabajo de otros que, contratados a la baja, no han tenido otras opciones. Así, Aleix Soujol, industrial metalúrgico, consiguió la concesión de una línea de tranvías arrastrados por caballerías para que uniera la ciudad con Sant Andreu del Palomar y otra con Sants. La primera fue pronto modernizada por tracción a vapor, llamado el *tranvía de fuego*.

63 *La Publicidad*, 10 julio 1899. – Diario barcelonés. *La Publicidad: Eco de la Industria y del Comercio. Diario de anuncios, avisos y noticias*. El subtítulo sufrió algunas variaciones; durante años mantuvo una edición matutina y otra por la tarde. Apareció entre 1878 y 1822.

La Boquería tenía una parada de los nuevos tranvías en la Rambla, desde la que se podía ir por un lado hacia la Barceloneta y por el otro hacia la villa de Gràcia. Otra compañía rodeó el mercado con tranvías; las vías eran más estrechas debido a la poca anchura de las calles del Carme, Hospital y Sant Antoni Abat, era la línea de Sants. Todo ello y de forma cuantitativa, representó un crecimiento de las ventas al aumentar la gente que se desplazaba a nuestro mercado. Entonces, La Boquería era visitada por compradoras y compradores de barrios de fuera de la ciudad; amas de casa solas o acompañadas de criadas, restauradores y algunos revendedores con cestos y pañuelos que se añadían a la clientela de los antiguos barrios.

El día 20 de septiembre de 1876 un tal Puig que vivía en la Rambla de Canaletes lanzó una carta reproducida en la mayor parte de la prensa del país; fue un toque serio de atención sobre el grave índice de accidentes que provocaban los tranvías. Denunciaba la gran cantidad de siniestros que hasta ese momento se habían producido en la ciudad:

(...) Sobre la cuestión “Tramvías de Barcelona”, he de explicar otra vez que en los últimos cuatro meses han ocurrido 6 casos de muerte, 4 de heridas graves y 2 heridas leves causadas por los coches de aquellos. Anteriormente había habido otras desgracias, no bajando su totalidad del número de 40, entre ellos 20 muertos, y los demás con pérdida de miembros ó lesiones. ¿Se necesita esceso de sensibilidad para lamentar tantas catástrofes? ¿Son ellas poco motivo para que con toda urgencia se tomen medidas que las eviten en lo sucesivo? (...) ⁶⁴

El tranvía no fue bien acogido en Barcelona; eran tan frecuentes los accidentes, que al tranvía de Sants la gente lo bautizó con el nombre «*del rey Herodes*» por la cantidad de inocentes sacrificados, y el de san Andrés con el de «*la Guillotina*», y ya podemos pensar porqué. Y cuando se procedió a la electrificación de las líneas con la consecuente supresión de la tracción animal, la oposición tomó formas virulentas; las chispas que saltaban del trolley y catenarias desquiciaban a la gente. En las calles del Raval esto sucedía junto a muchos balcones y ventanas. En el barrio se constituyó un frente amplio de oposición al cambio de los tranvías de tracción animal por los de

64 *Gaceta de los caminos de Hierro*, 8 octubre 1876. – S'edità a Madrid entre 1856 i 1934 com a setmanari. A més de la problemàtica del desplegament del ferrocarril a Espanya, tocava temes referents a la indústria, mineria, gas, assegurances i societats de crèdit.

tracción eléctrica.⁶⁵ La Memoria citada argumentaba el caos y el peligro que representaría la electrificación de aquella línea por aquellas estrechas calles que tenían unas aceras que iban entre los 63 y los 70 cm. de ancho. Todo fue inútil, pese al aumento de los accidentes.

Mientras, en 1882, se estrenó el nuevo mercado de Sant Antoni, en uno de los extremos del nuevo Eixample que no paraba de crecer; así se puso fin a las expectativas de la gente del Pedró que tanto habían pedido un mercado propio en su barrio. Alrededor de aquel mercado pronto se instalaron un gran número de vendedores de productos en su mayoría no alimenticios, sobre todo de telas y ropa confeccionada y menaje de cocina. Más tarde se añadirían los vendedores de libros de segunda mano. San Antonio es el mercado más aprovechado de Barcelona.

Y cinco años después, en 1887, entraba en funcionamiento el mercado de la Barceloneta, obra arquitectónica, como la anterior, de Antoni Rovira i Trias. El Ayuntamiento quería que cada gran barrio tuviera su mercado municipal.

LA BOQUERÍA Y LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1888

El empresario gallego Eugenio Serrano de Casanova, nació cerca del Ferrol. Creía que las exposiciones internacionales eran una de las mejores formas de hacer crecer la economía de los países; sostenía el principio que anunciaba que cuanto mayores eran las inversiones económicas para llevarlas a cabo, más rápida y agradecida sería la amortización de las mismas y mayores los beneficios a medio y largo plazo, para la nación. El hombre había asistido a la mayor parte de las exposiciones que se habían hecho en Europa: Londres, París, Viena... Con los permisos necesarios, emprendió la aventura de realizar una Exposición Universal, pero pronto se dio cuenta de que era una empresa que él solo y sus amigos no podían llevarla a cabo, y decidió exponer el proyecto al alcalde Rius i Taulet, quien enseguida vio el gran rédito, tanto personal como colectivo, que podría sacar. Rius llamó a los prohombres financieros e industriales y les expuso “su” gran idea, constituyendo el comité

⁶⁵ *Memoria de los trabajos hechos por las comisiones nombradas por los Vecinos, Industriales y Propietarios de las calles del Carmen, Hospital y San Antonio Abad para impugnar el cambio de tracción de sangre, que hoy se emplea, por la eléctrica por Trolley solicitado por la Compañía del Tranvía de Barcelona a Sans.* Barcelona, 1902.

organizador en el que estaba el banquero Manuel Girona, el empresario Josep Ferrer Vidal que tanto había escrito sobre la necesidad de mantener la esclavitud en Cuba, el hijo del Marqués de Comillas, –este último traficante de esclavos– y otros que eran la crema barcelonesa.

Obras y más obras, que significaban trabajo, inmigración y muchos accidentes graves y mortales por las prisas y las condiciones. En la triste playa del Somorrostro se establecieron varios campamentos de trabajadores. Y en abril de 1888 se inauguraba la gran fiesta; había doce mil expositores entre nacionales y extranjeros; esta ciudad era un vivero de juventud de la cual una buena parte iba a dejar un tozo de su piel o la vida entera en la defensa de territorios coloniales que eran de gran provecho para señores, unos con sombrero y bastón, otros con sable, pero que nada tenían que ver con ellos. Aquellos barrios viejos siempre castigados, veían otra vez cómo el teatro de la política se sustentaba en definitiva en los grandes negocios y cómo ellos no eran más que carnaza de un circo infernal.

Barcelona fue engalanada: con banderas y banderitas que eran un símbolo de dos caras, una la gran fiesta de los beneficiarios, otra el duelo de todos los que no recibirían ningún otro beneficio que el retorno al paro una vez terminado el negocio de los primeros y que sufrirían la grave inflación que seguiría después de tantas inversiones.

Todos los mercados fueron disfrazados con emblemas y símbolos festivos; La Boquería, por su centralidad geográfica y como mercado principal, fue cubierta de banderolas y alegorías; la primera electricidad corrió por algunos puestos, por las Ramblas y por el pie del monumento a la persona de Colón recién inaugurado, individuo que quizás sin saberlo, al menos en el primer viaje, abrió la mayor cacería de la historia del hombre contra el mismo hombre.

El director de La Boquería recibió instrucciones de cómo durante esos nueve meses el mercado debía estar impoluto; los mozos empleados recibieron uniformes nuevos e incluso una especie de impermeables para los días de mal tiempo; aquella vez sí que ningún tipo de alimento en mal o buen estado pero con mala presencia, podía estar a la vista. Había que impresionar a los viajeros de fuera de la ciudad, por supuesto los proto-turistas de Barcelona.

Pero la realidad acaba desmitificando las ideologías, desvaneciendo sueños y fantasías y haciendo patente el presente tal y como es:

Anteanoche al pasar por la Rambla un amigo nuestro á las tres de la madrugada, encontró á dos niños de 10 y 12 años que dormían tranquilamente en el sumidero que hay frente á la plaza-mercado de San José. Como la garita estaba oscura, creyó nuestro amigo que se trataba de algún borracho, y compadecido llamó á un municipal; pero cuando se enteró de que eran dos niños los que dormían, el uno huérfano de padre y madre y el otro, peor aun que si lo fuese, porque aquellos le habían abandonado, les recomendó para que fuesen admitidos en el Asilo del Parque, en el cual ingresaron ayer. (LD., 9.2.1888)

La Boquería era un termómetro que medía cada día lo que se respiraba y acontecía en Barcelona; las conversaciones entre compradoras y vendedoras de confianza alargaban las pequeñas transacciones; salían problemas familiares y personales, se abocaban las penurias que vivía cada una de las partes con intercambio de confidencias, en la búsqueda y necesidad de ser escuchado y recibir otro parecer; también se compartían las opiniones sobre si de verdad vendrían tiempos mejores, o por el contrario todo aún podría empeorar. La abundancia y las sobras de comida expuestas en las mesas no quería decir que los vendedores estuvieran todos ellos sobrados de bienes y dinero, pero en su conjunto, aquellas montañas de alimentos contrastaba con la miseria de mucha gente; abundancia que descarnaba las escenas de tuberculosis y raquitismo que arrastraban tantos cuerpos, muchos de ellos infantiles como el referido en la noticia anterior. En el mismo mercado, entre La Boquería y la Gardunya encontramos,

A las seis de ayer tarde fué llevada por los camilleros del Hospital de Santa Cruz, a aquel Asilo, una mujer de 76 años, que fué hallada enferma y abandonada en la calle de Jerusalen. (ED., 26.8.1895)

La Exposición Universal de 1888 significó un paso importante en el crecimiento de industriales y financieros; por Barcelona desfilaron la flor y nata de quienes concentraban el capital europeo lo que dejaba boquiabierta a la incipiente burguesía catalana. Aquel 1888 fue el inicio de las efemérides de estilo de propaganda y venta del capital que han llegado hasta la fecha, como la Exposición Internacional de Barcelona en 1929, el Congreso Eucarístico Internacional en 1952, las Ferias Internacionales de Muestras de Barcelona iniciadas en los años 20, o los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992 y el Fórum Universal de las Culturas en 2004.

UN MERCADO CON MUCHOS PROBLEMAS, INCLUSO VIOLENCIA FÍSICA

En los últimos años del siglo, quizás porque debían pagarse las facturas de la Exposición de 1888, La Boquería pasó un período de decadencia; la entrada en servicio de otros mercados ponía más en evidencia su penoso estado material y el desmadre y abusos que se cometían en las ventas de alimentación.

Pero el malestar también existía entre los vendedores del mercado y el Ayuntamiento que quería sacar más dinero de cualquier negocio que allí se hiciera. Sin embargo, en mayo de 1886, un tumulto estalló por algo muy distinto a los muchos que nos podemos imaginar, y fue cuando un grupo de laceros municipales atraparon a un perro sin bozal que corría alrededor de un puesto de verduras y lo quisieron llevar hacia el carro; antes de que lo pudieran encerrar, saltó de repente una verdulera que era la propietaria del animal y empezó a lanzar contra los laceros patatas y coles; al instante se añadieron de manera solidaria las otras verduleras, con tanta fuerza y energía, que en un momento carro y laceros se tuvieron que refugiar, liberando al perro. La prensa del día siguiente calificaba la respuesta como propia de un pópulo bárbaro. Y es que los ánimos estaban muy exaltados.

En esa época la prensa, como la de ahora, no se pregunta por qué pasan las cosas; se queda con el fenómeno, con el envoltorio y la apariencia; hablamos de personas que deberían tener un sentido crítico bien desarrollado y trabajado. Una niña o niño de mediana edad no escribirá tan bien, pero a menudo será más equitativo y justo en las afirmaciones.

La Boquería o como se llamaba de forma tan oficial como inútil, *Mercado de San José*, se había quedado pequeño; el paso de las compradoras, con las grandes cestas o capazos se hacía difícil; tan dificultoso como bueno para facilitar los robos, porque todo el mundo pisaba y empujaba, llevándote hasta dónde no querías ir. Y el lugar donde más coincidían estas descripciones era la pescadería: *Es una vergüenza que el mercado de Barcelona tenga como pescadería un local que sería pequeño para pajarera*. Pero lo que era más extraño es que mientras en La Boquería sobraba pescado, faltaba en el Born y en Sant Antoni, lugares donde antes de las 12 del mediodía muchas veces ya se había terminado. Una consecuencia de este desaguizado era que la abundancia de existencias en nuestro mercado llevaba a las vendedoras a guardar las sobras del día para el día siguiente, con los efectos de su deterioro, sobre todo en verano. Esta época de decadencia 1880-1890, coincidió, por casualidad, con la presidencia en el consistorio de la ciudad, de Rius i Taulet.

Las protestas de la gente por el mal estado del pescado fueron seguidas por la prensa que comenzó a referirse a una serie de intoxicaciones por la ingesta de estos alimentos. Entonces sí que se inició un control por parte de un grupo de inspectores y la incautación casi diaria de pescado, carne y frutas, las cuales recibieron las consecuencias de la vigilancia.

Por primera vez los periódicos empezaron a publicar los nombres de los propietarios de los puestos que eran sancionados con multas; algunas veces incluso la cantidad de la multa y el motivo, otras sólo el titular. La normativa municipal de 1857 decía que la persona titular de un puesto que reincidiese en las faltas graves como falta de peso en la venta de los productos, o la venta en mal estado de los mismos, le comportaría la pérdida del puesto con sus derechos. Ignoramos si se aplicaba esta amenaza, en ningún momento hemos encontrado que se llevara a cabo.

Veamos ahora el aspecto más material del mercado:

La parte del mercado de San José, últimamente ensanchada, está hecha una pocilga indigna de esta ciudad. Aquel sitio ya no reúne ninguna condición estética ni higiénica en tiempos normales. Con que, figúrense nuestros lectores cómo estará cuando llueve. Los cobertizos de aquel sitio son mugrientos y están en estado de putrefacción, de manera que llamamos hacia ello la atención de la Junta de Sanidad, pues constituye un verdadero foco de infección. (LV., 26.2.1885)

Como un muelle comprimido y de golpe liberado, así surgió y se esparció la noticia de otro escándalo, el resultado de la subasta de un puesto de la pescadería. El precio inicial fijado por la hacienda municipal para la subasta era de 120 pesetas, pero la subida entre los licitadores llegó a que finalmente fuera adjudicado por 8.157 pesetas. La propia prensa inició investigaciones para saber cómo era posible que se hubieran pagado 8.007 pesetas más de las demandadas inicialmente, es decir, ochenta veces más que el precio de salida. La prensa crítica señaló que la mayor parte de los puestos subastados en los últimos años se habían adjudicado por vías amistosas y tenebrosas, con perjuicio de la caja municipal y la solidaridad y en beneficio de particulares. En otras palabras: la corrupción en las esferas de la dirección de La Boquería y aún más arriba, era una enfermedad que se iba consolidando y convirtiéndose en una necrosis que se hacía muy difícil de revertir. La asignación de puestos nuevos a los peticionarios a menudo era pactada antes de las subastas con precios convenidos, que al convertirse en dinero iba a los bolsillos de los funcionarios, por lo que el concurso no era más que una formalidad prescrita que aportaba unos pocos bienes al municipio.

También la topografía de los puestos de venta era una fuente de enfrentamientos; cada vez que había cambios de emplazamiento por motivos de obras, ampliaciones o reformas, cuando el trasiego de las mismas se acababa, había verdaderas pugnas para conseguir mejores sitios para la venta. Muchas son las protestas y denuncias de quienes habían ido a parar a lugares más desfavorables a los que tenían. No se procedía, por ejemplo, al sorteo u orden de antigüedad; todo señala que el dinero guiaba los criterios de las nuevas ubicaciones...

Las peleas físicas entre la gente eran algo más frecuentes que ahora; son muchos los testigos que lo manifiestan. Pero nos detenemos en una faceta que puede sorprender a simple vista y son las peleas físicas entre mujeres; podían surgir por cualquier motivo que ahora nos parecería baladí, poco importante, pero que a veces tomaba un sesgo de violencia extrema. Hay que añadir los comentarios de los periodistas –las mujeres tardarán todavía en ejercer este oficio– que relataban estos hechos casi siempre con tono paternal, distanciado o con aires de absoluta superioridad y sobre todo con desprecio y socarronería:

–En la plaza de la Boquería hubo riñas mugeriles bastante acaloradas, quedando herida de alguna gravedad una gitana que vendía ropas. (DB., 5.2.1852)

Riñas.–En la calle de la Petxina ha tenido lugar á las primeras horas de esta mañana una reyerta de todos los diablos entre dos mujeres que se dedican á la venta de comestibles en el vecino mercado de San José. A los gritos de las combatientes acudían sus respectivos cónyuges, dándose á luz en paños menores é iban á terciar en el asunto cuando los espectadores pudieron detener á ellos y poner á ellas en paz. (LC., 22.4.1863)

–Como nuevas se han puesto dos mujeres en la Boquería esta mañana; previo un exordio oral á todo pulmón han llegado a los moños enredándose en una de arañazos que no había más que ver. Dejóselas un rato por los espectadores que se desahogasen, y luego se las ha separado. (LCC., 24.10.1876)

Por si era buena ó falsa una moneda de á dos pesetas, dos mujeres promovieron ayer tarde un fuerte escándalo en la pescadería del mercado de San José, á consecuencia de lo cual pasaron ambas al juzgado. (LD., 1.12.1886)

Observamos que esta agresividad no viene del azar ni tiene nada gratuito. La fisonomía de la mujer que agrede o entra en rabioso conflicto con otra, suele ser la de un ser al que la vida le ha quitado casi todo; la decepción le ha arrebatado las ilusiones y las ilusiones que de jovencita habían germinado en

su alma y la habían mantenido a la espera de un matrimonio que le acompañaría de forma cálida hasta el resto de sus años, se habían desvanecido de forma traicionera; pensaba que amaría y sería amada, que lo daría todo; no se engañaba sabiendo que sufriría, pero sí erraba creyendo que su dolor sería acompañado y compartido por el hombre al que amaba; pero poco a poco, el desamor le habría hecho ascender por una escala de dolores y desilusiones. Éstas son más crueles que las mentiras creídas, porque las desilusiones son el mundo que nosotros nos habíamos hecho a nuestra medida y capricho, y ahora se derrumba. La mentira, nos la hayamos creído o no, viene de afuera. Y aquel novio, y pronto marido, le había prometido todo: cariño incondicional y sin fin; que le apoyaría a todas horas, y que juntos sacarían adelante a sus hijos... pero a menudo el marido la había cargado de niños de los que sólo ella tiraría para adelante.

Por otro lado, aquel chico en principio pretendiente y poco a poco amante, quería salir, escapar de su casa donde se encontraba atrapado en un entorno áspero y salvaje, quizás viendo malos tratos, gritos, fugas. Pronto probó y se empapó de miseria e ignorancia en los pocos años pasados en la escuela; sufrió de aprendiz, fue ridiculizado por los encargados y escarnecido por los compañeros en los diferentes trabajos, por ancianos que lo veían como una chinche, tal y como eran señaladas las criaturas en los talleres y las fábricas. Llegada la hora él lo haría de manera diferente, se emparejaría y quizá se podría relajar; tendría compañía íntima y no debería dar ninguna explicación de sus males, impulsos y malhumores cuando no tuviera ganas. Por primera vez en su vida, cuando traspasara la puerta de casa, nadie estaría por encima; se encontraría con la ropa limpia; la cama hecha, la comida comprada y cocinada, quizá ya en la mesa o a medio hacer, si es que la mujer trabajaba...

Pero quizás ya era tarde, aquellas vidas eran cortas de sangre y de esperanzas; la esperanza de un mañana mejor se desvanecía percibiendo cómo al fin y al cabo la justicia era la del más fuerte y que vivir se reducía a no morir. Para muchos, pasados los primeros meses de matrimonio, fuera de casa todo seguía igual; interminables jornadas de trabajo, la monotonía de encontrarse siempre cansado y sucio y el entorno de compañeros que buscaban en las tabernas el único consuelo, efímero y caro por partida doble. Todo ello llenaba de niebla espesa la vida del marido. La joven compañera veía cómo el alejamiento de su hombre era el desvanecimiento de las ilusiones que ella se esforzaba en mantener. Su condición no le permitía hacer lo mismo, debili-

tarse y diluir el amor de la nueva familia; no podía plantarse y recordarle las promesas que se habían cruzado los dos no hacía demasiado tiempo. A veces la tristeza se convertía en ira y rabia, furias que en casa no se podían desatar; era en la calle, en su reducido espacio cuando ella más tomaba conciencia de su estado; ahora no podía ni soñar como cuando era jovencita, porque el mañana ya era hoy. Y un día, cuando se encontraba en la plaza haciendo cola para comprar, otra mujer, haciéndose la espabilada, se le puso delante, y sintió cómo esta vez ella haría un poco de la justicia que siempre le había sido estafada; la impartiría y la exigiría por todos los medios, y después de cuatro palabras ya estaban a las manos. Posiblemente, eran dos mujeres que tenían vidas bastante paralelas, y las dos se arañaban la cara y se estiraban el pelo mientras las bocas vomitaban insultos y veneno. La impotencia, el fracaso, la decepción de dos vidas se había externalizado, proyectándose una a otra los rencores y odios acumulados. Víctima contra víctima, cada una sustituyendo al marido por otra desgraciada... Ellas no podían utilizar la razón para encararse con los maridos porque aquélla no entendía de razones ni de igualdades, y menos la violencia. Éstas sólo tenían posibilidades con el propio género; el abismo entre ellas y ellos era como una fosa sísmica que engullía a quien quería acercar las dos bandas.

LA NIEVELINA Y LA LLEGADA DEL FRÍO ARTIFICIAL

En los últimos años del siglo XIX surgió otro conflicto en torno a la conservación del pescado, las carnes y los embutidos. Había mucho dinero en juego en torno a la durabilidad de aquellos productos y ya hacía muchos años que se buscaba qué hacer para poder alargar el tiempo de su buen estado sanitario. Para los vendedores era difícil hacer previsión de la carne y pescado que debían comprar, porque si al terminar el día les sobraba material, corrían el riesgo de tener que tirar los excedentes, y si se quedaban cortos, se lamentaban de no haber sacado los beneficios posibles. Ciertamente que ya había hielo, pero había que calcular su duración y su coste.⁶⁶

En 1896 un tal Charles Vogt, de Barcelona, pidió al gobierno la patente de dos productos nombrados *Nievelina* y *Frescaline*, ambos inventados *para*

66 Tatger, Mercè: *La industria del hielo en la ciudad de Barcelona: la fábrica de la Siberia, 1908-1970*. UPV-EHU. Historia Contemporánea nº 39 (2009).

conservar sustancias alimenticias animales y vegetales. En junio de 1897 le fueron concedidas las patentes.⁶⁷ La aparición y aplicación del primero de aquellos productos en la carne y el pescado representó una sacudida social a nivel alimentario. La *Nievelina*, llamada también por la gente *nivelina*, *nuvelina* o *nuvelina*, como es de suponer fue bien aceptada por todos los detallistas y vendedores. No era nada del otro mundo, se trataba de un líquido acuoso que tenía como base el bisulfito de sodio diluido al 14%. En la misma calle del Hospital, n. 85, poco después ya había un fabricante llamado Ramon Cano que lo producía y vendía envasado en botellas de vidrio oscuro de 300 centímetros cúbicos de volumen, es decir que a simple vista vendría a ser como una botella de cerveza de hoy, una mediana. Así anunciaba el producto: *Nievelina, preparado antiséptico que evita la descomposición de toda clase de carnes comestibles y líquidas, siendo su uso facilísimo é inofensivo, acreditándolo varios dictámenes. –Nievelina, extra en polvo, de uso indispensable para la salazón de carnes y en particular la de cerdo, que con su empleo puede efectuarse su salazón en pleno verano y guarda indefnidamente de que se rancien los embutidos. – Muestras gratis para ensayos.*⁶⁸

Con una brocha o con una esponja mojada con nievelina se empapaba bien la carne o el pescado que estaban en peligro o ya habían empezado a perder su frescura y posiblemente todavía les faltaban horas para ser vendidos. Las ventajas económicas estaban claras. Pero pronto surgió el debate desde el punto de vista de la salubridad de los productos manipulados con la nievelina. Madrid fue la primera ciudad en la que fue prohibido su uso, incluso antes, y mientras se tramitaba la concesión de la patente a Charles Vogt; de forma contradictoria, el alcalde de aquella capital, Conde de Peñalver, prohibió la fabricación, venta y aplicación de dicha *nievelina* en los alimentos hasta que no se conocieran bien sus efectos. El caso pasó al ministro de gobernación quien encargó al Real Consejo de Sanidad los correspondientes análisis. Le fue requerido al señor Cano el envío de muestras de su producto que abastecía las carnicerías y pescaderías de la capital que eran vendidas *en botellas oscuras de 300 gramos, tapadas con un corcho y una cápsula de estaño.* Seguro que las analíticas se realizaron con mucho celo y de manera escrupulosa, porque tardaron casi tres años en obtener los resultados, de modo que como decía un diario, *si conforme la disolución es al 14 por ciento, por cuya causa no han reventado todos los madrileños que comen bien, hubiera sido*

67 *Industria é Invenciones. Revista semanal ilustrada.* Barcelona, 4 setiembre 1897.

68 *Anuario del comercio, de la industria, de la magistratura y de la administración.* Madrid, 1903.

al 20 ó 25, ¿qué hubiera pasado durante el tiempo que ha durado la tramitación? Horroriza pensarlo.

Por fin a finales de enero de 1898, cuando el fabricante y distribuidor señor Cano de nuestra calle del Hospital había llegado a su cenit, el producto fue prohibido, pero sólo en la provincia de Madrid. Porque en Barcelona las cosas iban de otro modo, Ramón Cano vendía a diestro y siniestro, sobre todo a los mercados, y por aquellas fechas el hombre debería haber hecho ya mucho dinero. Preocupa, sin embargo, la naturalidad y despreocupación con que tanto ayer como hoy la salud esté muy por debajo, en la escala de valores, del dinero. Como escribió el antropólogo Marc Augier, *si el dinero nace con manchas naturales de sangre, el capital viene al mundo manando sangre por todos los poros*. La mayor parte de la prensa, incluida alguna reaccionaria, clamaba contra la pasividad de las autoridades en la tolerancia de los fraudes de todo tipo que se cometían en la alimentación, los cuales iban desde la falta de peso en la alimentación hasta la adulteración de la mayoría de los alimentos. Un buen artículo crítico sobre el que estamos tratando, decía:

(...) Hoy como ayer, mañana como hoy, nos darán pollo por gallina, y gato por liebre; elaborarán el chocolate con cuantos ingredientes convenga á los fabricantes, debiendo darnos por satisfechos, con que se limiten á substituir el cacao y la canela, con la almendra, el cacahuet y la harina de trigo ó de maíz; al pan, le agregarán, para darle blancura y peso, sulfato de cobre, carbonates de amoniaco, sosa y magnesia, alumbre, yeso y arcilla; á el vino, le adicionarán, entre otras substancias, el litargirio ú óxidos de plomo; los confiteros y licoristas, usarán cuantas materias colorantes haya menester para sus fabricaciones en tanto convenga á sus intereses; y las vacas, continuarán, como hasta aquí, reclusas perdurablemente en sus infectos establos, tuberculosas y hambrientas de pasto y sol; hidrópicas y eternamente sedientas, merced á las sales que en sus piensos les agregan los desalmados vaqueros, en su codicia insaciable de mantener pictóricas las ubres del ganado...

La piedra filosofal para ellos [los vendedores] no es otra que trasegar el dinero de la faltriquera del comprador á la propia, tomando por pretexto el comercio de comestibles malsanos, caros y mal pesados y medidos. Así, por otro ejemplo –que podríamos hacer inacabables– las carnes y pescados corrompidos, enajénalos, pintándolos con bisulfato sódico, vulgarmente conocido entre pescaderos tablajeros, por nivelina: con lo cual, conspiran de continuo, colaborando con los cocineros –como decía Diderot– contra la salud del género humano. (...) (LD., 8.11.1898)



Vendedor de hielo en la calle.

Tantas críticas y presiones, llevaron al Alcalde de Barcelona, Joan Amat, quien era miembro de la Junta de gobierno de la Caja de Ahorros y gran propietario de fincas de la Barceloneta y del Eixample, a prohibir la aplicación de la nivelina en los alimentos. Era el 16 de mayo de 1901. Durante las semanas posteriores el Ayuntamiento sacó más artículos y leyes que amenazaban a cualquiera que incurriera en fraudes alimenticios, tanto en peso y volumen como en calidad

Se había llegado al punto de plena desconfianza de los consumidores con respecto a los vendedores. Tanto es así, que cuando un médico «inventó» unas pastillas que, a su juicio, ingiriendo dos cada día garantizaban no correr ningún riesgo comiendo carne y pescado que tuvieran *nievelina*, la gente las rehusó pensando que también los comprimidos podían estar adulterados.

Durante los meses siguientes las paradas de La Boquería eran cacheadas a menudo. De manera frecuente se encontraban recipientes con bisulfito de sodio. Había un toma y daca de las autoridades porque los intereses eran grandes. Los momentos álgidos eran las épocas de calor, entonces el producto estrella volvía a utilizarse a raudales. En agosto de 1910, *El Diluvio*

anunciaba que el alcalde había hecho cerrar las paradas 941 y 945 de La Boquería por haber pintado con *nievelina* las carnes que servían al público. Llegaron a ser detenidos fabricantes del producto, pero sólo estuvieron unas horas en la comisaría, pasando pronto al juzgado correspondiente donde los abogados protestaron diciendo que sus clientes sólo fabricaban productos que tenían diversas aplicaciones pero que en ningún caso eran responsables del mal uso que los compradores pudieran hacer. Además, mostraron al juez las correspondientes reales órdenes que les autorizaban a la fabricación y venta del discutido producto.

El nombre de *nievelina* o *nivelina* parece poético, muy contrario a los efectos que podía producir el diabólico producto; incluso artístico, por eso no debe extrañarnos que un puñado de años más tarde, una actriz lo adoptara como apodo. En mayo de 1926 debutaba una chica que sería conocida con el nombre de *Nievelina*, en el Music-hall BA-TA-CLAN situado en el n. 85 de la Avenida del Paral·lel, esquina con la calle Poeta Cabanyes, del Poble Sec.

* * *

Los tenderos de los mercados de Barcelona sabían que en Francia, Alemania, Inglaterra, *en el extranjero* tenían unas máquinas que refrigeraban y que el frío proyectado dentro de unas habitaciones bien aisladas del calor permitían guardar durante días aquellos alimentos que en el exterior se estropeaban muy rápido, sobre todo en verano, como el pescado y las carnes; además, los pozos de hielo que ya hemos citado, no daban abasto para enfriar tantos artículos en tantos lugares de la ciudad. Por otra parte, las pérdidas económicas para servir los alimentos en buenas condiciones eran muy grandes; era necesario, además, añadir las multas que debían pagar por transgredir a menudo las normativas sanitarias. Estamos hablando de mediados del siglo XIX.

En los buenos cafés se servían helados elaborados con ayuda del hielo procedente de los pozos de nieve; pero ya en 1861 hay lamentaciones debidas a la escasez de aquel hielo por la gran demanda: *En los cafés de Tarragona han dejado de servirse helados por falta de nieve. También este artículo empieza á escasear en Barcelona, habiéndose ya agotado varios pozos de hielo, á cuyo fondo no se había llegado de algunos años á esta parte.*

Y los hombres de negocios del país iniciaron sus batallas. Sopesaron si era posible fabricar aquellas máquinas aquí, pero las dificultades mecánicas eran un reto muy grande dado el nivel tecnológico de nuestro país; hasta el año 1875, por ejemplo, no se instaló la primera dinamo para producir elec-

tricidad en Barcelona, en un local situado frente a la fuente de Canaletes en la Rambla, por lo que había que esperar varios años para que esa energía se extendiera por la ciudad.

En 1862 aparecieron ya en la Exposición Internacional de Londres las primeras máquinas de hielo así como también la primera cámara frigorífica; se trataba del inicio de muchos cambios en el mundo de los alimentos, de los mercados y de otras muchas aplicaciones. Decía la prensa:

Aquellos aparatos pueden producir hielo por «toneladas». El principio general de la fabricación consiste en la evaporación del éter en el vacío. Nada más curioso que ver funcionar aquellos aparatos y fabricarse á la vista cuadrados de hielo de 20 á 30 centímetros de lado y dos ó tres de espesor, así como sentir la impresión desagradable del agua a una temperatura de 25 grados bajo cero... (DB., 2.9.1862)

Catorce años después se construyó el primer barco frigorífico bautizado con el prosaico nombre de El Frigorífico; éste, en septiembre de 1876 zarpaba de Argentina cargado de ganado que tenía como destino Europa; el escepticismo inicial de los posibles consumidores se desvaneció al comprobar la buena calidad del producto. Sin embargo, entre nosotros estaba el problema de la conservación de aquella carne en estado de congelación, porque hasta los inicios del siglo XX no se construyeron las primeras cámaras frigoríficas en Barcelona. Ahora bien, durante los años ochenta surgieron varias fábricas destinadas a producir hielo; encontramos una en la calle Ases n. 10 en el barrio de la Ribera, que tenía una sucursal en la calle Lancaster 13, en el Raval, en 1883;⁶⁹ otra en la calle Aroles; también otra en el naciente paseo de Sant Joan y también en el pueblo de Sants.

Naturalmente, se produjo un bajón del uso de la nieve prensada proveniente de los pozos de hielo. Y el Ayuntamiento, siempre atento a la recogida de dinero recaudado por los pagos realizados en los derechos de puertas o fielatos, al ver cómo caía la recaudación del frío importado, empezó a grabar la fabricación industrial del producto dentro de la ciudad.

En 1887 llegó al puerto de Bilbao una partida de vagones frigoríficos para la red de ferrocarriles española, fabricados en Inglaterra. Las expectativas de la gente fueron demasiado optimistas, se publicaba *que pronto veremos esponder en Barcelona como en Madrid, colocadas en anchas cofas llenas de hielo, los ricos salmones, besugos y merluzas que aventajan de mucho á los pescados pro-*

69 Tatger, Mercè: id. 2009

cedentes de las costas del Mediterráneo y especialmente de los puntos mas inmediatos á nuestro puerto. (LV., 13.10.1887)

La imaginación puesta al servicio de la economía lucrativa carece de límites; ahora veremos una propuesta tan futurista como real hace ya tiempo, por parte de un ingeniero barcelonés en el año 1900:

Nuestro plan se cifra en construir Salones Frigoríficos, donde el público pudiera tomar su entrada por el precio que la práctica determine, según las localidades. Estos salones tendrían distintas temperaturas, conservando la del vestíbulo poca diferencia con la del exterior del edificio y así gradualmente se llegaría á la más baja que se aceptase en el país, evitando por este medio las bruscas y repentinas impresiones que pudieran molestar á los visitantes. También resultaría muy práctico emplear este sistema de refrigeración en todos los teatros que se cierran en la temporada de verano, pues es indudable que en esta época, estableciendo el sistema de refrigeración, habían de ser tan concurridos como en el invierno, lo cual proporcionaría un valor considerable á la propiedad particular y un aumento muy digno de tener en cuenta de la riqueza pública... (LV., 2.8.1900)

El 20 de agosto de 1901, *La Gazeta* de Madrid publicaba una real orden disponiendo que se dictara una disposición de carácter general declarando de utilidad pública el uso de cámaras frigoríficas con ventilación de aire frío y seco.

Joan Salas Anton era un hombre republicano, significado impulsor del cooperativismo; fue concejal durante cinco años en el Ayuntamiento de Barcelona; en 1902, Salas defendió una y otra vez en el consistorio la necesidad de instalar en los mercados cámaras frigoríficas, invocando la sanidad pública, el bienestar de los vendedores y anunciando que si no se hacía, había una empresa extranjera que se ofrecía a construir en los mercados grandes cámaras e importar 100.000 kilogramos de carne de forma periódica. Entonces fue la empresa privada barcelonesa quien emprendió la iniciativa. A principios de 1903 un almacén de la calle del Carme fue convertido en un gran frigorífico que enseguida fue ocupado por vendedores de La Boquería. El espacio sencillamente tenía pintadas en el suelo unas líneas de separación entre los inquilinos; esto trajo algunas quejas por el intercambio de olores entre los diversos alimentos. A partir de ese momento se crearon empresas que instalaron almacenes de frío junto a los mercados. Y la oferta, es decir, el negocio, se amplió a todo tipo de espacios y necesidades, de modo que en 1907 el Hospital Clínic ya tenía un frigorífico para el depósito de cadáveres y el Hospital de Infecciosos también disponía de otro espacio frío por sus

laboratorios. Sin embargo, cabe decir que ninguna nave de la flota de pesca española tenía todavía refrigeración para los productos que recogía, por lo tanto no podía ir demasiado mar adentro al tener que volver a descargar a menudo las capturas. Esto ocurría cuando la mayor parte de barcos de Europa ya hacía tiempo que tenían bodegas bien frescas que les permitía pasar muchos días seguidos en alta mar.

La Boquería fue una de las más beneficiadas de la aplicación y uso del frío. Los tenderos podían comprar sin tener que afinar tanto la cantidad, y lo que sobraba a finales del día podía guardarse para el siguiente; bajaban las pérdidas y las multas y no era tan frecuente la incautación de pescado y carne en mal estado. El mercado crecía día a día y esta expansión hacía también que el eco de su alboroto hiciera imposible el sueño y el descanso de los vecinos:

El teniente de alcalde del distrito quinto, ha presentado al Dr. Robert una numerosa comisión de vecinos de las calles del Carmen y Riera Alta para denunciarle los abusos, que cometen los carreteros que transportan verduras al mercado de San José, estacionándose en aquellas vías y promoviendo en ellas repetidos escándalos y atropellos. El alcalde ofrecióles poner remedio a la cosa. (LP., 3.10.1899)

Varias veces hemos mencionado la práctica de algunos vendedores –en muchos casos ya un hábito vicioso– de hacer trampas con las balanzas. Parece, porque nunca sabremos si de verdad fue así, que el Ayuntamiento quiso poner fin a ese negocio ilegal. En el último pleno municipal del siglo acordó que se abriera un concurso para comprar 50 nuevas balanzas con los correspondientes pesos, la recomposición de 144 y la reparación y afinamiento de 84.

Y aunque poco a poco se fueron edificando nuevos mercados como el del *Ninot* o el de la Concepció, La Boquería seguía beneficiándose de la expansión barcelonesa. Respecto al nombre del mercado de *El Ninot*, el Ayuntamiento nunca logró que la gente hiciera suyo el nomenclátor con el que le bautizó oficialmente: *Mercat de l'Avenir* o *del Porvenir*. Esta falta de sensibilidad y de querer ir contra lo que ya está arraigado en la sociedad, nos muestra la lejanía existente entre quienes mandan y los pretendidos obedecedores.

En 1897 y en contra de otras opiniones, las autoridades habían decidido la anexión a Barcelona de los municipios de Sants, Sant Gervasi, Gràcia, Les Corts, Sant Martí de Provençals y Sant Andreu del Palomar. Pronto añadieron Horta y más adelante, en 1921, Sarrià. De modo que aquella ciudad que tenía 380.000 habitantes antes de estas operaciones de antropofagia

urbanística, pasó a tener 560.000 cuando fueron consumadas. La gente de Sant Andreu fue la que más se opuso y resistió hasta que perdió el proceso contencioso administrativo que había interpuesto en Madrid tres años antes.

Y mientras el siglo XIX agonizaba, leemos una corta noticia que podría ser un resumen triste de lo que fueron aquellos cien años: *Fue detenido anoche en el mercado de San José un niño de 10 años por haber hurtado una peseta y céntimos á la dueña de un puesto de venta de carne.* (ED., 27.1.1898)

1903: HUELGA DE HORTELANOS Y PESCADERAS

El 2 de mayo, a las 11.40 de la mañana llegaba a Madrid un telegrama cursado en Barcelona. El contenido, enviado mediante la tecnología del telégrafo, que hacía cincuenta años que había llegado al país, asustó a las autoridades:⁷⁰

Barcelona 2 (11,40). Mercados no entrado verduleras, pescadores. Véndense elevados precios verduras, legumbres, pescados sobrantes días anteriores. Mercado Concepción intentaron entrar algunas verduleras, haciéndolas retirar compañeras otros mercados. Producídose alborotos mercado San José. Intervino policía.–Mencheta.

Fue una huelga corta pero radical, sin concesiones. Cuando las cosas están claras en la mente y en la conciencia de la gente, hay mucho a favor. No podemos vivir sin dudas, sólo los fanáticos y los absolutistas no dudan o así lo hacen creer; sus expresiones y determinaciones responden precisamente a su debilidad interna que quieren compensar con la apariencia de saber cuál es la verdad en cada momento y queriéndola imponer a los demás a través del poder que detentan. Pero en el caso de la huelga que tratamos y las que se vislumbraban, lo que se consiguió es romper con los prejuicios que abrumaban y atenzaban, generación tras generación, con la moral de la sumisión y el orden establecidos por el *Supremo hacedor*, transmitidos en las escuelas y púlpitos.

Los antecedentes a esa huelga los encontramos en la decisión del Consistorio de crear un nuevo impuesto a algunas variedades de pescado y a todas las frutas y verduras. La cantidad, en principio, no era muy grande, un céntimo cada diez kilos, pero todo el mundo sabía que esto era para no

⁷⁰ *El Siglo Futuro. Diario Católico.* 2 mayo 1903. – Este periódico, que se editaba a Madrid, apareció durante la tercera guerra carlista y tuvo una vida de sesenta años. Defendía al pretendiente Carlos María de Borbón, Carlos VII. El diario era religioso, moralista y reaccionario. Dejó de salir en el año 1936.

malhumorar a nadie, pero que si el agravio era aceptado, cada año vendrían nuevas subidas. Ya se pagaba por introducir los productos en la ciudad, se pagaba por tener un puesto, se pagaba por tener las balanzas que de manera obligada eran de la dirección del mercado... El primero de mayo se puso en marcha la normativa y la reacción fue fulminante, tanto los lugares de producción –agricultores y pescadores– como los de distribución y venta, suspendieron las transacciones:

(...) En el mercado de San José, un grupo de revendedores, en su mayoría mujeres, después de increpar á los que habían arreglado los puestos de venta con verduras, les intimaron á que los deshicieran y como no accedieran los interesados, promovióronse colisiones, durante las cuales las existencias fueron tiradas al suelo y destrozadas.

El escándalo duró más de una hora, hasta que acudieron guardias municipales, llamados á toda prisa, quienes detuvieron á dos mujeres acusadas de ser las promovedoras de la algarada, las cuales fueron puestas á disposición del juzgado por orden del alcalde accidental Sr. Boladeres.

También se promovió un movimiento de protesta parecido en la Pescadería, (...) los pescaderos se negaron á proveer del artículo al mercado, que se vió con tal motivo en extremo desprovisto.

[Según el Ayuntamiento] el nuevo impuesto, como hemos dicho más arriba, apenas llega á un céntimo por cada diez coles ó diez kilos de verdura, á pesar de que se ha hecho correr la voz de que cargaba en siete pesetas la arroba de habas, de patatas y otros comestibles. En cuanto al pescado los arbitrios sólo pesan sobre las clases finas, como langosta, langostinos, merluza, salmón y otros de precio, quedando igualmente para la sardina, atún, caballa y demás de igual calidad.

El conflicto sigue en pie, pues los acaparadores han trabajado mucho entre los vendedores y estos con el público, para conseguir que se forme atmósfera contra los nuevos arbitrios. (LP., 2.5.1903)

Esta vez los compradores apoyaron a los suministradores y vendedores; lo que más enfurecía a la gente era que hacía poco habían sido liberados de impuestos artículos de lujo, productos de perfumería y el mismo champán. Al Mercado de la Revolución de Gracia llegaron dos carros cargados de verduras, inmediatamente fueron rodeados por los vendedores que impidieron su descarga; después de discutir de manera firme con los carreteros para que volvieran a su sitio de origen, la gente los descargó y todo el contenido fue destrozado. Relatos similares encontramos referidos a los mercados de la Concepción, san Antonio, el Born, Santa Caterina o la Barceloneta.

La respuesta del alcalde irritó aún más a los campesinos y vendedores por las mentiras que dijo a la prensa: ¿Cómo y quién podía acaparar las verduras tiernas y frutas recién cosechadas? Y los pescadores, cuando el pescado es un género de lo más delicado...

La vida cotidiana está hecha de muchas facetas y mientras en La Boquería eran detenidas dos mujeres luchadoras, también allí mismo era apresado y llevado a comisaría *un novio despechado [que] la emprendió ayer á bofetada limpia con una jóven, todo porque ésta negábase á reanudar con él las relaciones amorosas. En el Dispensario del distrito del Hospital se le curaron á la agredida varias lesiones de pronóstico reservado. Al agresor se le ocupó una navaja y un frasco lleno de ácido clorhídrico.* (ED., 2.5.1903)

Esa misma tarde se reunieron los campesinos del Pla del Llobregat y de cerca del Baix Besòs, tomando el acuerdo de no enviar ni un carro más hacia los mercados de Barcelona hasta que el Ayuntamiento se echara para atrás. Por otra parte, 142 campesinos se reunieron a la misma hora en el Centro Democrático Republicano de Sant Feliu del Llobregat; también hubo otro encuentro numeroso en el Cafè de las Flors, en Sant Martí de Provençals. Y de forma espontánea se encontraron en una cervecería llamada Breton situada en la carretera de Mataró, un centenar de agricultores.

De algunos de estos encuentros que ahora posiblemente llamaríamos asambleas, los campesinos dictaron una proclama que entre otras cosas decía:

Los hortelanos del llano de Barcelona desde Hospitalet á Castelldefels y desde Mataró á San Adrián, manifiestan (...) Son infinitas las gabelas [impuestos] que pesan sobre la clase, condenada á pagar por los puestos de venta del mismo, por custodia de la que se deja para el día siguiente, llegado el cual, vuelve á pagar como si de nuevo fuera introducido, amén de las gratificaciones y propinas necesarias para conseguir facilidades en el negocio sin las cuales se inutilizaría el mezquino beneficio que produce. Añadir á todo ello el impuesto por Consumos de diez céntimos por cada cien kilos significa un gravámen de seis á ocho reales por carretada, sin perjuicio de que, una vez sentado el principio, iría aumentando el tipo contributivo, como ha ocurrido con las frutas y especialmente con las patatas. (...)

Además, ¿es justo ni caritativo gravar más y más los artículos que consume el obrero, cuando se rebajan los que utilizan las clases acomodadas? La consideracion al proletariado y la protección al obrero se demuestran más pronto y mejor con hechos que con palabras, y no aparecen en el Ayuntamiento los primeros, lo que debería esperarse de



La Guardia civil en la entrada de la Boquería durante la huelga de La Canadiense, año 1919. Hay quien atribuye su presencia a la huelga de verduleras de 1903.

algunos de sus miembros que se dicen «representantes del pueblo que les eligió inmerecidamente».

Los hortelanos seguirán la huelga mientras no se llegue á un acuerdo satisfactorio y definitivo en el punto de dificultad que hoy existe, siendo inútil se pretenda introducir la confusión con noticias oficiosas de que el alcalde suspende de momento el cobro del impuesto, mientras oficialmente no se resuelva la cuestión. (...) (ED., 4.5.1903)

De modo que las autoridades empezaron a considerar que tal vez se habían equivocado. Numerosos grupos de vendedores y vendedoras recorrían las calles donde existían también tiendas de frutas y verduras que aprovechándose de la escasez de productos del campo, los vendían ahora a precios muy altos. Los piquetes exigían que cerraran las puertas; la mayoría lo hacían y los que se resistían contemplaban cómo patatas, tomates y otros productos rodaban por la calle.

También los asentadores, corredores y vendedores de pescado fresco se reunieron en la Vaquería Suiza del Parque, eran unas 60 personas, incluidos representantes de la costa. Fue un verdadero y entusiasmado mitin durante el cual los asistentes hicieron el juramento de no traer ni vender una sola sardina a los mercados de Barcelona mientras el Ayuntamiento no cambiara sus propósitos.

Era cierto que la caja municipal estaba bien vacía, el municipio estaba muy endeudado y pagaba grandes cantidades por los intereses que generaban los préstamos. Aún no se habían ajustado los pesados gastos de la Exposición de 1888. El público no entendía, como tampoco podemos entenderlo ahora –a pesar de que sí sabemos el porqué– por qué no se gravaba a quienes más tenían y tienen. La oposición consideraba, además, que se trataba de intereses usureros porque los prestamistas eran gente amiga de concejales o del propio alcalde de turno. Las deudas siempre producen grandes beneficios, y ahora, de nuevo, se estaban preparando en la ciudad obras de dimensiones colosales, como el crecimiento del puerto y la apertura de la Via Laietana que comprendía el derribo de 2.190 viviendas y la expulsión de sus 10.000 vecinos y vecinas. Esta obra se realizó con préstamos al 12% por parte del Banco Hispano-Colonial que había fundado el esclavista marqués de Comillas, Antonio López.

En el mercado de la Boquería fueron en mayor número los incidentes que se registraron, habiéndose acometido á varias vendedoras y vendedores que comenzaron a parar los puestos y a vender géneros a precios escandalosos. A esos lucradores les costó la torta un pan, pues en pocos momentos han visto sus puestos derribados, los géneros inutilizados y ellos mismos salieron con algunos mojicones propinados por los grupos de los vendedores huelguistas. Una vendedora ambulante llamada Manuela Rodríguez debió ser auxiliada en la Casa de Socorro de Atarazanas por haber sido víctima de un atropello por parte de un grupo de mujeres que fueron sus compañeras de oficio, las cuales, al ver que la atropellada se dedicaba á vender verdura en la calle de Cervelló, arremetieron contra ella, la derribaron, pisotearon unos cestos de frutas y aceitunas y la causaron contusiones en todas las partes del cuerpo por haberla pateado aquella muchedumbre amotinada de verduleras, á quienes no pudo someter en modo alguno la guardia municipal. (ED., 4.5.1903)

Escándalo.–En la calle de San Antonio Abad se promovió ayer uno mayúsculo por haber Insultado al guardia municipal Antonio Mora un vendedor ambulante á quien intentó detener (LP., 6.10.1903)

Era muy difícil encontrar una sola pieza de verdura, fruta o pescado en la ciudad. La gente también sabía que cualquier arbitrio sobre la alimentación lo acabaría pagando ella. El clamor general forzó un pleno municipal al tercer día de la huelga; después de unas horas de discusiones, se anularon las disposiciones de los nuevos arbitrios, salvo –intento desesperado de no perder la autoridad ni de reconocer del todo los errores– algunas especies de pescado. Durante la tarde y noche de aquel pleno, la Plaza de la Constitución, llamada

así desde 1840 y de Santiago desde 1931, fue tomada por miles de personas entre campesinos, vendedoras y consumidores. El histórico espacio estaba rodeado por la guardia civil y la tropa. La victoria fue expresada con un gran estallido de alegría de los ciudadanos que lo celebraron de verdad.

El pescado tuvo que resistir unos días más porque el Ayuntamiento no quería perderlo todo; de todas formas y al cabo de una semana tuvo que ceder y tragarse el fracaso total.

* * *

El Ayuntamiento tenía pendiente resolver el problema del solar donde estaba el convento de Jerusalén el cual estaba situado en el lugar que hoy conforma la plaza de la Gardunya, junto a La Boquería. Si bien aquel convento fue abandonado durante los jaleos de 1835, la edificación, incluida la iglesia, seguía en pie, hasta que durante las insurrecciones de *La Gloriosa* de 1868, fue derribada. Sin embargo, nueve años después durante la restauración monárquica de Alfonso XII que entonces tenía diecinueve años, las monjas consiguieron de Madrid que les fuera reconocida la propiedad del suelo; una vez tuvieron la titularidad del mismo, lo pusieron a la venta. Un tiempo después, el Ayuntamiento, ante la insuficiencia de espacio de La Boquería, alquiló el viejo solar a los diversos y nuevos propietarios, propiciando que se establecieran las payesas y agricultores que estaban esparcidos y abarrotaban las calles del Carme, Hospital y entorpecían la misma Rambla.

Sin embargo, aquel espacio era, desde el punto de vista sanitario y urbanístico, todo lo contrario a lo que debía ser, más aún tratándose de un lugar dedicado al paso y venta de alimentos:

El terreno que sirve de ensanche á la plaza-mercado de San José y que antes ocupaba el convento é Iglesia de Jerusalén, está convertido en un grande sumidero, donde propios y estraños se creen con el derecho de hacer lo que les dá la gana. Así es que detrás las numerosas piras de maderos y los grandes montones de basuras, salen corruptores miasmas que vician la atmósfera y que la autoridad local debe procurar á todo trance que desaparezcan, máxime habiéndose desarrollado de una manera espantosa en Inglaterra, Prusia y Rusia el cólera y no sabemos cuántas otras enfermedades. Ayer por la mañana, á causa de la escasa lluvia que cayó, los miasmas eran tales, que no se podían resistir. (LI., 17.7.1871)

El precio que se pagaba por el alquiler era muy caro, 24.000 duros anuales, es decir, 120.000 pesetas, equivalentes a 480.000 reales. Surgió la propuesta para que el consistorio comprara los terrenos tasados en un valor de 2.113.069

pesetas; entonces los concejales se escindieron en dos bandos, los que querían seguir pagando alquiler y los que eran partidarios de comprar. Hasta aquí nada extraño; pero lo que ocurría era que había intereses para que el Ayuntamiento siguiera pagando el alquiler; así lo preferían los propietarios de los 5.500 metros cuadrados de los terrenos, entre los que se encontraba, como principal, la familia de Manuel Girona Agrafel, banquero, industrial, ex alcalde de Barcelona, fundador de la Cámara de Comercio Industria y Navegación, etc. Eran operaciones que movían mucho dinero que pasaba por varias manos.

Entre propietarios y concejales aparecieron dos nuevas propuestas: Una era hacer tábula rasa con La Boquería, es decir construir un nuevo mercado en los terrenos sin edificar todavía, anexos a la Casa de Misericordia, sumando nuevos solares de algunas casas vecinas que se expropiarían y que tenían poco valor catastral. Con la venta de los terrenos de La Boquería, más valiosos, se podría construir el más grande y bello mercado de Europa, así se presentaba a la prensa el anteproyecto. La otra sugerencia era la de aprovechar los cuatro ángulos exteriores del mercado de Sant Antoni para albergar a los mayoristas de frutas, verduras, hortalizas y legumbres, los cuales debían ir al solar de Jerusalén.

Primó la sensata opinión de no tocar, en primer lugar, La Boquería de su sitio; después, la de comprar los terrenos del exconvento a condición de conseguir una rebaja del precio propuesto por la propiedad, condición que se superó declarando Bien de interés público los terrenos de la antigua comunidad y procediendo a su expropiación con las compensaciones económicas reglamentadas. Naturalmente, nos preguntamos: ¿este procedimiento no se podía haber aplicado antes? El Ayuntamiento, por tener dinero en efectivo para proceder a la expropiación, a mediados de 1901 puso en venta en Barcelona y en Madrid, 5.490 títulos de la deuda municipal, y el 30 de diciembre del mismo año se firmaba el acta notarial de la operación.

En cuanto al llamado Mercado de Jerusalén, pertenece al Ayuntamiento en méritos de la venta, cesión y carta de pago, a su favor, otorgada por don Juan Girona, en nombre propio y de los demás copropietarios, de todo el tercio de superficie 6,729'70 m², que se utilizaba, mediante arrendamiento, para Plaza Mercado de San José, procedente del deruido Convento de Jerusalén...⁷¹

71 Ayuntamiento de Barcelona. *Segundo inventario general de los bienes patrimoniales de esta Ciudad*. Agosto 1930

LA BOQUERÍA, TAN GRANDE COMO CONFLICTIVA

Entrando en el siglo XX nos encontramos con que la ciudad está creciendo, en primer lugar por las agregaciones de poblaciones vecinas pero también por el flujo continuado de personas provenientes del interior de Catalunya y del resto de la península. Esto repercute en el crecimiento de los mercados, de tal modo que La Boquería alcanza el máximo de puestos de su historia, al menos de forma que tengamos constancia:

Paradas del mercado de La Boquería en 1901

Puestos para la venta de aceitunas	6	Puestos para la venta de frutas	123
Aves	9	Carne de gallina	165
Ajos y perejil	6	Garbanzos	94
Carne de buey	129	Huevos	16
Ternera	124	Hierba	1
Carnero	102	Jabón	2
Tocino	67	Leche	2
Cordero y cabrito	35	Legumbres	4
Carne macho cabrío	17	Mariscos	17
Conejo	2	Naranjas	1
Comestibles	4	Pescado	57
Comidas	2	Pan	9
Ciruelas	2	Pesca salada	4
Caracoles	2	Pastas para sopa	17
Cebollas	4	Patatas y tomates	1
Despojos	41	Palomas	15
Dulces	1	Verduras	459
Depósitos	7	Volatería	21

(Anuario Estadístico de la Ciudad de Barcelona. Año I. 1902. Ayuntamiento de Barcelona)

Este aumento de dimensiones espectaculares que le lleva a convertirse en uno de los mayores mercados de Europa resulta que no va acompañado del crecimiento de la higiene, el orden y la calidad de los productos, todo lo contrario. En este primer decenio de 1900 el estado físico de La Boquería daba pena. El mercado crecía más y más, pero también su suciedad y sobre todo la corrupción de sus dirigentes. La prensa, denunciaba una y otra vez, *el pésimo estado en que se halla el mercado de San José; aquello, en efecto, sobre todo en la parte que recae á la calle de Cervelló, más que un mercado parece un*

estercolero. (ED., 6 nbre. 1903). Cuando llovía, todo el mundo se mojaba por las goteras, los toldos estaban agujereados como un cielo nocturno estrellado y el suelo era un barrizal donde se daban resbalones a cada paso:

El mercado de San José más parece una feria de una ciudad de Turquía ó Marruecos que el sitio en donde se guardan y venden artículos dedicados al consumo. Lo que ocurre con dicho mercado no tiene nombre (...) la limpieza se hace en malas condiciones; y nada digamos de lo que ocurre cuando llueve, puesto que permanecer bajo los techos del mercado es como estar á la intemperie, quedando los pasillos destinados al público como nuestras calles: llenos de agua y de barro. (ED., 10.2.1906)

Hubo que esperar a noviembre de 1911 para que los puestos de pescado dejaran sus barracas destartaladas, mil veces parcheadas y pasaran a la rotonda central que hoy todavía perdura. Esta vez la obra maravilló al público, nadie estaba acostumbrado a aquellas intervenciones arquitectónicas. La gran estructura metálica se fue extendiendo por el resto del mercado, tal y como hoy la vemos, hasta completarse en 1915; por fin había acabado la precaria y extrema situación de los compradores, y sobre todo de los vendedores, que desde los inicios de 1840 habían soportado cuando se inauguró La Boquería. La gran estructura fue construida en la Maquinista Terrestre y Marítima, y los puestos de pescado, con baldosas de mármol blanco sostenidos por patas de hierro y latón, tenían detrás de ellos una media pared revestida de baldosas con ornamentaciones, formando una gran circunferencia. A partir de 1916 se empezaron a construir de obra los puestos de carne y otros alimentos siguiendo un patrón dibujado por el Ayuntamiento.

También en estos años se levantó el arco modernista que vemos desde la Rambla; era la primera vez que en La Boquería entraban las artes decorativas.

* * *

A veces, decimos que un pequeño incidente hace estallar uno mucho mayor. Esto es lo que ocurrió a finales de septiembre de 1903 cuando un joven llamado Salvador Catasús atravesaba el mercado cargando a hombros un gran cesto lleno de pimientos. Por lo que sea, la carga se le cayó y todos los pimientos se esparcieron por el suelo, cortando el paso a dos carros que se acercaban; los mismos carreteros se pusieron a ayudar al muchacho a recoger los pimientos. Pero he aquí que a continuación llegó un mozo, pretendido delegado de la autoridad, Hilario Vergara, quien empezó a abuchear a Salvador porque había cortado el tránsito, éste le explicó lo que había pasado mientras volvía a atarse el cesto a la espalda con la mala suerte de que la cuerda se rompió. El mozo



La nueva pescadería en el centro del mercado.

del mercado creyó que Salvador se reía y llegaron a las manos. El director del mercado Sr. Font, quien ya ha sido un desgraciado protagonista en este escrito, se presentó para hacer justicia; un grupo de municipales ató a Salvador y se lo llevó en medio de las protestas de las personas presentes a las oficinas de La Boquería donde recibió una paliza. Y por si fuera poco, el director decidió llevar a la víctima, ahora detenida, a la policía. Pero la voz se corrió, y unas mil quinientas personas se concentraron ante el despacho del director quien no tuvo más remedio que liberar al maltratado Salvador Catasús. Más aún, la gente exigió –y no era la primera vez– la destitución del director de La Boquería. Todo quedó en una suspensión temporal (LP., 26.9.1903).

Hay una evidencia: poder revolver y manipular en La Boquería era el deseo de muchas personas que tenían los bolsillos muy profundos; era un mercado en el que se movía mucho dinero; toneladas de frutas y verduras, carnes, pescado y otros alimentos entraban y salían cada día con la especie cambiada, es decir, en forma de dinero, los cuales atraían como la carnaza a las aves rapaces.

En 1911 el Ayuntamiento estaba dominado por una mayoría lerrouxista y ésta, temiendo perder pronto su situación ventajosa, corría a toda prisa a hacer dinero. Y es así como en marzo de ese año, siendo alcalde de Barcelona Salvador de Samà, dos veces marqués y heredero de la fortuna hecha en Cuba por sus antepasados, vio con buenos ojos la operación de poner a la venta por el

método de subasta pública por parte de la comisión de Hacienda, del director de La Boquería y del concejal-inspector, cuatro de los doce puestos de pescado que todos los días, a primera hora, *desde tiempos inmemoriales* y de manera gratuita eran sorteados entre los doscientos vendedores ambulantes que rodeaban los entornos del mercado, familias pescaderas pobres, algunas pescadoras propietarias de una barquita; estos pescaderos solían ir descalzos por La Boquería. La venta de esos sitios representó –según cálculos de los periódicos– más de siete mil duros, es decir, treinta y cinco mil pesetas, una cantidad muy importante. Los periódicos críticos con el sistema gobernante, tronaron:

¿Hasta cuándo han de durar los conflictos en el mercado de San José?

¿Por qué se ha de arrebatar á los pobres una cosa que por herencia pueden y deben considerar como suya y que al arrebatárselo los sume en la miseria?

Son inútiles todos los subterfugios y evasivas. El apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño no tiene más que un nombre. Hay que evitar que se pronuncie claramente. (ED., 21.3.1911)

Nos place recoger el testimonio de la Carmen,⁷² tercera generación de vendedoras de pescado en el mercado, nos explica que su abuela era una de aquellas pescaderas llamadas pobres o ambulantes, que estaba inscrita en el registro para poder vender su producto sin gasto mediante una rifa. La abuela iba cada tarde a la *placeta*, a los pies de la Torre del reloj, situada al Muelle de pescadores de la Barceloneta. Allí compraba a pie de barca el pescado que creía que podría vender al día siguiente. Llegado este, de madrugada, iba a La Boquería a esperar el sorteo; si la suerte le era favorable, ocupaba uno de los puestos reservados para agraciados y que, después del traslado de 1911 estaban situados delante de las columnas que miran a la calle Hospital, y si no tenía suerte, se había de esperar que acabaran su venta las afortunadas del día para pasar ella al puesto como segundo o tercer turno.

Nos consta asimismo que esta decisión, de poner a subasta cuatro de los doce puestos gratuitos, estaba apoyada por los vendedores de pescado más poderosos del mercado que incluso habían ofrecido algún dinero al nuevo director lerrouxista Ramón Olivella por los gastos que pudieran surgir para echar a los pescadores itinerantes. Los vendedores ambulantes se defendían; se reunían en el local del Ateneo Radical Republicano, en la calle del Olmo número 10, donde acordaban una y otra vez enviar comisionados al Ayuntamiento, a la direc-

72 Siendo verídico este relato, por voluntad de la relatora su nombre es ficticio.

ción del mercado y a la prensa, pidiendo y exigiendo se ejecutara el «cúmplase» para que se sortearan de nuevo los cuatro puestos de venta; también denunciaban el maltrato que recibían por parte de algún empleado del mercado (ED., 21.6.1911). También el conservador diario *El Poble Català* apoyaba a los pescadores diciendo que *se han adjudicado cuatro de las doce paradas à determinadas personas con la general protesta del opinión pública que ve con dolor cómo se merman estos pequeños beneficios (...) creándose una situación privilegiada a favor de opulentos industriales. Que se retiren las concesiones provisionales que de cuatro de los referidos puestos se han hecho sorteándose de nuevo de igual forma que los ocho restantes*.⁷³

Los orígenes del conflicto están en la voluntad testamentaria que la propietaria del Palacio de la Virreina había dejado expresado, que aquellos puestos de venta, que eran de su propiedad, fueran perpetuamente destinados a la venta de alimentos en manos de los pobres. Se trataba de la actual plazoleta de san Galdric. La oposición y resistencia a la privatización de esos lugares fue tal que el Ayuntamiento prometió que retiraría la licencia provisional que había concedido. El caso, sin embargo, es que cuatro meses después todo seguía igual a pesar de la indignación, y entonces sucedió lo inevitable, provocado por la ira ante la tomadura de pelo y la mofa que las autoridades hacían de sus súbditos.

Pero el día 11 de agosto del mismo año, seis meses después del conflicto creado por las autoridades y que quedaba impunemente sobreesido, cuando el Director de La Boquería Ramón Olivella pasaba a las 8 de la mañana por la calle del Hospital a la altura de la de la Cera, yendo hacia su trabajo, un hombre vestido de mecánico se le echó encima y le dio tres golpes de martillo en la cabeza, dejándolo conmocionado y sin sentido. El agresor, conocido como *Camalans*, que en realidad era Artur Cantera Llauradó, de 54 años, era uno de los pescaderos afectados por lo que era el inicio del expolio de los puestos gratuitos de pescado. El *Camalans* era un verdadero líder, líder en la defensa de los seculares derechos, –pocos– que tenían los pescaderos y vendedores pobres. Era conocido por sus mítines arengando a sus compañeros a enfrentarse a Olivella y pararle los pies. Este hombre desde primeros de año venía pidiendo ser recibido por el director Olivella para exponerle su situación precaria y poder manifestarle una petición, y cinco meses más tarde en una carta a los periódicos se quejaba de la indife-

73 *El Poble Català*, 7 julio 1911 – Apareció como semanario en 1904 como portavoz del Centre Nacionalista Català; surgió como alternativa a *La Veu de Catalunya* y a otros periódicos, como *El Progreso* o *La Protesta*, representando una tendencia centro-nacionalista republicana. A partir de 1910 se convirtió en el órgano de la Unió Federal Nacionalista Republicana. Dejó de publicarse en 1918

rencia de Olivella que no había querido todavía recibirlo. La mayor parte de los periódicos afirmaba que este atentado, por sus características, era un intento de asesinato: Este atentado contra el señor Olivella era ya descontado, porque contra él se habían suscitado los odios y las bajas pasiones. El diario crítico *El Diluvio* definía a Olivella como *un hombre deferentísimo siempre para los magnatas de la Plaza, rígido e inflexible para con las pequeñas faltas de los infelices.* (ED., 28.3.1911)

Y dicen las crónicas, que quince días después, el director ya volvía a desempeñar su cargo, y que un tiempo después salió hacia un balneario de Alemania para acabar de ponerse bien.

A pesar de la áspera campaña, aquellos pescaderos fueron perdiendo las prerrogativas, porque el señor Ramón Olivella era el poder, y en La Boquería el poder se llamaba Ramón Olivella. Este hombre estaba bien apadrinado en el Ayuntamiento y representaba muy bien sus intereses. Sabemos que el comer mucho y a destiempo engorda la barriga y ésta pide más comida: Y aquí tenemos que de repente Ramón Olivella fue nombrado director del mercado de libros viejos de Santa Madrona, como si los libros fueran patatas o bacalao, o las sardinas fueran novelas o manuales de jardinería; la gente se preguntaba qué tenían que ver los problemas de La Boquería con los viejos libros. Y con Olivella al frente, ahora empezaba la misma canción en un gremio nuevo:

Se ha adjudicado el puesto número 15 á un tal Ricardo Duran por una cantidad modestísima, con gran descontento de muchos librerros que hubieran asistido á la subasta y habrían pujado la cuota con mayor lucro del Municipio. Convendría que se aclarara este asunto, pues entre aquellos modestos comerciantes se murmura y se habla de privilegios y de compadrazgos. El director del mercado de San José debe aclarar por qué no sacó á subasta el pabellón número 15. Esto nos ruegan los que se creen perjudicados y esperamos que serán atendidos. (ED., 3.3.1912)

Se multiplicaban las denuncias contra el director Olivella, en ocasiones por las subastas aparentes de puestos que, previamente, ya habían sido adjudicados; de modo indemostrable habían sido objeto de transacciones con dinero que corría bajo mano.

Pero el hambre no es lo mismo que el apetito; si éste permite saborear y gustar los alimentos, el hambre puede convertirse en un instrumento violento y agresivo que puede derivar en un sistema. Poco después de la fallida operación, las autoridades decidieron iniciar otra que les compensara: en el

solar de la Gardunya quedaban más de 200 vendedores, considerados ambulantes, pero que pagaban una pequeña cantidad al mercado para poder vender; algunos llevaban 35 años, y nunca habían sido reconocidos como fijos; estaban a la intemperie, sin ningún toldo, mostrador, ni protección. No quedaba claro el destino de su contribución económica. Cada año, la mayor parte de ellos presentaba la petición de tener un sitio reconocido, con los mismos derechos que tenían los demás tenderos. Esos y esas vendedoras muchas veces eran empujadas o atropelladas por la multitud de carros que pasaban con sus mercancías; no tenían ninguna vigilancia y los mayoristas y minoristas sentían y expresaban hacia ellos menoscabo y desconsideración. Eran los vendedores pobres de La Boquería; eran el extremo contrario de los importantes y grandes negociantes que formaban una especie de *trust*, imponiendo sus precios. Como decía *La Publicidad* a finales de marzo de 1911, *después de los pobres pescadores las ha tocado el turno a los vendedores ambulantes y al por menor, es decir al proletariado de nuestros mercados*. Siendo director del mercado, Ramón Olivella, en complicidad con la junta de la *Asociación de Asentadores y Vendedoras al mayor de frutas y hortalizas*, y con el pretexto de que en el mercado los abastecedores necesitaban más espacio para suministrar y repartir los productos que llevaban, decidió recortar el poco sitio que ya tenían estos llamados *ambulantes*. (LP., 28.3.1911)

Después de muchas campañas, a finales de septiembre de 1921, ya con Olivella fuera del poder, a propuesta de la Comisión de Abastos municipal quedarían legalizados los viejos aspirantes a pertenecer al gremio de los vendedores de La Boquería, eso sí, mediante el pago de 50 pesetas por los derechos. (ED., 20.8.1926)

Es patente como Olivella se había ganado la enemistad de los vendedores pobres, pero ahora se ganaba también la de los comerciantes acomodados y la de los más poderosos al pretender cobrar 150 pesetas por el proyectado empedrado del suelo del mercado:

Para colmo de sus males, según se nos asegura, obligan á los que tienen el puesto subastado ya hace muchos años, y que, por consiguiente, han contribuido á las cargas del Municipio todo el tiempo que están establecidos, a pagar el nuevo adoquinado, que según datos, cuesta unas 150 pesetas por industrial, y los nuevos puestos de frutas y hortalizas que se construyen. No sabemos que esto pueda ser acuerdo del Ayuntamiento y, por lo tanto, sospechan los vendedores que todas ésas vejaciones no tienen otro fundamento que una arbi-

triedad del señor Olivella para granjearse las simpatías de sus jefes lerroxistas. (ED., 31.8.1910)

La situación del director de La Boquería, que además era director general de todos los mercados de alimentos de la ciudad e incluso del mercado del libro viejo de Santa Mònica era ya escandalosa y por tanto insostenible; a finales de 1912, Olivella dejaba el primero de esos cargos para pasar a ocupar el de director del mercado del Porvenir o del Ninot. La alegría fue efímera. Aprovechando que durante un tiempo el alcalde Joaquim Sostres estaba de baja por enfermedad, el alcalde accidental con el pretexto de que el director general de Mercados debía serlo también del de La Boquería, lo devolvió al principal mercado. Entonces surgió un serio conflicto, al no ser aceptado por la mayor parte de los tenderos y de la administración de Hacienda de la ciudad; hubo manifestaciones de los vendedores frente al Gobierno Civil contra la reposición del casi omnipotente Olivella. Finalmente, el 20 de enero de 1914 Olivella fue cesado del más jugoso mercado de Barcelona. Como un mono aferrado al árbol al que no quiere soltar, así tuvo que ser arrancado Olivella de su despacho central. No queremos ni podríamos –siempre nos quedaríamos cortos– cuantificar la suciedad que se agolpaba en la llamada *Casa Gran* aquellos años.

En cuanto a La Boquería en general, ya hemos dicho como era muy criticada por el mal estado de algunas viandas que eran puestas a la venta. Pero lo grave eran los precios de los artículos; decían muchos entendidos que en lo que se refiere a los alimentos, Barcelona era una de las ciudades más caras de Europa. La carestía de la subsistencia ponía en una situación muy difícil a la mayoría de la gente. Miquel Sastre Sanna, que fue un estudioso de las condiciones de vida de la clase trabajadora a primeros del siglo XX, resumía en tres puntos el drama de aquellos años afirmando:

- 1º: Que en Barcelona había mucha gente sin trabajo.
- 2º: Que la que trabajaba, apenas podía comer.
- 3º: Que lo poco que comía estaba adulterado.

Y Ferrer Vidal, empresario catalán, que había sido un encarnizado defensor de la sumisión de Cuba a España y del mantenimiento de la esclavitud, en un momento de expansión llegó a decir que *si los españoles comiéramos, nos moriríamos de hambre*. Entre 1890 y 1900 los salarios apenas se movieron, mientras los alimentos, como podemos ver en el siguiente cuadro de Sastre, sobre todo entre 1900 y 1905 no paraban de crecer (LV., 27.6.1905):

Precios en pesetas

Artículos	Unidad	1900	1905	Aumento %
Carne de 1ª clase	libra	1,00	1,10	11
Id. de 2ª (con hueso)	“	0,50	0,70	28,5
Judías corrientes	“	0,15	0,25	66,6
Judías del ganxet	“	0,25	0,35	40
Garbanzos del saüc	“	0,50	0,70	40
Guisantes tiernos	quilo	0,40	0,85	112,5
Bacalao corriente	libra	0,45	0,55	22,2
Patatas	arroba	1,00	2,00	100
Huevos	docena	1,00	1,50	50
Aceite de calidad inf.	litro	0,25	0,30	20
Aceite de 2ª clase	quartán ⁷⁴ (4,15 l.)	5,40	6,00	11,1
Cerdo (lomo)	libra	1,20	1,40	16,6
Cerdo (magra)	“	0,90	1,10	22,2
Cerdo (manteca)	“	0,90	1,00	11,1
Habas tiernas	3 libras	0,10	0,45	0
Conejo	libra	0,90	1,10	22,2
Azúcar blanco	“	0,40	0,50	25
Id. moreno	“	0,35	0,50	42,8
Pan	quilo	0,40	0,45	12,5
Vino	litro	0,30	0,35	16,6

Esta era la media de los precios en los mercados de la ciudad; vemos cómo las habas han triplicado el coste y los guisantes y las patatas –estas fundamentales en la cocina popular– lo han doblado y en el resto la subida baila entre el 10 y el 45%. Sastre omite las frutas y verduras por las grandes oscilaciones –explica– que tienen durante las estaciones del año; también constata que los mercados más económicos son los de La Boquería y Santa Caterina debido a, 1ª. *que dichos mercados reciben los productos directamente de los abastecedores,* y 2ª. *que los vendedores no pueden cargar mucho la mano en los precios, porque la inmensa mayoría de las mujeres que en ellos se salen pertenecen a la clase obrera, y los vendedores saben muy bien que esta anda escasa de dinero y que de cargar la mano en los precios se expondrían a tener que fiar, y tal vez á perder el artículo y el dinero.*

Un destacado veterinario que conocía bien el tema de la carne, su cría y el del mercadeo consiguiente, afirmaba que,

No hay ninguna ciudad en Europa donde la carne se coma tan mala como en Barcelona. La queja del público en la mesa de la tallería ha

74 El *quartà* o quartán de Barcelona representaba 1/12 parte de la quartera, o sea 5,79 litros.

sido constante; la protesta del consumidor ha sido diaria. Sin embargo, estos lamentos ni han sido atendidos, ni de forma formal se ha tratado de llevar a la venta unas carnes de mejor calidad. La carne en Barcelona se ha vendido casi siempre cara.⁷⁵

CONTRA LA VENTA AMBULANTE. LOS MEMORIALISTAS

Con la lógica de una sociedad regida y regulada por el mercado y la competitividad económica, las y los vendedores itinerantes molestaban al mismo Ayuntamiento que perdía una potencial recogida de impuestos y sobre todo enojaba a los vendedores y tenderos, que como ahora, protestan por los manteros y lateros a los que consideran «competidores desleales». El tema es imposible de resolver cuando se enfrenta derecho natural y derecho positivo, o sea cuando tiene prevalencia jurídica el beneficio ilimitado por encima del derecho a subsistir. De modo generalizado, los vendedores ambulantes eran gente que formaban parte de la clase que vivía al día, sin trabajo ni patrimonio; es evidente que carecían de gastos fiscales y eran los principales suministradores de la clase obrera al poder ofrecer su mercancía a precios inferiores a la de los tenderos.

En febrero del año 1905, vendedores y tenderos convocaron una reunión en el teatro Condal en la que acordaron exigir a las autoridades que pusieran fin a la venta itinerante; uno de los principales argumentos de los reunidos era el sanitario, afirmando que los productos de la competencia no estaban sometidos a ningún control y eran, por tanto, un verdadero peligro para los ciudadanos (ED., 28.2.1905). Además, decían, los comerciantes pagaban todos los impuestos y arbitrios, cargas que se ahorraban los ambulantes. El Ayuntamiento inició, de manera especial en el Raval, que es donde más había, una operación que sería imposible de culminar: poner fin a la venta por las calles, interviniendo cualquier mercancía que fuera vendida en la vía pública y deteniendo muchas veces a los vendedores, sobre todo a los que eran infractores repetidores.

Había dos tipos de vendedores ambulantes. Unos eran legales, debido a que pagaban una tasa reducida en el municipio para desempeñar el trabajo. Les era asignado un punto de venta y sólo podían despachar aquellos artículos que habían pedido o que se les había especificado. Siempre tenían que

75 Rossell Vilà, Pere Màrtir: *El problema de les carns*. Mancomunitat de Catalunya, Publicacions dels Serveis de Ramaderia. Barcelona 1921.



Represión de la venta ambulante en los alrededores de la Boquería.
.....

llevar encima el permiso de venta. Y naturalmente, estaban los vendedores *ilegales*, que no tenían ningún tipo de permiso. De todas formas, de manera genérica podemos decir que los municipales no tenían ninguna afinidad ni con unos ni con otros. A principios del siglo XX, los ambulantes que vendían mercancías que por su peso o volumen eran difíciles de transportar a mano o a la espalda, introdujeron algunos tipos de carretillas; esto comportó también más conflictos cuando el Ayuntamiento decidió cobrar un suplemento por las nuevas herramientas que consideraba vehículos, las cuales debían estar registradas y llevar una placa o *pizarrita* fijada en un lateral. Solo se trataba de otro impuesto. Por otra parte, muchas de estas carretillas eran alquiladas porque muchos de los usuarios no tenían dinero para tenerlas en propiedad; precisamente estos inquilinos denunciaban que el alquiler era un auténtico monopolio al estar sólo en dos o tres manos en toda la ciudad.

Los alrededores de La Boquería eran un lugar privilegiado para la venta porque la gente que pasaba era gente que tenía que comprar y las ofertas eran tentadoras, esto enervaba a los que tenían lugar fijo en la plaza. Los guardias municipales eran *la bestia negra* de los vendedores itinerantes, de modo que los enfrentamientos y agresiones entre unos y otros eran una nota cotidiana. Por ejemplo en octubre de 1880 leemos:

Se ha acercado á nuestra Redacción una vendedora ambulante de las cercanías del mercado de la Boquería, quejándose de los malos tratos de que ayer fué víctima por parte de un individuo del cuerpo municipal. (ED., 7.10.1880)

También:

Un jóven vendedor ambulante tuvo ayer un altercado con un guardia municipal, por cuyo motivo fué detenido y puesto á disposición de la autoridad. (ED., 23.6.1884)

Y no siempre la autoridad salía bien parada:

–Mientras pasaba ayer un carro por el cruce de la calle de los Baños Nuevos y de la Boquería, un vendedor ambulante dio un empujón á un municipal que le lanzó debajo del carro, pasándole una de las ruedas por encima del cuerpo. El municipal fue auxiliado en la Alcaldía y el agresor escapó. El vendedor ambulante dio el empujón al municipal porque este le advirtió que no podía obstruir la acera. (ED., 20.8.1884)

–Este mediodía se ha promovido un gran escándalo en la calle del Hospital á consecuencia de haber reconvenido un guardia á un vendedor ambulante. Este se negó á ir al cuartelillo apoyándole en su resistencia algunos transeúntes, originándose una pelotera que acabó con la intervención de otros guardias quienes dieron con el vendedor y los que le apoyaban en el cuartelillo. (LP., 4.7.1901)

–Alboroto. Lo hubo en la calle del Pasaje, esquina á la de Jerusalem, y se reprodujo luego en la plaza-mercado de San José. Un guardia detuvo en el primer sitio mencionado a un vendedor ambulante, á quien obligó á comparecer ante el director del mercado. La resistencia del detenido y la insistencia del guardia comenzaron el alboroto. En el mercado acudió la madre del detenido. Se insolentó contra todos los guardias y director y fue conducida al Juzgado junto con su hijo. (ED., 7.10.1891)

No debemos pensar que estas noticias sean rebuscadas o excepcionales, por el contrario aparecen con normalidad y naturalidad en la prensa de la época:

–Ayer tarde el municipal número 254 dio varios puñetazos á un vendedor Ambulante. Reclamó el atropellado, y recibió nuevos golpes. Conducido al cuartelillo de San Felipe Neri, fue allí atropellado de nuevo. Llamamos la atención del concejal inspector de la Guardia municipal para que corrija semejantes abusos. (ED., 5.11.1884)

–Al tiempo de dirigirse un municipal por la calle del Pino al cuartelillo del distrito con varios abanicos decomisados á un vendedor ambulante, este se abalanzó contra él y quiso arrebatarlos. Por esta acción fue detenido y conducido el Juzgado de Guardia. (ED., 3.6.1885)

–Atropello. A las cuatro y cuarto de la tarde de ayer, el individuo de la Guardia Municipal, número 454, atropelló de mala manera á un vendedor ambulante de relojes. El atropellado y un compañero suyo se habían situado en aquel sitio para expender su mercancía, y el guardia citado, en vez de limitarse a cumplir las órdenes que tiene recibidas, de no permitir la venta de artículos en la vía pública, desenvaino el sable y dio con él tan fuertes golpes a uno de los vendedores, que le causó una herida en la cabeza y otra en la espalda. ¿Qué tal serían las lesiones causadas á su víctima, cuando él en persona acompañó al herido a los médicos de la Alcaldía, para que lo curaran? Basta saber que el sable con el cual realizó su hazaña quedó hecho pedazos. El público que presenció el atropello, estaba justamente indignado. (ED., 12.4.1889)

Los muelles de mercancías del puerto eran espacios bien surtidos también de vendedores itinerantes. Allí donde había un barco cargando o descargando, naturalmente había marineros, estibadores, mozos de carga, carreteros, que formaban un formidable personal idóneo para ser servido. Pero durante el mes de junio de 1902 la Junta del Puerto, apoyada probablemente por el gobernador civil, prohibió este servicio. El disgusto y la contrariedad fue grande, tanto por parte de los potenciales compradores como de los vendedores; éstos, repartidos por los distintos muelles, eran más de un centenar. Así se explicaba diciendo que se trataba de:

chuferos, altramuceros y avellaneros, aguadenteros, aguadoras y vendedores de rosquetas, churros y demás; ganábanse la vida en el puerto desde hacía ya más de veinte años sin que por nadie no hubiese formulado la menor reclamación, antes al contrario con gran contentamiento de los obreros marítimos, que tenían siempre á mano un vaso de agua ó un refresco cualquiera que mitigara la sed, especialmente en esta temporada de sofocante calor. (ED., 28.6.1902)

En enero de 1905 los vendedores ambulantes celebraron una reunión en el *Café del Chino*, situado en la calle Este, en la que propusieron pedir al alcalde la aprobación de los siguientes puntos. 1º– Legalización de la venta ambulante. 2º– Permisos mensuales para todos los vendedores. 3º– Que los permisos sean puramente personales y válidos en todo el radio de Barcelona. 4º– Los vendedores que utilicen una carretilla pagarán un máximo de 1,25 pesetas mensuales. 5º– Los vendedores con cajas portables, cestos u otros objetos similares no podrán exceder el pago de 0,35 pesetas mensuales. 6º– Todos los vendedores mantendrán una distancia de 100 metros de los mercados como máximo. Dos años antes, en febrero de 1903, los mismos vendedores habían hecho unas peticiones similares sin que nunca hubieran tenido respuesta.

Así es como los peticionarios, en número de unos 300, empezaron a manifestarse cada semana; entonces los comerciantes de La Boquería y otros mercados amenazaron con declararse en huelga indefinida en caso de que las demandas anteriores fueran concedidas, respondiendo los ambulantes que si aquéllos abandonaban los puestos para hacer huelga, ellos los ocuparían.

Y el día 12 de marzo el consistorio barcelonés aprobó una reglamentación que irritó mucho a los vendedores ambulantes; el nuevo reglamento decía en primer lugar que sólo podría haber 25 comerciantes itinerantes en cada distrito y que éstos no podrían vender a menos de 200 metros de los mercados y a 50 de las tiendas con el mismo género. Se añadía que las licencias de *primera clase* serían para los vendedores con carretillas; las de *segunda* para quincallería y similares; las de *tercera* para las naranjas, melones, cacahuets, chufas y otros, y las de *cuarta* para las verduras en cestas. El impuesto anual sería de 50 pesetas, que suponemos que sería para los de primera clase. Y quedaba radicalmente prohibida la venta de carne, aves, pescado y artículos de comida sometidos a inspección veterinaria. Queda claro que estas disposiciones contrariaron mucho a todos, vendedores ambulantes y vendedores fijos; recortaba tanto el número de licencias que era obvio que las cosas no mejorarían, y pedir que la venta se llevara a cabo a partir de 200 metros lejos de los mercados también se adivinaba que no se cumpliría. Por otra parte, la decepción de tenderos y vendedores que aspiraban a la prohibición y supresión radical de los ambulantes, fue grande. Pedir esto, sin ofrecer otra salida era lo mismo que pedir la supresión de aquellas personas... El problema se iría haciendo cada vez mayor. Y pasaría al combate político al iniciarse la Segunda República, como veremos en su momento.

* * *

Junto a La Boquería, en la acera ancha que hay frente a la Virreina, había unas casitas o barraquitas de madera donde hacían su trabajo los llamados *Memorialistas* o *Escribientes*; éstos eran gente curiosa: eran ridiculizados por los letrados y los amantes de la literatura, incluso por los periodistas; cuando su oficio fue reconocido oficialmente y clasificado en importancia a efectos de arbitrios y contribución, fueron puestos en la octava clase, la más baja y por tanto la más económica, *junto a los barberos sin tienda, los vendedores de tripas, callos, mondongos, cuartos y menudo de aves ó de reses; los de unto de botas ó cepillos para limpiarlas; los aguadores que con caballería, cuba cántaro salen las casas; los vendedores de periódicos...* Pero en cambio eran valorados por la gente sencilla, la que no sabía escribir o sabía muy poco.

A finales del siglo XVIII ya había memorialistas en la ciudad; en el XIX su número creció, incluso había a las puertas de alguna parroquia. Además de saber, naturalmente, leer y escribir correctamente, los memorialistas tenían una buena caligrafía; en su mesita tenían papel de varios tamaños, un tintero y la pluma, hacían una tarea de suplencia muy importante como podía ser redactar instancias, llenar recursos o reclamaciones y sobre todo y en cantidad, escribir cartas de todo tipo. Las chicas que tenían su prometido o marido lejos porque estaba realizando el servicio militar eran unas de las clientes más fieles y constantes de los escribientes.

Las tres casetas de memorialistas adosadas al exterior del muro que separaba La Boquería de la Virreina recibían muchas visitas también de los vendedores de La Boquería referentes a temas de negocios como pedidos, devoluciones, recursos a sanciones, peticiones al Ayuntamiento, etc.

Poco a poco, los memorialistas asumieron otros trabajos, el más importante era el de facilitar trabajo a quien no lo tenía y proporcionar personal al que lo buscaba, como si fueran pequeñas agencias de colocación; entonces la autoridad competente –o incompetente– se pronunció: *el gobierno civil ha publicado una circular previniendo que multará con el máximo de la ley a los memorialistas y agentes de negocio que se dedican a la colocación de sirvientes sin estar debidamente autorizados.* (LP., 12.3.1879)

Había escribientes que se ganaron la buena reputación y la confianza de quienes recibían un encargo, a veces hacían de consejeros y confidentes de personas que afrontaban situaciones de conflictos sentimentales o económicos y no sabían cómo responder o corresponder a los mismos. Pero también había memorialistas que caían en la abyección; uno de ellos, un día, recibió la visita de un hombre que le dijo que debía enviar por carta a Berga un billete de cien pesetas con una nota. El memorialista redactó la nota, puso el billete dentro y cerró el sobre. El cliente le dictó la dirección del destinatario, pagó y se fue al estanco para que le pusieran el sello; por lo que sea, el hombre pidió al estanquero que le leyera en voz alta la dirección de la carta, y resultó que ésta no era la del destinatario que él había expresado sino la del propio memorialista. (LP., 28.11.1883)

DE LAS BOMBAS EN LA BOQUERÍA A LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Ni La Boquería escaparía de la acción del terror de las bombas que durante unos años asolaron nuestra ciudad. Sin que lo hayamos podido corroborar,

varios autores⁷⁶ explican que el día 2 de marzo de 1892 una bomba estalló en nuestro mercado; los estragos provocaron cinco heridos. Se investigó y fueron hallados otros tres explosivos.

El domingo 4 de septiembre de 1904, unos años más tarde, se encontró una bomba en el urinario público situado en la Rambla de las Flores. La bomba, como un trofeo conquistado, fue llevada en brazos, caminando, por un guardia al cuartelillo del distrito situado en la plazoleta de san Felipe Neri, junto al convento; después, como si se tratara de un trámite en curso en el Palau de Justicia, se la dejó descansar en una sala, hasta que estalló sin causar víctimas.

En la calle de la Petxina, lateral de La Boquería, el domingo 3 de septiembre de 1905, morían dos floristas hermanas, Rosa y Pepeta Rafà, por una gran explosión; otras muchas personas resultaron heridas; esta vez la conmoción fue muy grande. Empezó a extenderse el miedo y el mercado se resintió porque la gente entendía que los lugares de mayor peligro eran aquellos donde más público había; resultaba claro que era mejor comprar en tiendas y pequeños comercios. Las bombas seguían por toda Barcelona, nosotros remarcamos la de la calle Hospital, la del Pla de la Boqueria, otra en el mismo urinario que ya hemos mencionado y dos más en la Rambla de les Flors.

El domingo 15 de marzo de 1908, a la una del mediodía, una bomba estalló debajo del mostrador de mármol de un puesto de carne de ternera en La Boquería, exactamente en el puesto número 11, una de los puestos renovados que habían sustituido los mostradores de madera por losas de mármol. Éstas saltaron como metralla y una mujer que estaba limpiando el mostrador, Vicenta López, viuda, conocida como la *abuelica*, cayó agonizando. La *abuelica*, era vendedora ambulante y cuando al mediodía terminaba su venta se iba a La Boquería a limpiar algunos puestos para completar sus pequeños ingresos. En aquel puesto le atrapó la explosión; fue llevada enseguida al cercano Hospital de la Santa Creu donde le amputaron una pierna. Vicenta murió la noche de ese domingo. Además resultaron con heridas graves otras cinco personas, cuatro de las cuales eran también vendedoras ambulantes y tres de ellas al igual viudas, condiciones que ya nos dan pistas sobre el perfil social de buena parte de aquellas vendedoras, siempre asediadas por la policía municipal.

La alarma entró profundamente en los espíritus de todo el mercado porque el tema de las bombas en Barcelona llevaba años atemorizando y cada vez

76 Destacamos *La Barcelona de la dinamita, el plomo y el petróleo, 1884-1909*. Grupo de Afinidad Quico Rivas. 2009.



Puestos de venta tras la explosión de una bomba en marzo de 1908.

había más dudas de su autoría. Recordemos que Joan Rull cuatro años antes había hecho estallar una muy cerca, en el urinario que había en la Rambla de las Flores. Rull, al margen de sus convicciones, había estado alineado con el movimiento obrero barcelonés; captado como confidente de la policía, calculó que ganaría más dinero poniendo él mismo bombas y atribuyendo su autoría a otras personas. En 1908, descubierto su siniestro papel, fue procesado y ejecutado en la nueva Cárcel Modelo de Barcelona. Pero la policía durante aquellos años había trabajado en la dirección que Rull les había ido señalando y había hecho detenciones de muchos inocentes que lo pagaron muy caro.

En Barcelona se vivía un ambiente enrarecido; una creciente desconfianza que llegaba a menudo al odio hacia el estamento eclesiástico y el militar: el primero, por sus prerrogativas de vivir al margen de los problemas sociales e incluso, con el aprovechamiento de éstos; y el segundo porque la pérdida de las últimas colonias había costado un mar de sangre para muchos muchachos obligados a ser la carnaza de los fracasos y caprichos del brazo armado. Leemos entre líneas, porque la censura era estricta, un pequeño hecho que acabó en la Boquería:

A las nueve y minutos de la mañana, cuando atravesaba la Rambla de las Flores, un piquete de infantería del cuartel del Buensuceso, que salía de oír misa en la iglesia de San Agustín, varios transeuntes silbaron, oyéndose algunas manifestaciones de desagrado. Entre el

público que presenciaba el desfile de la tropa hubo quien protestó a tales gritos é inmediatamente se agredieron algunos a bastonazos, originando este incidente carreras y sustos. Los sustos y desmayos fueron curados en el mercado de San José, por ser aquella la hora en que es grande el número de mujeres que se hallaban verificando la compra en el mercado. (LP., 27.11.1905)

* * *

El clérigo ilustrado Joseph Tonwnsend que había visitado España dejó sus impresiones reseñadas en el libro *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*, afirmaba que él, la ciudad de Barcelona «la escogería como lugar de retiro». Más tarde Christian Andersen visitó la ciudad en 1862 calificándola de ciudad bellísima; quedó enamorado del carácter de sus gentes, explicaba que los cafés de la Rambla eran comparables a los de París. Y el lingüista francés Albert Dauzat, terminada la Semana Trágica visitó nuestro país, dejando escrito que «Barcelona debería ser la capital de España, ya que representa el porvenir» ¿Cómo era posible que una ciudad llamada por los poetas *la gran hechicera*, fuera capaz de vivir bajo esa barbaridad de las bombas? ¿Por qué?

Sabemos que de forma paradójica, y pese al estado de devastación en que quedó Barcelona después de la derrota ante Felipe V, el crecimiento económico fue incesante y a un ritmo sostenido. Fueron muchos años de bonanza en la agricultura catalana; la mayor parte de los campesinos tenían las tierras de alquiler, con censos enfiteúticos, es decir, cercanos a la perpetuidad y con un alquiler fijo cada vez más económico debido al encarecimiento de la vida; la población aumentó más del 20% en el siglo XVIII. El corcho, el papel, el aguardiente y el comercio con América prepararon al país para su primera industrialización. Grandes propietarios campesinos pasaron a invertir en talleres y fábricas, arrastrando a gente desocupada y sin oficio. El hambre de amortizar rápidamente las inversiones, de hacer dinero y pertenecer a la nueva clase social de la naciente burguesía no tuvo límites. Añadimos las convulsiones políticas del siglo XIX, con una monarquía tan inepta como corrupta, unos partidos con alianza o bajo las amenazas del estamento militar y la iglesia, que llevaron a una permanente crisis social; legiones de gente en paro se concentraba en los nuevos centros industriales con una caída de los salarios que llenaba las ciudades de miseria. La desesperación de algunos llevó a creer que no habría otra salida que la acción directa, es decir, llevar a cabo el ideario de la violencia extrema como en Francia lo hacía Ravachol,

en Italia lo pregonaba Malatesta y en Barcelona González Morago, Paulí Pallàs y otros.

* * *

Recordemos que en 1913 y por normativa oficial, la semana de trabajo en el ramo del textil en Barcelona, uno de los más numerosos, era de 66 horas, 6 más que en Francia, 8 más que en Alemania y 9,5 más que en Inglaterra. Esto de manera oficial, ya que era normal hacer algunas más sin aumento significativo de la retribución.

Esto no quitaba que al mismo tiempo los comerciantes pusieran las cosas donde creían que era su sitio. Fijémonos que en el siguiente caso el tomate que iba a recoger un muchacho, estaba en el suelo:

Un comerciante de tomates llamado Salvador Boygas, en el mercado de San José al ver que el niño Francisco Morales, de 13 años, iba a coger uno de aquellos frutos, que se hallaba en el suelo, la emprendió contra él a puñetazos y patadas, ocasionándole contusiones en la cara y en el pecho, de las que tuvo que ser auxiliado en la Casa de Socorro de la calle de Barbará. (ED., 25.10.1914)

Como pasó sesenta años antes con la guerra de Crimea, la Gran Guerra Europea de 1914 destruyó buena parte de Europa; curiosamente esto fue una suerte para los fabricantes de nuestro país por el hecho de haberse mantenido neutral; España se convirtió en suministradora de alimentos y bienes de muchos tipos a ambos bandos, germanófilos y aliados. Ambos pagaban lo que fuera por conseguir toda clase de pedidos; no podemos dejar de pensar en quienes hoy se lucran de manera impúdica con el tráfico y producción armamentística y la energía. Los beneficios a nivel nacional fueron tan grandes en este período, que el Estado pudo pagar su gran deuda externa.

Por aquel entonces Barcelona se convirtió en un nido de refugiados y exiliados, aventureros, espías, desertores, agentes compradores... son frecuentes los anuncios de extranjeros que acaban de llegar a la ciudad pidiendo recibir clases particulares de español o que se ofrecen para enseñar idiomas, sobre todo alemán; también aparecen inversores que buscan instalar negocios o aportar capital a industrias ya existentes.

Los industriales multiplicaban sus beneficios. Hoteles y mesones no podían albergar a nadie más. Pero la miopía y los egoísmos en medio de aquella abundancia y fácil riqueza llevaron a no hacer nada por repensar el mapa social, frenar y mejorar las desigualdades; esto pronto se pagaría muy caro con una respuesta violenta a tanta violencia estructurada.

La realidad se impuso a quienes soñaban y deseaban guerra y muerte perpetua, en tierras lejanas en beneficio propio, porque en las tertulias empresariales, en los consejos de administración e incluso en encuentros de comerciantes, jocosamente y a coro, todos cantaban,

Déu ens doni pluja y sol,
i guerra a Sebastopol ⁷⁷

La Boquería y los mercados en general también fueron obsequiados con la creciente circulación de dinero, a menudo derrochados, por parte de muchos burgueses y de aspirantes a serlo en aquellos años de belicismo. La hostelería compraba al por mayor lo mejor y los vendedores, encantados, tendían a la subida en perjuicio de la clientela ordinaria. Hubo muchas protestas y las autoridades ordenaron el cierre temporal de algunos puestos. Pero,

(...) después de todas estas negociaciones no sólo no se ha vendido hoy en los mercados carne de ternera, sino que se ha aumentado desvergonzadamente el precio de la de carnero y el de los despojos y menudillos, los cuales constituyen la alimentación de buena parte de la población obrera. (ED., 12 octubre 1915)

Un cronista anónimo de la época, explicaría cuarenta años después, cómo en las vísperas de Navidad de aquellos años de la Primera Guerra las vendedoras de La Boquería aparecían vestidas como si fueran al Liceo, con las mejores galas y exhibiendo todo tipo de joyas, la mayor parte de bisutería barata, claro. Las pescaderas eran las que llevaban al extremo aquella muestra de alegría, en parte interesada. Dice este cronista que de entre ellas sobresalía una mujer ya con bastantes años a sus espaldas, morena, bien llena y feúcha; grandota, gorda y chata era la personificación de la imagen de Isabel II; entre las compañeras del mercado era conocida por su relación con hombres que representaban a los poderes públicos. Aquellos días, la mujer invitaba a su puesto a un grupo de regidores municipales a comer las ostras más frescas y sabrosas de todos los mares, acompañadas de buenos vinos.

Alrededor de este espectáculo se iban acercando gente varia, había los curiosos, los alcahuetes, los que intentaban unirse a la fiesta... Pero también estaban los mendigos, los que como cada año pasarían en la calle aquellos días de fiestas, a las familias pobres no les llegarían ni las sobras de lo que comían estos señores de manera gratuita, incluidas las ostras!

77 Dios nos de lluvia y sol, / y guerra en Sebastopol.

Acababa diciendo que *entre los vendedores y compradores de todas clases imperaban la mentalidad y el poder de la más generosa Jauja, y esto era reconfortante; nos daba una seguridad y un optimismo auténticos.*⁷⁸

La concentración de riqueza en pocas manos lleva al crecimiento de la pobreza de muchos; la ciudad atrajo a una ola de gente necesitada. Tradicionalmente, los mercados han sido terrenos propicios para pedir y si esto no sale bien, pillar, con el riesgo que esto tiene. Los robos se multiplicaron; especialistas, pero sobre todo gente poco diestra, se añadieron a la legión de los que ya estaban antes. Tomamos un solo diario barcelonés y en uno solo de los mercados –La Boquería– encontramos detenciones realizadas durante el año 1915; tengamos en cuenta que a cada detención corresponderían varios robos realizados con anterioridad y posiblemente con reincidencia:

Fue ayer detenido en el mercado de San José, cuando intentaba hurtar el monedero á una compradora, José Sancho Pere. (LV., 16.1.1915)

Ayer fue conducida á la delegación del distrito del Hospital, Amparo Duran Rodríguez, de 26 años, la cual en el mercado de San José mataba el tiempo registrando los bolsillos de las compradoras. (LV., 27.2.1915)

Fue ayer detenido en el mercado de San José, Pilar Campuzano Fernández, de 48 años, la cual se dedicaba á sustraer el dinero que llevaban en el bolsillo las compradoras. (LV., 30.4.1915)

Por haber robado un trozo de gallina de un puesto del mercado de San José, fueron detenidos en el Arco de San Agustín, Rafael Lozano y Miguel Blas, de 15 y 18 años, respectivamente. (LP., 26.5.1915)

Ayer fue detenida en el mercado de San José, María Muñoz Orellana, de once años, por haber sido sorprendida en el momento en que á una mujer le sustraía del bolsillo algunas monedas, y debía ser en ello reincidente, por cuanto al ser registrada se le hallaron 10'80 pesetas ocultas entre las medias y las alpargatas. (LV., 1.9. 1915)

Fue ayer detenido Santiago Berna Royo, de treinta y cuatro años de edad, por haber sido sorprendido cuando intentaba robar un saco de patatas en el mercado de San José. (LV., 26.9.1915)

78 *Destino*, 20 diciembre 1952.– Este semanario fue fundado en Burgos por catalanes fieles a Franco en el año 1937. A partir de 1939 la publicación se trasladó a Barcelona, con el subtítulo *Delegación de Prensa y Propaganda de la Jefatura Territorial de Cataluña de F.E. de las J.O.N.S.* Progresivamente se fue alejando del régimen para tomar una dirección liberal. Durante los últimos años del franquismo fue multado y clausurado por sus críticas al mismo. Desapareció en 1980.

En el mercado de San José fue ayer detenida Florencia Bojardo Herro, de 60 años, por expender moneda falsa. Ocuparósele algunas piezas de peseta y dos pesetas, y con ellas y el monedero que las contenía fue puesta á disposición del juzgado. (LV., 29.10.1915)

Fue ayer detenida en el mercado de San José, Rosa Navarro, de 32 años, por haber sido sorprendida sustrayendo el dinero que llevaba en los bolsillos una compradora. (LV., 9.12.1915)

Sin embargo, siempre hay gente solidaria; y en esa época, este concepto la gente a menudo lo llevaba a cabo en forma de «divertimento»; es el caso de la siguiente noticia que se repetía un par de veces al año:

TEATRO CÓMICO. Gran baile de máscaras, á las diez y media de la noche del jueves, día 4 de febrero de 1915, organizado por varios vendedores del Mercado de San José, á beneficio de los pobres del distrito Quinto [Raval] y Séptimo [Sants, Les Corts i Hostafrancs]. 8 PRECIOSOS REGALOS, 8 que se adjudicarán á las máscaras que por su originalidad, arte y elegancia en el vestir, sean merecedoras. (LV., 4.2.1915)

A finales de 1917, se llegó a la culminación del proceso: si bien los salarios habían aumentado un 10%, el coste de los bienes básicos lo habían hecho el 18%; la carne de ternera llegó a subir un 25%, culpando los vendedores de los mercados a los suministradores, y éstos a los minoristas del crecimiento de los precios. Los matarifes y mayoristas amenazaron a los minoristas con dejarlos sin carne, y esto lo llevaron a cabo hasta que el Ayuntamiento intervino fijando los precios a unos y otros. Pero la carne subió, y mucho. Las autoridades municipales crearon entonces las Juntas de Subsistencias, entidades que tenían facultad de fijar los precios de los principales alimentos y controlarlos.

Los campesinos del Pla del Llobregat se sintieron perjudicados, diciendo que se daba prioridad a las frutas y verduras que llegaban en tren procedentes de otros lugares lejanos; alegaban que sus productos debían pagar unos arbitrios muy superiores y decidieron hacerse escuchar cortando el abastecimiento a La Boquería y otros mercados. También el bacalao recibió a menudo la visita de las *Juntas de Subsistencias*.

Pero Juntas, Ayuntamiento, Gobierno Civil y Gobierno Central eran víctimas de sus cínicas pretensiones de favorecer a especuladores, acaparadores, banca e industria en detrimento de las clases populares; porque al llegar a 1917 el precio del trigo había subido un 72%, el de las patatas un 50% y el del pan un 80%. Las inmensas cantidades de dinero que llegaban no repercutían en el bien común. Todo ello llevó al estallido de la huelga

general de 1917, que en buena parte fracasó por las divisiones internas de los convocantes. Los datos, desgraciadamente, nos ahorran comentarios: 70 muertos y 2.000 detenidos.

Y a continuación saltan las mujeres –miles– a la calle: *La mujer ha abandonado ya la cocina porque no hay nada que cocinar, y se tiran a la calle. Y ahora preguntamos a los hombres: ¿cómo se lo hará ahora para devolverlas a los fogones?* dice en un mitin en la plaza de Catalunya, Maria Marín⁷⁹. El gobierno insta a las Juntas de Subsistencias a hacer vender el carbón al precio acordado, no al 33% más alto de cómo se vende. Hartas de tantas mentiras y promesas las mujeres asaltan los carros de carbón que salen del puerto, los vuelcan, reparten las cargas y hacen cerrar talleres y fábricas. También los mercados contemplaron las visitas de aquellos grupos:

A las ocho y media entró un grupo en el mercado de la Boquería con igual pretensión. Algunos vendedores no se avinieron á que se les arrebatara las mercancías y fueron arrojadas por el suelo. Intervinieron los empleados y se retiró el grupo, no quedando apenas vendedores.

En el mercado de Sans, los vendedores no se presentaron ante el temor de ser víctimas de atropellos (...)

Diez días después, la agitación continuaba,

Suscitáronse conflictos en el mercado de San José. Los puestos de pesca salada establecidos en nuestro primer centro de abastos fueron casi asaltados por el público, que no cejó hasta adquirir la mercancía al precio oficial. Con escasa diferencia repitióse la escena en diversos puntos, interviniendo en cada caso la fuerza pública. (LP., 28.1.1918)

Algunos grupos de mujeres intentaron asaltar el mercado de San José, impidiéndolo la fuerza. Otros grupos de mujeres obligaron a cerrar, a primeras horas de la mañana, el mercado de San Antonio. Carros volcados Igual que en los días anteriores, los carros que conducían carbón con destino a las carbonerías, eran seguidos (...) (LP., 17.1.1918)

Es propio de los humanos conocer y profundizar en la realidad de las cosas; August Pi Sunyer era un médico fisiólogo sabio, tenía un buen conocimiento de la persona en su globalidad. Como tantos, quedó impresionado por la catástrofe que supuso la Primera Gran Guerra y el hambre creciente que se extendió sobre nuestro país. De lenguaje claro y directo, calificaba de catastrófica la situación:

Y como yo pienso, y conmigo cuantos conocen por su mal las interioridades de la vida individual en nuestra patria, que las tres cuartas partes

79 Álvaro, Toni: *La revuelta de las mujeres. Barcelona 1918*. El Lokal. Barcelona, 2019.

de los españoles, por lo menos, se nutren de un modo insuficiente, se acuestan sin cenar, se comprende por qué decía yo -en frase cruda, lo confieso- que el 75 por 100 de los españoles muere de hambre; que el pan que comen cuatro millones de españoles se halla empapado en la sangre de los doce millones restantes».⁸⁰

Un día las vendedoras de La Boquería se levantaron agitadas; el día antes se habían acostado con el rumor según el cual iba a permitirse la venta directa de frutas y verduras por parte de campesinas que hasta ahora las vendían a los minoristas. Una representación se entrevistó con el alcalde; las visitantes le dijeron que esto provocaría un descalabro en sus propios negocios, que las campesinas jugarían con ventaja al no tener intermediarios. Era enero de 1919.

En realidad se trataba más de una legalización o regularización de una venta ya existente desde hacía muchos años que de abrir una nueva vía de negocios. Se habilitó un nuevo espacio para las *payesas*, que es el nombre de las verduleras situadas en la plaza de Sant Galdric, detrás del Palau de la Virreina. Desgraciadamente hoy es un testimonio residual de la historia de la presencia rural en el mercado, cuando constatamos que cien años después, la mayor parte de días no llegan a diez los puestos activos.

Ya hemos dicho que los mercados son un barómetro de la vida social, y no sólo porque es el lugar donde se habla de todo lo que ocurre y preocupa sino porque registran, como un sismógrafo las alteraciones de la vida pública.

Y ahora nos referimos al estruendo que conmovió a Barcelona y bastante más allá de sus alrededores: la huelga de la Canadiense, la principal fábrica de electricidad de la ciudad. Se desató en febrero de 1919 y duró 44 días; el motivo fue el despido de ocho trabajadores oficinistas de la empresa; enseguida se añadió el resto del personal. Además de dejar casas, fábricas y tranvías sin electricidad, la huelga se extendió a todos los ramos. Apenas había gas y por la noche las calles estaban a oscuras; la compañía de gas, aprovechando la situación logró permiso para subir el precio bajo la amenaza de cerrar la fábrica productora.

¿Y La Boquería? Los campesinos de El Prat y algunos de la costa dejaron de abastecer a Barcelona, los productos escasearon y los vendedores aprovecharon para subir los precios:

(...) Donde la agitación tomó mayores proporciones fue en los mercados de San Antonio, Santa Catalina y San José. En los referidos mer-

80 Pi i Suñer, Augusto: *El hambre de los pueblos*, Conferencia en la Academia de Medicina de Barcelona, el 29 de enero de 1922.

cados el público intentó saquear varios puestos. La actitud del público produjo gran alarma entre los vendedores. Estos, precipitadamente, procuraron poner á salvo las mercancías.

En el mercado de San José el escándalo que se produjo fue enorme.

Unos muchachos corrieron todo el mercado gritando: “¡Ya llegan los amotinados!”

Entre los vendedores se produjo por este motivo gran alarma y cerraron los puestos.

El público se amotinó. La mayoría prorrumpió en improperios contra los vendedores. Se produjo una gritería ensordecedora. Por el suelo rodaron crecido número de cestas de hortalizas. Parte del público se apoderó de algunos artículos de los que estaban a la venta. Fuerzas de la guardia civil y de seguridad penetraron en el mercado y, con su intervención, se consiguió calmar los ánimos. Con motivo de todos estos sucesos, se produjo gran alarma en los alrededores del mercado de San José. También un numeroso grupo intentó penetrar violentamente en el Mercado Central de pescado, sito en el Borne. La policía lo impidió. (LP., 4.3.1919)

De nuevo eran mujeres las protagonistas; que la comida y el plato estuvieran en la mesa era sagrado porque con ellos iban la salud y la vida. Gente bregada por mil luchas, además de la de todos los días. Hartas de corrupción, ya no se dejaban engañar más. A diferencia de los vendedores que veían en la competitividad del negocio la fuente de su bienestar, ellas se daban cuenta de que su éxito era la solidaridad.

De nuevo el pan se convirtió en un lujo por la falta de harina. Los panaderos fueron a visitar al gobernador civil, quien les prometió que ordenaría inmediatamente el transporte de harina desde Castilla y el bajo Aragón, a la vez que se ordenaron unas disposiciones que legalizaban algunas de las prácticas que ya se utilizaban desde hacía años, como añadir maíz y centeno a la harina de trigo.

La subida de precios y la corrupción era tan incesante como la pasividad del Ayuntamiento; el gobernador civil, el funesto general Martínez Anido, promotor de la ley de fugas, jugó a ser bueno y ordenó que se llevaran a cabo, de forma simultánea, inspecciones en los mercados que haría la propia policía y la guardia civil. La Boquería fue el mercado estrella donde se encontraron cientos de pesas que no hacían el peso que les correspondía: pesas de un kilo, escasamente alcanzaban los 950 gramos. Cuando después de las inspecciones de la guardia civil ésta marchó, se levantó un gran alboroto por

parte especialmente de los carniceros y pescaderas, quienes decían que las pesas les habían sido suministradas por la administración del mercado. Sólo en este mercado fueron denunciadas en el juzgado 59 puestos como ejecutores de delito de estafa; el total de las pesas encontradas con carencia de peso en todos los mercados pasaba de 600.

Mientras tanto, la Junta de Subsistencias promulgó un edicto dirigido a los almacenistas de pescado salado para que hicieran una declaración jurada donde constara las cantidades de existencias que tenían guardadas. A primera vista, esto era comprometido y delicado porque la Junta se reservaba el derecho de comprobar la verdad de la declaración; los 16 almacenes de pesca salada más importantes de Barcelona eran propiedad de los seis principales mayoristas de la ciudad; manifestaron que tenían reunidas 2.250 cajas o cascos de sardinas, saladas y prensadas, que hacían un total de nueve millones y medio de esos pescados; 200.250 kilogramos de bacalao seco; 22.880 kilogramos de lubina; 135.000 piezas de caballa y 760 kilogramos de lenguas. Naturalmente, no cabe preguntarse la cantidad de pescado que podía estar escondido en otros lugares, fuera de los propios almacenes declarados porque el negocio del acaparamiento era muy lucrativo: comprar cuando los precios eran bajos para vender cuando los productos escasearan. Enriquecerse, empobreciendo.

En este sentido entenderemos la afirmación de Proudhon cuando afirmó: "La propiedad es un robo"

* * *

Durante el mismo año 1919, se produjo otro problema de grandes dimensiones. Los vendedores de pescado de la mayoría de los mercados, por unas razones que no hemos podido aclarar con evidencias, pero que nos llevan a pensar que fueron para defender sus intereses, decidieron no comprar más pescado a dos de los principales suministradores de la ciudad; los vendedores, más adelante, añadieron a la lista a varios mayoristas más. Como respuesta, los boicoteados constituyeron una poderosa entidad bautizada con el nombre de *Sociedad Anónima de Consignatarios de Pescado*, y como primera acción pidieron al Ayuntamiento permiso para utilizar los puestos vacíos de los mercados para vender pescado, y a buen precio. El Ayuntamiento, incauto, o quizá conchabado con los mandamases, accedió, desatándose una lucha que, por ejemplo en el mercado del Born, acabó con armas de fuego

cuando dos de los acaparadores, al ver cómo se les acercaban los vendedores, sacaron las pistolas y dispararon. La policía se llevó detenidos a los dos autores, llamados señores Xampeny y Maturano, acusados de ser los autores de estos disparos. Curiosamente, la prensa trataba de señores, a los acaparadores, nunca lo hacía ni con los titulares de los puestos ni con el público.

En 1921, el Born dejó de ser mercado de barrio para pasar a ser el Mercado Central de frutas y verduras. En adelante las hileras de carros –y algún camión– que se habían dirigido hacia los distintos mercados para descargar sus géneros, lo harían subiendo hacia el Born. Años después, cuando en 1971 se inauguró Mercabarna en la Zona Franca, el Born cerró, dejando atrás el papel mercantil de haber nutrido durante noventa y cinco años a la mayor parte de la ciudad.

Esta decisión fue muy discutida y criticada en esos momentos y después durante años porque supuso la supresión de la venta directa de campesinos a los vendedores y la creación de intermediarios mayoristas con la subida de precios en beneficio de los nuevos asentadores del Born: pensamos en muchos de los nuevos puestos de trabajo que hoy se crean, en realidad falsos nuevos puestos como servicios a domicilio, paquetería, aplicaciones que muchas favorecen la disminución de esfuerzo, encarecimiento, aumento de la tasa de beneficios del capital y precarización, aún más, del trabajo asalariado.

Y para hacernos cargo cómo y de qué manera La Boquería era un espacio en el que había dimensiones que iban más allá de la alimentación y el dinero, he aquí una trágica noticia:

Los crímenes pasionales. Barcelona.–Enriqueta Badía, de treinta años, soltera, cuestionó con su novio, Luis Pérez, de veinticuatro años, soltero, pintor, por cuestión de celos, en el mercado de la Boquería, donde Pérez estaba pintando un puesto. Enriqueta, en el paroxismo del furor, le dio una puñalada en el pecho, matándole. Después intentó suicidarse, produciéndose una herida grave. Ha confesado que llevaba intención de matarle, y que horas antes había comprado un cuchillo. (LCE., 12.6.1920)

Y todavía:

Intento de atentado. Ha sido denunciado al juzgado Antonio Cristiá, dependiente de la barraca número 64 del mercado de San José, por haber propuesto a un individuo que atentara contra Pascual Verat, vendedor de dicho mercado. (LP., 17.2.1921)

* * *

No sabríamos decir si lo que más imperaba en las administraciones de La Boquería era dejadez o corrupción. En el solar de la Gardunya, detrás del mercado, había más de 200 vendedores que eran considerados ambulantes pero que pagaban una pequeña cantidad al mercado para poder vender; algunos llevaban 35 años, y nunca habían sido reconocidos como permanentes, y estaban a la intemperie, sin ningún toldo, mostrador, ni protección. No quedaba claro el destino de su contribución económica. Cada año, muchos de ellos, presentaban la petición de tener un sitio reconocido, con los mismos derechos que tenían los demás tenderos. Esos y esas vendedoras muchas veces eran empujadas o atropelladas por la multitud de carros que pasaban con sus mercancías; no tenían ninguna vigilancia y los mayoristas y minoristas sentían y expresaban, hacia ellos, desprecio.

Después de muchas campañas, a finales de septiembre de 1921, a propuesta de la Comisión de Abastos, la Comisión municipal legalizó –eso sí, mediante el pago de 50 pesetas por los derechos– a los viejos aspirantes a pertenecer al gremio de los vendedores de La Boquería. (ED., 20.8.1926)

En La Boquería, la vida seguía manifestándose; y lo hacía desde su principio hasta el fin; el crecimiento de la vida de unos representaba el descenso de otros. Desde los mostradores se ingeniaban todo tipo de astucias y chanchullos para sacar el máximo de ganancias a cambio y a costa de los compradores. Hemos visto a los mayoristas, a los vendedores con puestos, a los vendedores legales que pagaban una cuota para poder vender en un punto asignado y a los vendedores ilegales que no pagaban nada a cambio de una persecución incesante.

Un día hubo un gran griterío, se había preparado, a demanda de los vendedores y vendedoras con puestos, una redada policial contra los niños y niñas que, como un hervidero, recorrían el entorno del mercado vendiendo verduras y hortalizas sin el permiso municipal adecuado. Como si se tratara de la caza de perros sin dueño por parte de la perrera municipal, fueron apresadas catorce criaturas y llevadas a la Comisaría municipal de Pobres. Uno de los niños de diez años y habitante en una barraca de Montjuïc tuvo una crisis de pánico tan grande que tuvo que ser llevado a un dispensario (ED., 8.8.1926). Esta era la competencia 'desleal', la que arruinaba tantos negocios y, sobre todo, tan mala imagen dejaba grabada en la mente y el corazón de los acomodados y de los visitantes. ¡Qué lejos estábamos y estamos todavía de distinguir caridad, altruismo, filantropía y ayudas sociales, de justicia!

Barcelona entraba en una turbulencia social que duraría muchos años. La huelga de La Canadiense que hemos citado antes había logrado la jornada de ocho horas; digamos que se le había arrancado a la patronal, que se sentía impotente para enderezar sus negocios. Pero los dueños ya habían pactado con el gobernador la creación de un sindicato llamado libre que se dedicaría a ejecutar, dónde fuera y cómo fuera, a los obreros más significativos: Francesc Layret, Salvador Seguí, Francesc Comas, Pau Sabater..., hasta 250 trabajadores asesinados en las calles. La CNT pasó a la acción directa matando matones a sueldo y miembros de la patronal. En 1923 Primo de Rivera dio un golpe de estado e instauró la dictadura. Y ésta como todas, ilegalizó todo lo que era perturbador para sus intereses.

A partir de ese momento la prensa cambia de color; en La Boquería todo va bien: se acaba la corrupción, pocos robos, entendimiento entre vendedores y dirección, ningún fraude en las balanzas y básculas, ya no hay acaparadores...

BARCELONA DE 1920 A 1936

En 1920, la ciudad tenía 705.000 habitantes; para suministrar los alimentos a esta población había diecinueve puntos de venta (entendemos mercados o grandes centros) que reunían 7.200 mostradores o puestos, de los que 600 eran de pescado fresco; todo ello, a la caja municipal le representaba un ingreso de dos millones de pesetas anuales.

Por primera vez encontramos quejas que hablan y expresan una supuesta decadencia de los mercados. Las críticas recaen en el Ayuntamiento por autorizar la apertura de multitud de tiendas de alimentación de todo tipo y por todos los barrios. Resaltaban de manera especial la gran cantidad de pescaderías que en poco tiempo habían conseguido licencia para trabajar.

La Boquería era el espacio que más sufría; estaba sobredimensionado por la modernidad de los nuevos espacios de venta que se habían abierto; recordemos que pocos años antes el mercado tenía más de 1.500 puestos entre todos los productos; a pesar de tener una estructura material muy sencilla, una higiene más que deficiente y unas condiciones de trabajo precarias como eran poca iluminación durante bastantes horas, falta de pavimento, goteras en las cubiertas, robos incesantes..., la mayor parte de los negocios, sin embargo, funcionaban. Ahora las cosas estaban cambiando. Tampoco iba

bien el antiguo solar del convento de Jerusalén, –hoy plaza de la Gardunya–, donde por un precio inferior al del mercado la gente había instalado un sencillo puesto de venta, muchas veces sin mesa; después tenían que pagar las mensualidades, pero en aquellos momentos pocos conseguían resistir, y al cabo de una breve temporada, abandonaban el sitio.

Antes de llegar al decenio de los años 20, el movimiento económico había sido incesante; ya hemos visto cómo el mercado nutría a la mayor parte de hoteles y restaurantes; y sobre todo, apenas había tiendas en los barrios, salvo vaquerías, hornos, almacenes de cereales y productos coloniales. Lo explica muy bien el siguiente comentario:

Son muchos los pobres desconocedores del estado de la Boquería que se engañan con lo limitado del alquiler y lo reducido del tipo de subasta y adquieren un puesto en aquel trozo. Una vez satisfechos los gastos de adquisición se ponen a vender y a los pocos días tienen que dejar el puesto que han adquirido por no vender nada, absolutamente nada, perdiendo con ello el poco dinero de que disponían. (ED., 20.8.1926)

Además, los gastos de los vendedores se habían ido incrementado cada año; en primer lugar había que amortizar lo pagado en la subasta para conseguir el puesto. Los vendedores de carnes y pescado debían pagar un canon para poder hacer uso de las cámaras frigoríficas que en La Boquería, por extraños intereses que nadie entendía pero todo el mundo sospechaba, eran privadas y por cierto muy caras; tan sólo diremos que en diez años el alquiler de un nicho, como lo llamaban por sus pequeñas dimensiones, había pasado de costar 30 pesetas mensuales a 40, dos años después a 50 y en ese momento estaba anunciada la subida a 70 pesetas. Todos los vendedores durante años reivindicaron la construcción de cámaras frigoríficas públicas en La Boquería como ya las tenían la mayoría de los otros mercados, pero como hemos dicho, los intereses iban por otro lado, y eso es así, porque el propietario de las cámaras privadas del mercado era el mismo a quien el municipio había escogido para que construyera las que debían ser las municipales; el hombre, durante muchos años se disculpó diciendo que no daba abasto y que el próximo año sería el definitivo para su construcción.

Lo que se estaba llevando a cabo era un proceso de liberalización de la economía de mercado con el dogmático enunciado que pregona que los mercados, cuanto más libres, mejor se regulan a sí mismos. El promotor e impulsor era Miquel Vidal Guardiola, jefe de finanzas del Ayuntamiento, colaborador de Francesc Cambó y más tarde miembro de la Liga Catalana. Empezaban a entrar en el consistorio mentalidades ilustradas de la econo-

mía liberal; y eso que estábamos en vísperas del Crack de 1929 que tanto hizo tambalear al mundo: el mercado mundial del capital, en vez de regularse por sí mismo, provocó una de las catástrofes del siglo XX.

Naturalmente, los que más tenían que pagar las culpas eran los de abajo, los vendedores ambulantes. De nuevo, la demagogia cargó contra ellos. Así lo enfocaba *El Diluvio*, el moderado portavoz republicano. Nos da la impresión de que la dictadura de aquellos años afectó, a la baja, la orientación reivindicativa y progresista del diario:

De unos años acá ésta crece [la venta ambulante] en proporciones verdaderamente escandalosas, muy particularmente alrededor y aun dentro de los mismos mercados públicos. Y esto no se puede dejar pasar sin la debida protesta. (...) Ella es un fermento de inmoralidad. Cría la holgazanería y hace que la alcahuetería tome nuevas formas.

Hay vendedoras ambulantes viejas y enfermizas que la miseria las lleva a ganarse un pedazo de pan de este modo. (...) Estas mujeres que venden por dentro de los mercados, además de atropellar al público con palabrería soez y con empujones violentos cuando se las persigue, hanse creído de tal manera ser libres de acción, que cuando un dependiente del mercado trata de llevarlas –cual es su obligación– a la Dirección del mercado, se resisten y alborotan de tal manera que continuamente dan lugar a escándalos depresivos y de tal naturaleza que resultan en desdoro del orden, del propio mercado y de la autoridad municipal. (ED., 8.10.1924)

En octubre de 1925 los periódicos comunicaban con cierta relevancia que el teniente alcalde de abastecimientos había multado a un pollero del mercado porque tenía pollos a la venta cuando de hecho sólo tenía licencia para vender gallinas. Los pollos le fueron incautados. Y otro diario explicaba que a una vendedora se le habían incautado tripas de carnero con el pretexto de que sólo podía despachar menudos de ternera. También sorprendía que de repente fuera noticia el maltrato o persecución de los gatos en mercados como Santa Caterina o La Boquería, en una sociedad donde en las escuelas se pegaba a los niños a diestro y siniestro, y para azuzar a las caballerías que arrastraban los carros se les azotaban o recibían una lluvia de palos. Durante aquellos años de la dictadura de Primo de Rivera hemos encontrado la imposición de multas sólo a los cazadores de gatos; nada del maltrato al resto de mamíferos; incluso los directores de esos mercados tuvieron entrevistas con los responsables de la Sociedad Protectora. Nunca con sindicalistas o público reivindicativo.

A finales de los años 20, quizás como un sondeo, empezó a correrse la voz que decía que se preparaba el traslado del mercado de La Boquería y

que se levantaría otro de nueva planta, moderno, con cámaras frigoríficas subterráneas y un gran espacio adjunto para la descarga de las mercancías. El nuevo emplazamiento sería en las inmediaciones de la iglesia de sant Pau del Camp. Parece que estas noticias tenían más interés especulativo, en la acepción económica, que en la urbanística. (ED., 5.7.1929)

* * *

Terminada la dictadura de Primo de Rivera, empezaron a renacer las esperanzas de una apertura de expresión y de modos de trabajar; los vendedores ambulantes, sector importante por su número y por el abaratamiento que suponía de la alimentación en un barrio como el Raval, así lo creyeron. Pero erraban, fueron asediados tanto o más que antes. Hasta que un día de junio de 1930, aquellos se presentaron de madrugada en el Mercado Central de Pescado, formando un gran escándalo y tumulto el cual impidió que las 655 cajas vendidas salieran hacia los mercados, dejando ese día a Barcelona sin este alimento; los comisionistas también se añadieron y todos fueron al Ayuntamiento en manifestación. El Alcalde les explicó, naturalmente, que esto no era cosa suya, que venía de Sanidad desde Madrid, y que trataría de arreglarlo, pero avisándoles que ya no se darían más licencias para la venta de pescado (LV., 26.6.1930).

La brecha abierta en el tránsito de las dictaduras de Primo a la de Berenguer hasta la República fue suficiente para que se prefiguraran acciones que pronto tomarían dimensiones colosales; algunos de estos hechos eran silenciados en Barcelona y conocidos en las provincias. En noviembre de 1930 la ciudad vivió grandes huelgas defendiendo la vida y el asociacionismo; los bomberos tuvieron que afrontar un enorme incendio –probablemente provocado por los portuarios que estaban en huelga– en los almacenes de carbón del puerto. Los huelguistas se interpusieron entre las montañas de carbón y los bomberos para que éstos no pudieran apagar el fuego, hasta que llegó la Guardia Civil que dispersó a tiros la resistencia humana. Unas horas después una multitud de huelguistas inundó La Boquería arrasando los mostradores y las mesas de venta; también la Guardia Civil entró disparando a diestro y siniestro. (EHM., 18.11.1930)⁸¹

81 *El Heraldo de Madrid*, 18 noviembre 1930.– Este periódico de la tarde apareció entre 1890 y 1939; durante varios años fue el portavoz del Partido Liberal, manteniendo su vertiente demócrata y anticlerical. En tiempos de la II República fue defensor de los partidos republicanos de ideario socialista; en 1934 fue clausurado durante un tiempo. En 1939 varios de sus redactores fueron condenados a muerte.

El Raval sufría hambre. Pero entre los que no la pasaban no todos lo veían de la misma manera, y para apaciguar el problema había diferentes formas de encararlo:

La Comisión organizadora de las carrozas de la cabalgata del mercado de San José, de acuerdo con la dirección del mismo ha destinado el importe de los premios obtenidos para repartir 1.500 bonos de un kilo de pan de primera calidad y otros 1.500 de medio kilo de arroz selecto entre personas menesterosas y con preferencia del distrito quinto. El reparto se efectuará en el propio mercado de San José el domingo, de once a una de la mañana, en el departamento denominado Garduña. (ED., 25.6.1930)

El jueves, 30 de abril de 1931, quince días después de proclamarse la Segunda República española y siendo la víspera del 1 de mayo, grupos de parados se encontraban, como todos los días, en la Plaza de Sant Jaume. Quizá por ser víspera de un día tan histórico como esperanzador, quizás porque el hambre exigía un pedazo de lo que por naturaleza le pertenecía, ese día había tensión. Un asistente, encaramado en una farola ante la Generalitat, explicó a los demás que de comida había de sobras; señaló el problema de los acaparadores y de los que morían hartos por comer demasiado, y que no permitirían que con la llegada de la República las cosas siguieran igual. Después subió otro y otro, cada vez con un mayor reclamo; las vacas, los caballos y los pájaros comían, sólo a ellos les era vetado el medio de poder alimentarse como era el trabajo. Pues bien, como los animales que buscan los alimentos allí donde lo hay, así lo harían ellos. Aquel hombre invitó al resto a seguirle hacia La Boquería, allí donde había víveres en abundancia; instó a no destruir nada y coger sólo lo necesario para cada uno y su familia.

A la una y cuarto un centenar de parados emprendió la marcha hacia el mercado seguido de muchos mirones; esto hizo que la marcha se pareciera a una manifestación notable. Llegados a la Rambla se dividieron en grupos, entrando por dos accesos distintos; sin preámbulos ni discusiones empezó el trabajo de abordar los puestos cercanos a las salidas cogiendo lo que más tenían a mano: longanizas, fuets, bacalao, garbanzos, arroz, manzanas y naranjas, botes de leche condensada, jamón dulce y salado, aceitunas, pasas, varias conservas... Ante los clamores y protestas de los vendedores decían que *ellos también tenían derecho a la vida*. El griterío en el mercado fue como el aviso de la llegada de un bombardeo o como si se hubiera prendido fuego a La Boquería.

A esa hora había pocos vigilantes en el mercado pero la policía ya había sido alertada por teléfono y la llegada de ésta coincidió con la salida de los reivindicadores prácticos; diez de ellos, con las mercancías a la vista que de lejos les delataban, fueron detenidos. Al día siguiente, el diario *La Vanguardia* decía que en el atestado de la policía figuraba que *Albino López, que es muy conocido por su actuación comunista, era el que capitaneaba el grupo que asaltó el mercado.*

Al día siguiente los afectados por la acción de los parados fueron a reunirse con el nuevo gobernador civil, Lluís Companys, quien se comprometió a tomar las medidas adecuadas para que no se repitieran este tipo de acciones:

(...) reprimiré con la energía necesaria esos desmanes. Lo ocurrido no tiene importancia más que por su significado y por la alarma que pueda causar; pero, repito que lo reprimiré sea como sea.

No se han producido incidentes en los momentos en que se carecía de libertades, y se promueven ahora, en momentos de libertad y democracia. (LV., 1.5.1931)

Una declaración que señalaba el contenido “descafeinado”, indeciso y en parte reaccionario de la nueva república; en los próximos años confirmarían que aquellos hombres líderes no serían capaces –ni querrían serlo porque seguramente afectaría a los intereses de la mayoría en el poder– de llevar a cabo una profunda reforma agrícola en una agricultura de caciques, ni de cortar el paso a una iglesia aliada con todo aquel que tuviera dinero y poder, ni escuchar a la inmensa mayoría de trabajadores que hablaban de tener el mismo protagonismo que los poderosos en los asuntos del país, tras siglos de opresión y miseria. Y menos aún querían poner fin y acabar con los mandos reaccionarios de un ejército que todo el mundo sabía que iba a conspirar hasta quedar plenamente satisfecho.

El asalto a La Boquería tuvo más repercusiones de las previsibles al ser tratado el discutido aprovisionamiento como un delito muy grave. Nada en la legalidad había cambiado y por tanto el asunto sería tratado con el máximo rigor. De nada serviría a la defensa la manifestación de los acusados que decían que había sido un acto de supervivencia, que eran hombres cabeza de familia sin trabajo pese a que lo buscaban y que no tenían ningún ingreso. Algunos estuvieron más de dos años en prisión; pero dos de los acusados, Francisco san Miguel y Emilio Maza, cuando llevaban cuatro y medio, fueron juzgados y absueltos. No pudo demostrarse ni siquiera que hubieran participado. Nada más sagrado que la propiedad privada. Y siempre el miedo, el miedo a que hechos

como aquél se volvieran a repetir, porque eso sí que ponía en peligro el sistema de acumulación de bienes superfluos. (ED., 6.12.1935)

Estamos de acuerdo en que es una leyenda increíble esa frase de que *la justicia es igual para todos*. ¿Es lo mismo tener un abogado de oficio que un equipo de los mejores juristas, que incluso hace que el tribunal lo mire todo con lupa? Bien, dos años y medio después del asalto a La Boquería por parte de aquel grupo de parados que había salido de la plaza de Sant Jaume, a petición de la defensa un tribunal decidió dejar en libertad provisional a tres de los detenidos *por creérseles complicados en el asalto del mercado de la Boquería*. ¿Qué pasaría, pues, con los acusados sobre los que existía la certeza de ser ellos quienes se habían llevado algún alimento que les era necesario? (LV., 8.12.1933)

Poco podía pensarse Companys que medio año después de aquel juicio y cinco años después de aquellos hechos, el 20 de julio del 36, siendo líder de Esquerra Republicana y presidente de la Generalitat, se encontraría con algunos de esos hombres, delincuentes, junto a otros dirigentes anarquistas, en el Palau de la Generalitat y como presidente les ofrecería el poder del gobierno catalán:

—Hoy sois los dueños de la ciudad y de Catalunya, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas [...] Pero la verdad es que, siempre habéis sido perseguidos duramente y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, aunque antes estuve con vosotros, después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. No puedo, pues, sabiendo cómo y quién sois, utilizar lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis y no me queréis como Presidente de Catalunya, decídmelo ahora...⁸²

El siguiente texto de un diario presentaba de forma envenenada y demagógica, el meollo del problema: la existencia de clases sociales antagónicas, y de paso con un toque al tema nacionalista:

Aquests mateixos “sin trabajo” són els que han anat al Ritz i al Colom, a berenar o a sopar. Són els mateixos que han anat un dia sí i un altre també a fer requisa a les parades de la Boqueria o a diversos establiments de la ciutat. I això no hi ha cap obrer, cap veritable obrer sense feina i menys encara si és català, que sigui capaç de fer-ho. A la Generalitat ens van assegurar dies enrere, que una empresa d'obres demanà setenta obrers. Fou comunicat als “sin trabajo”... i se'n van presentar tres. D'obres sense feina, innegablement, n'hi ha un nombre important a la nostra ciutat. Díficilment però, en trobareu cap entre aquest

82 Abel Paz: *19 de juliol del “36” a Barcelona*. Editorial Hacer, Barcelona, 1988

grup ambulant que passeja la misèria pels carrers de Barcelona i que es presenta als restaurants de mes luxe a fer consumició. (LP., 10.7.1931)

Se hace difícil en nuestro imaginario entender la agitación social que vivía Barcelona en esos años; los anarquistas y grupos radicales tenían clara la convicción de que las palabras, reuniones y pactos no llevaban a ninguna parte. El último domingo de septiembre de 1931, grupos de trabajadores distribuyeron octavillas en La Boquería; llevaban un par de pancartas en las que exigían la liberación inmediata de los presos. Mucha gente les daba la razón y tomaba actitudes de apoyo a los manifestantes. La policía disolvió a los grupos considerando que el revuelo se estaba convirtiendo en un fuerte acto político crítico con la República. Por la tarde se volvieron a repetir los hechos; esta vez la guardia de asalto fue más dura. Apaleó, impuso multas y detuvo a un hombre que llevaba una bandera. (ED., 29.9.1931)

Progresivamente y ante tantas críticas venidas de las derechas y de la izquierda, los órganos republicanos situaron puntos de ayuda para la gente más desvalida; los parados, que por otra parte ya se había demostrado que eran un peligro para la propia República, recibían unos tiques para comer en estancias municipales. Como sea que la comida era *infecta y vomitiva*, según sus palabras, prepararon una numerosa incursión para tomar comida sana un día de abril de 1932. Era un año después de la incursión que hemos narrado antes. Pero la noticia llegó a la policía, y ésta mantuvo el mercado cercado durante días.

Los conflictos sociales no van separados de los dramas personales; en ocasiones los primeros son la suma de los individuales; otros, a veces también; los primeros, desencadenan tragedias en las personas. En septiembre de 1932 una mujer de 63 años, anónima, decidió poner el punto final a la suma de más años, y dejar atrás su vida en pleno mercado haciéndose profundos cortes en el cuello con un cuchillo de cocina. (ED., 2.9.1932)

Pasados dos años, una tocinería de La Boquería tenía por dueño a un tal Joan Robert, de 28 años; éste, junto con su dependiente Cosme Viada, de 19, estaban despachando a la clientela. De repente, sin que nadie hubiera percibido ninguna palabra ni gesto, los dos hombres se encararon enarbolando inmensos cuchillos. El combate duró un par o tres de segundos, cayendo al suelo mortalmente estocados y apuñalados los dos adversarios. El dependiente murió al cabo de un par de días y el dueño al cabo de una semana (LV., 13.1.1935).

A principios de enero de 1933 el mercado fue el escenario de otra batalla sangrienta. Un grupo de militantes intentó asaltar el cuartel de las Drassanes; la fuerte presencia policial en sus alrededores y militar en su interior lo impidió. Muchos tiroteos en el Clot, las Ramblas, Estación de Francia, en las calles del Migdia, Nou de la Rambla, plaza de Catalunya, un intento de volar la jefatura de Policía de la Via Laietana y apoderarse del Palacio de Justicia y del cuartel de san Agustín, bombas, varios muertos, muchas detenciones... Se trataba de demostrar la fuerza de la CNT, manifestando que estaba dispuesta a acabar con el poder. Uno de los grupos combatientes, bien nutrido de armas, afrontó a la policía en el interior de La Boquería. El tiroteo dejó vacía la plaza; mientras tanto, desde un coche que bajaba por la Rambla una bomba fue lanzada en el Palau de la Virreina.

Hay que tener un gran convencimiento para actuar de ese modo; o menos convencimiento pero mucha rabia, o una mezcla de ambas cosas con una gran dosis de esperanza según la cual ese tramo es el de la recta final, y hay que ir a por todo y a por todas; se trataba de un largo proceso histórico, de siglos, en el que el pueblo o el estamento llano, –como denominan los historiadores a las masas sometidas– ha vivido en condiciones extremadamente precarias y ha sido el instrumento del crecimiento de fortunas y riquezas de minorías.

El 14 de febrero del mismo año y con pocas horas de diferencia, varios hechos importantes ocurrieron en nuestros mercados: a las cuatro de la madrugada entraba en el Born un camión cargado de verduras cuando y precisamente para ese día se había decretado huelga; se les dijo que se dieran la vuelta y se marcharan, pero el camionero y el ayudante se negaron; entonces un grupo formado por setenta u ochenta individuos, con bastones y otros utensilios se lanzó contra ellos. Los conductores salieron malparados.

Unas horas después, un vendedor ambulante estaba vendiendo sus productos dentro del mercado de san Antonio, se le acercó un mozo del mercado y le dijo que tenía que salir enseguida; el vendedor entonces sacó un cuchillo y se resistió, hasta que aparecieron unos guardias y se lo llevaron a la comisaría.

Y ya a las once, también unos mossos de La Boquería se dirigieron a un numeroso grupo de vendedores ambulantes que se había situado para vender en el lugar conocido como «Les Tripaires», viejo almacén cubierto y con un terrado, y que hasta 1911 como ya hemos visto fue ocupado por las pescateras; derribado el local en 1977, el espacio liberado pasó a denominarse Plaça de

Sant Galdric,⁸³ hoy lugar de venta de las payesas. Los nuevos ocupantes recién llegados dijeron que no se irían; curiosamente otros vendedores con puestos fijos apoyaron a los ambulantes; los mossos esperaron la llegada de refuerzos y se entró en combate cuando éstos llegaron al mercado. Hubo un puñado de heridos en ambos bandos, pero de detenidos solo en uno de los dos, como era ley desde hacía siglos. (LV., 14.2.1933)

La frecuencia de las huelgas generaba tantas inquietudes como esperanzas; en octubre de 1934 La Boquería hervía por ambas cosas. En ella, las mujeres se amotinaron porque los propietarios de las fondas y restaurantes trataban de hacerse con toda la comida, lo que revestía carácter de acaparamiento. Intervino la policía y no sabemos cómo terminó el asunto. En varias tiendas del centro de la población que tenían visos de abrir, fueron rotos los cristales y los dependientes salían y se añadían a las marchas de los huelguistas.⁸⁴

Los problemas de La Boquería se acentuaron. A partir de la conversión del Born en el Mercado Central de Frutas y Verduras, el número de puestos entre las campesinas de la Gardunya o plaza de Jerusalén, y los puestos de La Boquería, se había ido reduciendo. En 1929 dejaron sus plazas trescientas vendedoras de las dos mil que había entre las dos áreas, cuando el mercado había llegado al momento de plenitud. Pero nos consta que a finales de 1935 había mil seiscientos treinta puestos, de los que doscientos estaban vacíos en el mercado propiamente y un número mayor en la Gardunya. (LP., 24.11.1935)

Joan Pich i Pon fue alcalde de Barcelona entre enero y octubre de 1935; nunca se aclaró cómo pasó de ser un sencillo electricista a llegar a tener muchísimo dinero. Se hizo popular por sus pifias cuando hablaba. Por ejemplo, dijo que *el peor tirano de la historia fue el Tirano de Bergerac*; en una inauguración y ante el rey Alfonso XIII: *Majestad, ante sus pies la ubre* [urbe]; en otra ocasión, hablando de la República expresó que su proclamación fue una jornada *sin infusión de sangre*. El caso es que Pich i Pon apostó por el traslado del mercado porque esto, decía el alcalde con un argumento ridículo para entonces, *descongestionaría las Ramblas de coches*. (ED., 21.2.1935)

83 Sant Galdric es el patrón de los payeses catalanes. Se cuenta que él mismo y dos hermanos suyos trabajaban el campo de otro campesino que se hallaba impedido físicamente.

84 *La Veu de Catalunya*, 9 octubre 1934. – Fundado por Prat de a Riba en el año 1899, se editó en Barcelona hasta 1937; tenía dos ediciones diarias. Fue portavoz del programa ideológico y político de la Lliga Regionalista. De línea conservadora, fue sostenido por la burguesía del país. Era un periódico moderno; defendía la autonomía, la normalidad del uso público de la lengua y la escuela catalana.

Barcelona en 1936 tenía un millón de habitantes; una ciudad media entre las grandes ciudades de Europa; por las calles transitaban una serie de personas que eran conocidas por todos por haberse hecho populares; una característica, era que hacían mucha vida en la calle, algunas porque carecían de domicilio; otras, porque eran personas bastante solitarias, quizá por la condición de marginalidad en la que vivían. En los alrededores de La Boquería había uno conocido como *l'home dels gossos* [el hombre de los perros], porque siempre iba acompañado de un grupo de esos animales; nos lo dibuja un periodista que le entrevistó y del que extraemos un fragmento:

(...) Está ya frente a nosotros, y podemos examinarle a nuestro sabor. Viste un traje de pana increíblemente grasiento, bajo el cual se adivina un profuso arsenal de prendas superpuestas. Es bajo, robusto, y entre su intrincada barba de patriarca florece continuamente una sonrisa. Aunque en un principio nos ha recibido hurañamente, pronto se ha amansado, y ahora su habla fluida y pintoresca hace desfilar ante nosotros la historia de su accidentada vida. El escenario de la conversación es el mercado de la Boquería, bullicioso y vocinglero de día; pero que ahora –las doce de la noche– está completamente desierto. El hombre de los perros se ha refugiado allí porque unas vecinas compasivas se han comprometido a proporcionarle víveres para su perrada.⁸⁵

Se puede tener casa y vivir al margen de los otros. Pasar años viviendo físicamente en sociedad pero sin formar parte de ella, te hace ser un extraño. Nuestro mercado era uno de los sitios donde estos personajes se paseaban a menudo, allí había vendedores que discretamente les obsequiaban con productos de los que vendían, porque la mayor parte de ellos eran personas solitarias y pasaban necesidades como «La Monyos» que recorría la ciudad de una parte a otra durante todo el día. Profundas arrugas cruzaban su cara y su mirada era triste, se decía que había padecido mucho y que perdió a una hija cuando ésta era muy joven. Otro de estos personajes era el «Noi de Tona»; vivía solo, no tenía nada, pero nunca le faltaba lo que necesitaba; la gente no lo entendía y el «Noi» recitaba: *A mi me llaman el tonto, / el tonto de mi lugar; / Otros viven trabajando / yo vivo sin trabajar*. Estaba también uno llamado el «Girona pobre», lo llamaban así para diferenciarlo de Manuel

85 *Mundo Gráfico*, 8 gener 1936 – Fue un semanario fotoperiodístico muy popular, activo y costumbrista; abarcaba los deportes, espectáculos, presentaba a los actores y actrices del momento, así como la política nacional e internacional, los hechos del día así como publicidad. La fotografía ocupaba el 75% de la revista; tuvo una tirada de 135.000 ejemplares. Le alcanzó, también, la censura de Primo de Rivera.

Girona uno de los industriales y financieros mas ricos de Barcelona. En el aspecto físico los dos se parecían bastante. Nuestro «pobre Girona» era muy buen conversador, culto y amable. Había sido tipógrafo hasta que se cansó y decidió disfrutar de la vida paseando y dando conversación a quien quisiera escucharlo. El ciego «Antonet el del violín» era otra persona entrañable que tocaba su instrumento por algunos cafés y locales de fiestas como La Paloma; bajito con la nariz respingona, siempre llevaba gorra y era apreciado e incluso querido por mucha gente. Su falta de visión y su simpatía hacía que siempre encontrara personas que le ayudaran. Y podríamos seguir con el «Pere Bufa», el «Pallofa», la «Marieta enfarinada», el «Carracuca», el «Magarrinyes» y otros. La Rambla era la casa de estos personajes y La Boquería la despensa de algunos de ellos.

Quizás para distraer al personal, o como un intento para que se hablara de cuestiones inocuas, volvió el tema del traslado del mercado de La Boquería; se decía que una de las necesidades del cambio era su saneamiento, sobre todo humano, porque la plaza se había convertido en refugio de malhechores, vendedores ambulantes y últimamente de pistoleros; ahora el futuro lugar de preferencia era la calle Tallers, donde había existido el convento de los frailes Paüles, después una fábrica de tabacos y durante esos años se transformó en el Hospital militar. Éste empezaba en la calle Valldonzella y enlazaba con la actual plaza de Castilla. Como había pasado en los años 20 el cambio de ubicación del mercado no fue más allá de las intenciones de algunos, vete a saber si con intereses ocultos...

* * *

Un cronista, después de haberse entrevistado con un responsable del Negociado de Estadística del Ayuntamiento, escribió un artículo presentado a finales de 1935 versado sobre los mercados y la alimentación en Barcelona. (LV., 16.2.1935). En el mismo comentaba las diferencias entre los mercados de la ciudad; en primer lugar señalaba que La Boquería y Santa Caterina eran los más importantes, no sólo por su tamaño sino también por la gran cantidad y variedad de productos. Ahora bien, decía que el de Santa Caterina era el más genuino, el más tradicional y el que se ajustaba más a las necesidades de la gente del barrio, el que conservaba su antigua esencia. En cambio definía a los de Gràcia como una realidad híbrida y encontraba la explicación en que era un barrio donde vivían muchos alemanes; una carnicera del mercado comentaba que en el último año había vendido el doble



"L'Antonet del violí"

de cerdo que el año anterior, añadiendo que a esos extranjeros les gustaba mucho el "lomillo". Lo cierto es que Barcelona, desde la llegada de Hitler al gobierno, iba siendo el nuevo domicilio de muchos germánicos.

De La Boquería decía que tenía el aire de ser despensa de la cocina internacional, que incluso podía encontrarse caviar, producto que tenía la particularidad de hacernos creer que nos gustaba. En cambio el de san Antonio era el mercado en el que más carne de caballo se despachaba: el 55% de la carne de este animal consumida en 1934 en la ciudad había salido de esos mostradores. En cuanto a las verduras y hortalizas, repartiendo los ciento dieciocho millones de kilogramos vendidos entre el número de habitantes, concluye que cada ciudadano había consumido algo más de 118 kilos durante ese año.

El autor afirmaba también que Barcelona tenía más apego a la carne que al pescado, a pesar de que cuando un comprador o visitante entraba en un mercado, el griterío de los pescaderos y pescaderas era estridente y animador, nada que ver con la discreción de los carniceros. El pescado más anunciado era la morralla, la boga, la sardina y también los langostinos. Ahora bien, de las veinticuatro toneladas vendidas ese año en Barcelona, el pescado que más salida había tenido era la merluza y la pescadilla, con nueve toneladas y media, seguido de la sardina y el boquerón. No sabemos nada de la pesca salada que seguro era importante.

Contaba que la gente iba cambiando la preferencia por la sandía en pro del melón; entre unos y otros, ese año se habían consumido diez millones de unida-

des, lo que tocaba a diez por cabeza. La piña americana iba ganando posiciones pese a ser una fruta cara, prohibitiva para la mayoría. También el coco cada vez llegaba a más paladares si bien en su mayor parte dedicado a la pastelería. También tocaba el tema de las castañas y las castañeras; en 1930 había ciento veinticinco barraquitas con sus castañeras por las calles y el autor explica que cuando escribió el texto, éstas se habían reducido a la mitad en cuatro años.

Más allá del artículo, en abril del mismo año La Boquería sacaba a subasta la construcción de cuarenta y cuatro puestos destinados a la venta de despojos; esto nos indica que estos productos, que constituían un plato fuerte, eran de los más baratos y por tanto tenían un consumo muy elevado. (ED., 27.4.1935)

GUERRA Y REVOLUCIÓN

Se desató la peor de las tormentas, el levantamiento fascista; ahora el intento era de transformar una sociedad que, sufriendo ya el oprobio del capitalismo, pasara a estar bajo la férula del fascismo. Y ésta fue la gota que hizo saltar la revolución social, la esperada durante décadas y siglos por los más escarncidos. Así, la mayor parte del mundo asalariado se levantó no solo contra el fascismo sino contra la reaccionaria república burguesa que tanto le había decepcionado como traicionado. Era la revolución dentro de la guerra.

¿Cómo se vivió en los mercados, especialmente en La Boquería, aquellos hechos sobre todo en los primeros días? ¿Cómo actuaron los mercados en el suministro de alimentos a una población que enseguida sintió los efectos de la guerra?

La lógica alegría y legítimo entusiasmo de aquellas primeras horas estaba amenazada por una montaña de dificultades, unas más allá de las nuevas fronteras geográficas creadas, pero otras, más inmediatas y en casa. Porque también hubo miserables, pobres, malos y mezquinos que sintieron suya la victoria, a pesar de que no todos hubieran salido a la calle; esos, como mucha otra gente, lo hicieron cuando pasó el peligro y supieron quiénes eran los ganadores. En esas condiciones no debería ser extraño que algunas tiendas de comestibles y estancos fueran asaltadas con una mezcla de sentimientos que oscilaban entre la revancha y la necesidad.

Desde La Boquería nos explicaban que un trabajador que iba con un fusil le enseñó un papel a una carnicera del mercado donde se decía que debía

darle unas cantidades de carne. La vendedora entregó a continuación lo que le pedía; este hecho se repitió varias veces en distintos puestos.

Se constituyeron desde los primeros días comités de abastecimiento para que no se cortara la cadena de suministros en la ciudad; cinco días después de la victoria del mundo obrero, aquellos comités llamaron a los campesinos de los alrededores para que no dejaran de llevar sus artículos al Mercado Central del Born; también la Unió de Rabassaires se mostró favorable y garantizó el libre paso de sus afiliados hasta los mercados y la venta de sus productos (LV., 24.7.1836).

El viernes por la tarde, día 24 de julio, el consejero de abastecimientos junto a una comisión de abastecedores de ternera fue a Girona para concertar el envío de un tren cargado de esos animales para proveer a los mercados de Barcelona. En cuanto a la carne de cordero, parece que no había escasez. Al día siguiente, la oficina de Estadística emitió una nota haciendo saber que los almacenes de mayoristas estaban bien nutridos de alimentos como para no temer ninguna escasez en las próximas semanas.

Nada como la amenaza de falta de alimentos y la posibilidad de una guerra, aterrorizan y siembran el pánico en una sociedad: ahora las dos cosas eran reales; este pánico penetraba y se apoderaba de las conciencias.

El desembarco de pescado en el puerto había caído por la nueva situación política y geográfica de la costa; prácticamente sólo llegaba el alimento que era recogido en el litoral catalán; el Consejero de la Generalitat manifestó que había llegado a un acuerdo con los patronos de los pesqueros de Donostia para hacer llegar pesca fresca a Barcelona (LV., 2.8.1936). Por desgracia esto sirvió de poco al caer en manos franquistas aquella ciudad y el norte vasco durante septiembre del mismo año.

El 16 de agosto el Comité Central de Abastecimientos hacía un llamamiento a la moderación, ya que en muchos casos consideraba un auténtico abuso, la retirada de carnes del matadero para abastecer a «las entidades antifascistas»; el Comité decía que para un solo día había salido carne para 81.420 personas; esto aparte de las 16.100 raciones que se consumían en los comedores populares y cantinas de la ciudad. Y todavía había que añadir, decía el Comité, todos los alimentos que eran enviados para sostener las columnas del frente de Aragón; estos alimentos eran depositados en los almacenes de Lleida, Monsó, y Casp. La escasez de alimentos básicos en la ciudad empezaba a acentuarse y llegaría a ser una pesadilla. En este sentido,

refiriéndonos a la supervivencia, el mundo rural tenía más recursos que la ciudad.

En aquella grave situación, surgieron muchos espabilados y aprovechados:

Consignas del Comité de Abastos: Habiendo algunos desaprensivos hacerse pasar por delegados nuestros, advertimos a las autoridades y organismos antifascistas, que nuestros delegados llevan siempre credenciales de delegados, y que los que llevan autorizaciones lo son únicamente para dedicarse a su comercio o al transporte de víveres, sin ninguna misión encargada por nosotros.

Volvemos a repetir que el Comité de Abastos no hace requisas ni incautaciones, sino que compra con pedidos impresos, autorizados con el sello del Comité Central, si se trata del ramo de alimentación o bien de la sección de Ropas y Herramientas del Comité, si se trata de otros géneros.⁸⁶

Los vendedores de los mercados, los de buena fe, no lo pasaban bien, les costaba encontrar alimentos que pudieran vender a precios razonables. Veían la situación de necesidad en la que se encontraba su clientela fiel y a veces no podían servirla, mientras otros dueños no tenían escrúpulos al acaparar para vender cuando fuera el momento más lucrativo. Porque una revolución es posible si se cree; entonces había condiciones para creer en ella, pero esto no sería posible con un exceso de intereses personales y poca generosidad.

Abastos. Disposición para los vendedores de los mercados contra los aprovechados. Enterado el consejero de Abastos, de que en el mercado de la Boquería se han presentado unos pretendidos agentes de un Comité de Defensa, imponiendo e incluso cobrando multas a diversos vendedores, hace presente a todos los vendedores en general que el único organismo autorizado para imponer y para cobrar multas en los mercados es el Ayuntamiento de la ciudad, por lo que serán detenidos y puestos a disposición de los Tribunales Populares los elementos que quieran sorprender de esta manera la buena fe de los vendedores. (ED. 20.12.1936)

86 *Solidaridad Obrera*, 7 agosto 1936.— El principal periódico del sindicalismo anarquista español. Apareció en Barcelona en octubre de 1907. A partir de 1911, constituida la «Confederación Nacional del Trabajo de España» (CNT), sería su portavoz a la vez que el órgano de la «Confederación Regional del Trabajo de Cataluña», en la que se había convertido el anterior sindicato «Solidaritat Obrera», que sería el más importante de este movimiento en España. Es el diario que más persecución gubernamental ha sufrido. Terminada la confrontación civil, prosiguió en la clandestinidad.

Associació de Carnissers de Barcelon
 Adscrita a la Federació d'Entitats Obreres d'Indústries de l'Escorxadó C.N.T. - A.I.T.
 Ronda Fermí Salvochea. (avalia Rda. St. Pere) 31, pral. - Telèfon 14846

VEDELLA

PREU DE VENDA

	PESSÈTES	
	EL QUILO	Els 400 gra
Ossos i Seu 0'80 Kg		
Carn amb os . . .	8'75	3'50
Mitjanes i carn sense os	14'75	5'90

Anuncio con los precios de la carne. Asociación de carniceros de Barcelona, 1937.

Esta cuestión fue empeorando de tal modo que el 14 de abril de 1937, a las siete de la mañana grupos de mujeres decidieron cerrar el mercado de Hostafrancs con los vendedores y vendedoras dentro; la Guardia de Asalto se presentó y lo impidió. También las mujeres asaltaron los mercados de la Torrassa, L'Hospitalet o Provençana, (antes Santa Eulalia), y Sans, donde a medida que avanzaba la manifestación de mujeres su número crecía; a su paso hacían cerrar también las tiendas de alimentos y paraban los tranvías, invitando a las mujeres que viajaban a que bajaran y se unieran. Sucedió lo mismo en la Barceloneta donde la marcha la encabezaba una mujer que iba enarbolando una pistola; la llegada de las Patrullas de Control reventó los propósitos. A las once y media una multitud se presentó en La Boquería, después en san Antonio, la Concepción, la Libertad de Gracia y el Clot. Tumbaban las mesas con sus productos y rompían balanzas. El elevado precio de los huevos era uno de los puntos más abucheados.

Al llegar a la plaza de España donde estaba el Comité de Defensa, un grupo subió para exigir a los delegados que se hicieran cumplir las reivindicaciones, pero les dijeron que no tenían competencias al respecto. Fueron al despacho del Alcalde, en la plaza de la República. Por la tarde, con pancartas, se presentaron en la Generalitat donde fueron recibidas por el subsecretario de presidencia; éste las derivó a la Consejería de Abastos.

La forma en que todos esos representantes oficiales trataron a las mujeres fue despectiva y humillante, propia de políticos profesionales, todo lo contrario de lo que pretendía la revolución. Aquel día, la que hubiera podido ser una nueva sociedad sin dueños ni señores, recibió un fuerte batacazo: faltaban quince días para los Hechos de Mayo en los que el descalabro, con la traición de algunos partidos, se consumarían.

La prensa del día siguiente atacaba duramente a los vendedores diciendo que no había ninguna razón para la subida de las últimas semanas, que no eran productos de importación; los acaparadores eran los que más críticas se llevaban, calificándolos de traidores y contrarrevolucionarios. También se criticaba al gobierno de la República por seguir protegiendo el comercio libre. (SOLI., 15.4.1937)

Mientras ocurrían estas graves contrariedades que afectaban seriamente a los ánimos y a la fe en la revolución vemos como otra gente humilde, vituperada siempre por las clases acomodadas y las autoridades, contribuían con una cuestación abierta para recoger dinero y poder comprar armas. Se trataba de los vendedores ambulantes de pescado de La Boquería, que entre ellos habían recogido 245 pesetas. (LV., 11.3.1937)

Volviendo a La Boquería y en las vísperas de la sublevación de las mujeres, la Concejalía de Abastos, con la aprobación del Ayuntamiento, había fijado los siguientes precios: Huevos de Vilafranca, a 0,60 pesetas unidad; huevos del país, a 0,55 pesetas unidad; extranjeros: de Holanda y Bélgica, a 0,35 pesetas unidad; de Egipto, a 0,25 pesetas unidad. Ahora bien, encontrar huevos de Vilafranca o del país por menos de una peseta era muy difícil, con el precio tasado la respuesta era que no había.

Vemos cómo los huevos, un producto tan sencillo como nutritivo y efectivo para solucionar muchas comidas escaseaban, los había que venían de países lejanos en una época en la que los transportes eran muy costosos. Lo mismo ocurría con las judías secas provenientes de Bulgaria y Rumanía, o la carne de buey congelada que llegaba de Argentina.

Es cierto que a partir de la sublevación de las mujeres el control sobre los vendedores fue más estricto; los registros en los almacenes que guardaban productos acaparados, las multas y cierre de comercios fueron constantes. Por ejemplo y como tantos días, a mediados de diciembre de ese año, por la *Comisaría General de Policía fueron impuestas multas de 500 pesetas a los carniceros siguientes, por haberse descubierto que no expendían la totalidad de sus exis-*

tencias al público, sino que una buena parte de estas existencias las escondían en las cámaras frigoríficas, para venderlas después de escondido a precios superiores a la tasa (...) Cuatro de aquellos vendedores lo eran de La Boquería, así como una verdulera la que había escondido de las recibidas para la venta, 26 coles, debajo del mostrador, para venderlas en su domicilio a un precio abusivo.⁸⁷

Un bienpreciado por los niños era la leche condensada.

La distribución de la leche condensada para los niños menores de dos años se hace en Barcelona muy deficientemente, porque no se cumplen las instrucciones que tiene dada la Alcaldía. Esto ocurre en el mercado de la Boquería, donde se mezclan colas interminables las recetas de biberones y las de enfermos, y muchas semanas se quedan las recetas de biberones sin poder adquirir el producto que les corresponden.

¿Por qué no se toman cartas en el asunto, se resuelve este problema tan importante como es la alimentación de los niños? En Valencia, Madrid, etc., funcionan unos servicios de Puericultura que son una maravilla. En Barcelona debe haberlos también. Los millares de niños que hay en Cataluña lo exigen.⁸⁸

Sin embargo, el país seguía con una economía de guerra donde la prioridad eran los distintos frentes bélicos.

LA POSGUERRA: TRISTEZA Y AUSTERIDAD

Los años cuarenta fueron desastrosos. Una plaga bíblica cayó sobre el país; ahora empezaba una segunda guerra civil, más silenciosa, pero con mayor terror; muchos encarcelados, fusilados, exiliados..., y mucha hambre. Los primeros diez días fueron de demagogia, los franquistas se apoderaron de los depósitos de alimentos que los republicanos habían dejado, y desde varias esquinas de las calles distribuían comida a todo el que la iba a buscar. Naturalmente, el engaño se acabó:

87 *La Humanitat*, 15 diciembre 1937. – El periódico (1931-1939), fundado por Lluís Companys, fue el órgano de Esquerra Republica. Acabada la guerra, pasó al exilio.

88 *Frente Rojo*, 26 diciembre 1937. – Diario vespertino del Partido Comunista Español, editado al principio –febrero de 1937– en Valencia para trasladarse a los pocos meses a Barcelona. Representaba al PCE, muy próximo al ideario de Moscú. Dejó de publicarse en enero de 1939.

Aunque en principio nos deslumbraron con barras de pan blanco y abundancia de comida, pronto se normalizarían las cosas y volveríamos a tenerlo racionado casi todo.⁸⁹

La abundancia de tantos alimentos nos rehabilitaba. Venga litros de aceite, quilos de arroz, azúcar, leche condensada, chuscos, galletas y chocolate.⁹⁰

Para afrontar el desastre, el gobierno instituyó las llamadas *Cartillas de Racionamiento*, que eran de titularidad familiar, hasta que a partir de 1943 pasaron a ser individuales en un intento de poder controlar mejor los alimentos y la población. En su interior había unas páginas con una serie de cupones recortables; de aquellas hojas había unas destinadas a alimentos básicos, como *Pan, Arroz, Carne...*, y otras con el título de *Varios*. Había tres categorías de cartillas según el estatuto social de cada receptor que, en general, tenía derecho cada semana a 125 gramos de carne, 250 gramos de pan, 100 de arroz, 100 de legumbres, un corte de jabón y otros artículos de primera necesidad. Ahora bien, los militares, el clero y los adeptos que habían demostrado fidelidad al nuevo régimen tenían derecho a raciones mayores y a menudo acceso a productos de mejor calidad.

Vemos, por ejemplo, el 10 de agosto de 1941:

Delegación Provincial de Abastecimientos. Reparto de patatas. – El lunes día 11 de agosto, se distribuirán patatas en el distrito V y mercado de San José, a razón de dos kilos por ración, contra entrega, del cupón número 60 de “Varios” y al precio de una peseta el kilo. (LV., 10.8.1941)

Hoy, día 7 se distribuirá carne congelada en las tiendas y puestos de mercados que habitualmente expenden carne de ganado vacuno en esta capital. El expresado racionamiento se efectuará indistintamente en cualquier tienda o puesto de mercado, a razón de cien gramos por ración, contra entrega del cupón número 67 de “Varios” y a los precios siguientes: Carne sin hueso ni sebo: 17 Ptas, o sea a 1'70 pesetas la ración.

Sebo: 5'90 Ptas. o sea a 0'60 ptas. ración. Los industriales carniceros justificarán la venta en la forma que se determina a través del Gremio, debiendo estar a la vista del público la totalidad de la carne congelada y no pudiendo existir cantidad alguna debajo del mostrador. (LV., 7.8.1947)

89 Pastor, Ricardo: *Recuerdos infantiles de nuestra guerra*. Parsifal Ediciones, Barcelona, 1992. (Citado per Jaume Fabre a *Els que es van quedar: Barcelona, ciutat ocupada*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003).

90 Roura, Maria del Tura: *La meva història de la Guerra, a Olot*. Papers de l'Arxiu Casulà. Olot 1986. (Id. Jaume Fabre)

La calidad era mala, muy mala. Las judías secas debían expurgarse una a una, porque la mayoría estaban carcomidas; de no hacerlo así, al hervirlas las carcomas subían a la superficie, presentándose como una vianda nada deseable; las lentejas eran cercanas al reino mineral al encontrarse mezcladas con multitud de piedrecitas. ¿Y el pan? El pan de racionamiento era llamado pan negro o moreno, nada que ver con nuestro pan integral. El poco trigo que había, destinado para elaborar pan blanco, era vendido de estraperlo; era un bien prohibido. El pan moreno estaba hecho con harinas baratas de todo tipo, podía haber de garbanzos, de maíz, de habas, guijas, almorta, etc. A pesar de la mala calidad de los alimentos, en los mercados se formaban largas y apretadas colas de personas aspirantes a recibir los mínimos que les correspondían. A menudo estallaban fuertes discusiones sobre quién iba delante del otro, también había los que hacía dos colas a la vez que iban y venían de una a la otra; por cualquier cosa podían llegar a las manos. Entonces el gobierno desplegó en los mercados más conflictivos grupos de soldados que llevaban como vestimenta una especie de mono o rana de color caqui y lo más importante, iban equipados con porras. Y allí donde había griterío ellos ponían orden.

Además de la mala calidad de los alimentos, estaba la insuficiencia que proporcionaban las cartillas; por ejemplo, entre 1944 y 1950 Barcelona sólo pudo adquirir –con la cartilla– un 35% del aceite que consumía en 1936, un 20% del arroz, un 40% del azúcar y un 30% de las patatas. Los años con mayores dificultades alimentarias se produjeron entre el fin de la guerra y 1946.⁹¹

Sin vida cultural; con una iglesia también triunfante que invadía escuelas, centros de trabajo, asociaciones; siempre y por todas partes se encontraban las fotografías de Franco, a veces acompañada por otra de José Antonio o del papa Pío XII, que tanto había defendido al dictador, su causa y sus métodos de exterminio.

A partir de la imposición del nuevo régimen, La Boquería celebraba cada año el día de san José con una gran misa cantada en la vecina iglesia de san Agustín. Había corales, sermón, obsequios. Después, sardanas. El estado de embriaguez de los vencedores había hecho desaparecer cualquier forma de expresión cultural. La misma dirección de La Boquería encubría y reducía a la banalidad el estado de miseria humana:

91 Molinero, Carme – Ysàs, Pere: *Patria, justicia y pan. Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya. 1939-1951*. Edicions La Magrana, Barcelona, 1985.

Con motivo de la festividad de San José se ha celebrado en el Gran Price⁹² un baile de gala organizado por los vendedores del mercado de San José para proceder a la elección de la Reina del Mercado y su Corte de Honor. (LV., 21.3.1945)

En La Boquería se hablaba por lo bajito cuando se preguntaba por la familia porque la mayoría permanecían incompletas, con componentes en el extranjero o encarcelados o en los campos de concentración, otros ejecutados... Existía mucho miedo a tantos confidentes como había ya que podías tenerlos en la misma cola del mercado o paseando, pero siempre escuchando para delatar y hacer así méritos.

Para afrontar el problema de las subsistencias y los numerosos fraudes, el Estado creó un instrumento punitivo, la *Fiscalía Superior de Tasas*, la cual tenía por misión controlar el contrabando, el estraperlo, el acaparamiento, las estafas en las cantidades y cualidades, irregularidades en el racionamiento, etc. La Fiscalía era una pesadilla para todos los mercados y negocios relacionados con la alimentación; La Boquería, el más voluminoso de los mercados, recibía habitualmente la visita de los inspectores, y lo normal era el levantamiento de actas que acababan en multas importantes y confiscación de productos; también el cierre de comercios. Ignoramos cómo se hacía la elección de los lugares que se debían visitar así como la objetividad a la hora de castigar. Imposible de olvidar las grandiosas fortunas que se hicieron por parte de prohombres del régimen y por protegidos del mismo, mercadeando con víveres de primera necesidad.

Durante años escasea la documentación sobre nuestro mercado; en estas primeras décadas ni siquiera se le respeta su nombre popular, que la República había reconocido, el de La Boquería; el nombre que los militares anti-constitucionalistas le impusieron en 1840 de san José, ahora había regresado con otros militares tan o más represores que aquellos; sólo la memoria popular hizo que fuera inútil el propósito oficial. Y al de Santa Caterina, que durante la revolución había sido rebautizado con el de Mercat Nou, ahora se le devolvía la antigua titularidad. También el que durante aquellos años había sido llamado el mercado del Pedró volvería a llamarse de san Antonio.

92 El Gran Price era un local polivalente que había sido usado como sala de baile, circo, conferencias y mitines, boxeo y lucha, etc., y tenía capacidad para acoger a casi 5.000 personas. Estaba en el chaflán de las calles Floridablanca y Casanova. Adquirido por Núñez y Navarro, fue derribado en 1973.

En los primeros números de la *Gaceta Municipal de Barcelona* aparecidos después de la entrada de los nacionales en Barcelona figura la adjudicación, sin subasta, de puestos del Mercado de san José a familiares de personas que habían fallecido durante los últimos tiempos. Ni que decir tiene que eran familias del bando franquista:

- Traspasar a favor de Antonia Gili Cots y de María Gili Gili, haciéndoles gracia del retraso con que han presentado la petición, los puestos n.º 222 y 426, respectivamente, del Mercado de la Abacería Central, destinados a la venta de buey y ternera, de los que era concesionario el hoy difunto esposo y padre de las recurrentes Pedro Gili Roig, mediante el pago de 450 ptas. por cada puesto, sin el descuento del 20 por 100, como sanción por haber solicitado este traspaso fuera del plazo reglamentaria.⁹³
- Otorgar el traspaso a favor de Dolores Esquíus Colomé, menor de edad, del puesto n.º 812 del Mercado de San José, destinada a la venta de carnes de cerdo y cabrito, del que era concesionario su difunto padre, Luis Esquíus Puig, mediante el pago de la cantidad de 400 ptas. en concepto de derechos de permiso [...]. (GMB., 22.1.1940)
- Otorgar el traspaso, a favor de Josefa Doménech Pla, haciéndole gracia del retraso con que ha presentada la petición, del puesto n.º 36 del Mercado de San José, destinada a la venta de frutas y verduras, del que era concesionario su difunto esposo Juan Güell Ripoll. (GMB., 6.8.1940)

Franco en febrero de 1939 pidió ayuda urgente en forma de alimentos a su colega Mussolini, y éste, cinco meses después envió al puerto de Barcelona comida por valor de 5.400.062 pesetas a través de tres viajes del barco Barletta; asimismo también llegaron 375 toneladas de bacalao, valoradas en 843.750 pesetas. (GMB., 19.6.1939)

La escasez de alimentos era alarmante; la tuberculosis y las enfermedades consecuentes a la desnutrición se extendieron como una segunda maldición después de haberse llevado a cabo la *Pacificación Nacional* con todo tipo de armas.

La batalla de los vendedores de los mercados y de los tenderos contra los vendedores ambulantes continuaba, y ahora con el nuevo régimen todavía cobraba más fuerza. En los últimos años en Barcelona grupos de vendedores

⁹³ *Gaceta Municipal de Barcelona*, 9 octubre 1939.– Publicación oficial del Ayuntamiento. Su contenido es administrativo y contiene las disposiciones, acuerdos, actos, informaciones y anuncios que deben ser conocidos por los habitantes de la ciudad. Inició su publicación, de manera semanal, en setiembre de 1914.

ambulantes habían logrado formar algunos mercadillos y con algunas limitaciones, como pagar un arbitrio, habían sido reconocidos por las autoridades municipales; uno se había formado en la calle Sicília, entre Rosselló y Córcega; otro en el pasaje de Llivia, en el Guinardó; otro en el Dos de Maig, junto a la calle dels Enamorats, y el que queremos contar del Raval, situado al final del Portal de Santa Madrona, entre esta calle y el Paral·lel, también llamado Mercadillo de las Drassanes. Sin embargo, los nuevos titulares de los puestos de venta debían ser:

[...] víctimas del marxismo, familiares de Caídos o que hayan resultado inútiles en defensa de los postulados de la España Nacional, las personas ancianas o indigentes y las que antes del 18 de julio de 1936 se dedicaban a la venta ambulante en Mercadillos, siempre que justifiquen su adhesión al Glorioso Movimiento Nacional. (Gaceta Municipal de Barcelona, 16.9.1940)

Estos *mercadillos* podían vender pescado fresco, frutas y verduras, más otros productos autorizados por la *Tenencia de Alcaldía de Abastos*. El servicio de administración del mercadillo de las Drassanes correría a cargo del director del mercado de La Boquería. De esta forma los *mercadillos* pasaban a ser tutelados y controlados por los mercados oficiales, perdiendo su régimen autónomo. Y desde luego no tenía entrada quien había mostrado desafección al nuevo régimen.

El mercado de las Drassanes, de forma contraria a lo que muchos puedan pensar, se llegó a hacer famoso por la frescura y calidad de su pescado; de madrugada, en aquella amarga posguerra, los vendedores salían hacia el puerto, hacia Montgat o Badalona a esperar a las barcas que volvían del trabajo comenzado la noche anterior para comprar a buen precio su pescado. En una buena crónica del semanario *Destino* del año 1944, quedaba plasmada esta realidad, incluso diciendo que algunas de las familias burguesas de la ciudad de vez en cuando bajaban –o hacían bajar a alguien– al Barrio Chino para comprar de aquel pescado, alabando que las autoridades hubieran dado carta de reconocimiento a aquellas pescaderas. El mercado, a la intemperie, estaba adosado a la parte interna y opuesto a la vieja muralla del Paral·lel. (DE., 25.3.1944)

También, explicaba, como junto a las frutas y hortalizas, había otros puestos donde se podía comprar pasamanería, mecheros, ropa, utensilios de cocina, lápices, etc. Pero sus orígenes los encontramos cerca, por las calles Arc del Teatre, Cirés, Migdia y Cid que ya en los años treinta eran un en-

jambre de vendedores que poco a poco pasaron de ser ambulantes a sedentarios llenando y haciendo suyas aquellas calles.

Un poco más allá, en el Paral·lel, había un punto donde se reunían los vendedores de colillas de tabaco. El producto reciclado se vendía en forma de picadura y de nuevos cigarrillos, elaborados con el sobrante de las puntas encontradas en el suelo o recogidas en los ceniceros y terrazas de los bares y cafés.

Aquel mercado de las Drassanes tenía mucho éxito; las ventas crecían; se hizo con una clientela de amplia procedencia geográfica, por supuesto del Distrito V y del Raval, también del otro lado del Paral·lel, el bajo Poble Sec, así como de gente de la inmensa población chabolista que llenaba buena parte de Montjuïc .

Pero las autoridades, que no veían mal que cada día fueran ejecutadas personas en el Camp de la Bota, quería velar por la salud y la higiene de los mercados en bien de sus compradores, algunos de ellos posiblemente emparentados con alguno de los que cada mañana bajaban, por la fuerza, del castillo de Montjuïc o eran sacados de la Modelo para ser sacrificados. De modo que en diciembre de 1949, el Ayuntamiento decidía:

Destinar, a fin de eliminar el desagradable aspecto del mercadillo de Atarazanas, instalado en la calle de la Puerta de Santa Madrona, para emplazamiento del mismo, con carácter provisional, la mayor parte del almacén llamado del Marqués del Duero, que procedente del ramo de guerra pertenece al Ayuntamiento con fachada en la calle del Marqués del Duero, entre la de Carrera y el paseo de Colón. (GMB., 26.12.1949)

Para los comerciantes de La Boquería la noticia fue recibida con gran alegría; se terminaba la competencia. Todo para ellos. El nuevo mercado se construiría al lado opuesto del Raval, al comienzo del Paral·lel pero en el lado de Montjuïc; y se hizo por vía de urgencia, sin subasta de las obras sino por administración. El solar, aunque ocupado por los militares como almacén de obras, era de propiedad municipal. Sorprende la prisa, que rayaba en la precipitación, con que se construyó en una época de lentitud y burocracia, ya que se aprobó el presupuesto en febrero de 1950 y se construyó en pocos meses. Apuntamos que al franquismo no le gustaba la estética de la espontaneidad y las iniciativas surgidas desde abajo que era lo que definía al mercado de Drassanes.

En junio del mismo año abrían los puestos del nuevo mercado *Virgen del Carmen*; su inauguración fue un escaparate en el que se exhibió la escoria

del franquismo barcelonés. Pero las cosas no salieron como esperaban sus promotores. El Mercado del Carmen no tuvo la popularidad que tenía el *mercadillo* de las Drassanes, a pesar de que era limpio, ordenado y estaba cubierto e iluminado; quizás fue eso lo que no gustó a la clientela, porque la proximidad vendedora-compradora ya no era la misma, ahora ya no se regateaba, había balanzas nuevas y buena parte de los vendedores era gente desconocida. (GMB., 19.6.1950)

Además, en el Raval seguía la venta ambulante por sus calles porque el nuevo mercado estaba alejado del barrio por la discontinuidad y corte que ocasionaba el Paral·lel, y aunque fue una aproximación a los chabolistas de la montaña de Montjuïc y al Poble Sec, no tuvo la vida que tenía el viejo *mercadillo* de Drassanes. Pocos años después y constatando el fracaso, el municipio empezó a plantearse el regreso al Raval, muy cerca de donde había existido el espontáneo mercadillo, reconociendo así que éste había sido una realidad bien funcional. El primer mercado del Carme tuvo una duración de veintidós años.

El nuevo mercado que tendría el mismo nombre, fue construido entre las calles del Cid, Berenguer el Vell y el Arc del Teatre, en el corazón del llamado Barrio Chino y se estrenó el verano de 1972. Tenía unos trescientos puestos de venta de alimentos. Muy cerca habían existido la célebre sala de baile-cabaret *La Criolla* y la tasca *La Mina*.

Sin embargo, tampoco este emplazamiento fue exitoso; en los primeros años la mayoría de la potencial clientela seguía comprando a las residuales vendedoras ambulantes o iba a La Boquería. Por último, en noviembre de 2006 el mercado fue clausurado y derribado. Esta vez y en ese lugar, el mercado del Carme duró treinta y cuatro años. Ahora sí que La Boquería volvía a tener, como mercado, la exclusiva del Raval.

EN PLENA HAMBRUNA, IDEAS PERTURBADORAS

Volvemos ahora a finales de los años cuarenta: las autoridades, fieles a su condición quisieron hacer suyo uno de los distintivos del fascismo como era la ejecución de grandes obras que por su volumen y dimensiones dejaran boquiabiertos a los ciudadanos. De nuevo y por tercera vez se planteó la necesidad de cambiar el emplazamiento de La Boquería, precisamente en un momento de miseria económica, en el que tener pan era más que media

vida. La Comisión Municipal Permanente del Ayuntamiento, encargó a los Servicios Técnicos Municipales de Arquitectura el estudio de un lugar para levantar el nuevo mercado de san José y embellecer así los alrededores del Palau de la Virreina. Al poco tiempo se proponía la Nova Boqueria en la zona Ramalleras-Elisabets-Montalegre. Esto permitiría realizar la idea, expuesta ya en 1944, de liberar un inmenso espacio que serviría, además, para hacer un gran aparcamiento junto a las Ramblas, de gran utilidad durante la temporada del Liceu. (LV., 4.2.1944)

A partir de esta noticia, el traslado de La Boquería parecía que iba en serio. De nuevo empezó la campaña de desprestigio hacia el viejo mercado, tildándolo de arcaico, pasado de moda, sucio, oscuro, fangoso y antihigiénico; creían y querían hacerlo creer, que uno nuevo, al menos en los primeros tiempos sería limpio e higiénico y que aunque fuera por un corto plazo valdría la pena. Se llegaba a decir que la mayoría de barceloneses sentían y tenían antipatía a La Boquería, entre otras insensatas razones por su carencia de *ornato público*.

Los barceloneses miraban estos propósitos con escepticismo e ironía, eran demasiadas las veces que habían surgido estas pretensiones y para ellos las cosas ya estaban bien como estaban; por otra parte, ¿mejoraría esto las existencias y sus precios? Creían que ocurriría lo contrario, ya que alguien debería pagar tantas obras y tantos señores. Y quienes lo miraban con temor eran los que tenían puestos, se veían venir encima una gran cantidad de gastos y nuevos impuestos que no todos podrían afrontar.

Sin embargo, el tema se fue enfriando por falta de dinero, de entusiasmo y una oposición silenciosa. Pero no creamos que la cuestión quedó enterada porque los que no se sentían derrotados eran los fabricantes de ideas estafalarias. Y es que la sabiduría de los humanos ha sido inmensa, como inmensurable es su estulticia. Teniendo Barcelona un Barrio Gótico edificado un 80% durante los últimos setenta años, ahora surgía la propuesta de transformar una parte del barrio del Raval en barroco, aprovechando la Academia de Medicina —calle del Carme—, la Casa de la Convalecencia —calle del Carmen-Egipcíacas—, el templo de Belén y el Palacio de la Virreina; a éste se le haría una fachada trasera abarrocada, en la actual Plaza de Sant Galdric, y una vez *retiradas* las casas de la calle del Carme, lo mismo se haría con la parte de la Virreina descubierta: así, la barroca iglesia de Belén se reflejaría en el lateral barroco, flamante, del Palau de la Virreina.

Más aún: en aquellos momentos había el proyecto, ejecutado más adelante, de construir en la calle de las Egipcíacas la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se pedía, sin embargo, que esta nueva edificación guardara las líneas arquitectónicas del nuevo barrio y que algunos de estos edificios formasen el conjunto que debería acoger el nuevo Museo de Arte Moderno (LV., 14.11.1952). Y todo aquel desvarío, en medio de aquella pobreza humana.

No es ningún desacierto creer que el principal propósito de aquellas quimeras era el de desviar y distraer la atención de la gente que lo pasaba muy mal; al fin y al cabo, al gobierno no le había salido mal la operación conjunta que con la iglesia había llevado a cabo a través de la celebración del XXXV Congreso Eucarístico Internacional en Barcelona en mayo de 1952; fue una operación política de amplio espectro. Por primera vez, el gobierno, parapetado con la máscara de la iglesia, recibió a políticos de varios países del mundo; también llegaron muchos grupos de turistas peregrinos. Fueron los inicios de la salida del aislamiento internacional.

Aquellos proyectos tomaron más fuerza cuando el Ayuntamiento, en un Pleno del mes de noviembre de 1952 acordó la expropiación y derribo de tres fincas de la calle Jerusalén y dos de la calle Moreras, *afectadas por el proyecto de aparcamiento de coches en el patio del Mercado de San José*. (LV., 22.11.1952)

Las casas cayeron tres meses más tarde y las vendedoras afectadas que hacían uso de esos almacenes o puestos fueron trasladadas a otros mercados. Un bonito testimonio escrito nos lo dejó una vendedora afectada por los cambios, contando con el corazón roto sus impresiones de lo que sintió el último día de aquel septiembre de 1952 en La Boquería:

Para ella, era el último día de venta en la Boquería. Una despedida desoladora, en sintonía con la de las entrañas de una mujer para quien este mercado era parte inseparable no sólo de su vida, sino también de su carne. Tenía once años el día en que empezó a trabajar y, aquella tarde, con cuarenta y seis, un sábado de septiembre de 1952, sería el último.

El Ayuntamiento había decidido suprimir la Gardunya, la parte de la Boquería al otro lado de la calle Jerusalén, para hacer un parking. Habían repartido los vendedores por los demás mercados de la ciudad. A ella, le adjudicaron un espacio en el mercado de Sants:

—¡Señor, tan lejos! Y sin la clientela...

Carmeta, rasgada por dentro, tuvo que encararse como casi todos a lo lejos de su mundo ya un futuro incierto. La despedida de los clientes

y de las clientes fieles, uno a uno, fue como el pésame de un entierro sentido. Todo el mundo le deseó suerte.

Tocaron las siete de la tarde. Seguía lloviendo. El marido y el hijo, José, recogieron en cajas la fruta sobrante del día anterior y que el mal tiempo no les había permitido liquidar, y desmontaron la parada por última vez: maderas, capiteles, balanzas, pesos, canastillas y sobaquillos fueron guardados dentro de la única parte fija de la que disponían, de obra, al fondo. El lunes los hombres harían el traslado.

—Adelántate, Carmeta —le dijo el marido, queriendo ahorrarle el último momento...⁹⁴

A finales de 1952, la *Comisión Municipal Permanente* reanudó el viejo tema del traslado del mercado. ¡Era la cuarta vez! La manía o tozudez pervivía, ahora de manera más absurda que nunca teniendo en cuenta la gran cantidad de necesidades básicas que sufría la población en aquella larga posguerra; como quien no quiere la cosa, ahora la propuesta era más alocada todavía: para hacer sitio en el nuevo mercado se quería derribar todas las viviendas rodeadas por las calles de la Aurora, Robador, Beat Oriol y Sant Jeroni. Afortunadamente y una vez más, la cuestión se desvaneció como el humo.

Tres años más tarde y aprovechando el día de *San José Obrero* que por cierto nada tenía que ver con el día de los trabajadores, se inauguraba el aparcamiento de la plaza de la Gardunya. *Este aparcamiento reúne perfectas condiciones de pavimento, señales y luz y estará vigilado por un guardacoches*. La gente del Liceu ya podría dejar sus coches allí. (DE., 2.5.1955)

Un año después, en 1956, viendo que La Boquería no se movía de su sitio, volvían los defensores de la construcción en el Raval de un sector barroco; a la idea ya expuesta ahora se añadía el levantamiento de un gran edificio de varias plantas en medio del nuevo aparcamiento de la plaza de la Gardunya para ostentar la centralidad museística del nuevo barrio barroco, si bien *su porte exterior guardaría consonancia con el tono monumental de un sector urbano que se desea revalorizar y ennoblecer* (LV., 24.11.1956). El proyecto no especificaba si aquel barroco debía ser florido, churrigueresco o rococó. Por suerte, ya fuera por razones económicas, por posibles momentos de recobrar el sentido común o por temor a un grave conflicto con los vecinos afectados, todas aquellas pretensiones se desvanecieron.

94 Navarro i Abad, Àngela: *Històries de la Boqueria. Vivències d'una dona de mercat (1918-1952)*. Ed. entrecomes, Barcelona, 2013.

Es evidente que aquellos intereses no eran lo que preocupaba a la gente. Comer carne estaba al alcance de pocos; hubo gente que probó la de caballo, más económica; también la de ballena, que de forma intermitente llegaba al mercado. Antes de terminarse el año 1950 el Ayuntamiento igualaba los impuestos de la carne de ballena con los del caballo, *por cuanto, según informe técnico, puede asimilarse a la misma* [de caballo], *por ser carne de baja calidad* (GMB., 11.12.1950). Sabemos que la carne de ballena, comparándola con la de ternera, es más pobre en calorías, pero en cambio contiene muy poca grasa, nada de colesterol y más proteínas. Y la de caballo, mucho hierro y menos grasa que la de ternera.

En el primer trimestre de 1951 fueron sacrificados 2.784 caballos en el matadero de la ciudad, que hacían un total de 383.430 kilos, lo que representaba el 7% de todas las carnes, y su precio iba desde las 16 a las 23 pesetas el kilo según fuera de 3ª, 2ª o 1ª clase; en cambio, el precio de la carne de ternera en 1954 oscilaba entre las 25 y 35 pesetas el kilo. La de ballena se vendía a 13,30 pesetas el kilo en el único puesto de La Boquería en que se expendía; sus propietarios sugerían a la clientela cocinarla según una receta que encontraron en el semanario *Destino* y firmada por Juan Cabané.⁹⁵ La transcribimos tal y como apareció impresa, por lo que la memoria a menudo engaña:

Nos permitimos aconsejar a nuestros lectores que si alguna vez desean comer ballena, de los muchos tipos de preparación que podrían ocurrírseles, no hay ninguno que pueda aventajar al estofado, teniendo en cuenta el tamaño de la pieza y la longevidad que acostumbra alcanzar dicho animal; los tipos de cocción rápidas y sencillos no tienen aplicación en este caso; por lo tanto la “Ballena estofada” que damos seguidamente es la de mejor resultado.

BALLENA ESTOFADA (Proporción para dos personas)

Primera operación.— 200, gr. de carne de ballena, se ponen a cocer con poca agua por espacio de unas cuatro horas; en la olla en que verificaremos dicha cocción habremos puesto (todo en frío, además de la carne del cetáceo) un ramillete de hierbas, una cebolla, un par de zanahorias, sal y pimienta; se cuele el conjunto, obteniéndose un caldo o fumet sin vino, que servirá para mojar el estofado. La carne y los vegetales no son aprovechables ya, por haberseles extraído la substancia.

.....
95 Joan Cabané Felisart fue un destacado gastrónomo y maestro de la cocina.

Segunda operación.— Medio kilogramo de carne de ballena a trozos de unos 80 gramos, bien lavados, se colocan en una cacerola, con un octavo de litro de aceite, dos cucharadas de un buen vinagre y el caldo obtenido en la operación anterior; dos cabezas enteras de ajos, dos cebollas y un par de tomates, sal, pimiento en grano, blanco o negro, clavos de especia y unas hebras de azafrán. Se pone o cocer; cuando se comprende que la cocción está adelantada, puede añadirse patatas, guisantes o berenjenas, junto con un cuarto de litro de vino tinto espeso (Priorato). Treinta minutos después, el guiso estará a punto de degustarse. (DE., 20.6.1950)

En octubre de 1954, en el mercado de Santa Caterina, el tendero Joan Alern se dedicaba a la venta de ballena; pero como las cosas no le iban como él había imaginado, solicitó al Ayuntamiento poder dejar esta actividad para regresar a la anterior, la venta de carne vacuna. Y es que la carne de ballena en nuestro país no tuvo buena acogida, sencillamente no gustó, aunque los precios eran inferiores a las carnes tradicionales. El máximo consumo de la ballena se produjo a mediados de la década de los 50; en agosto de 1954 se vendieron 49.133 kilos de ballena en la ciudad frente a los 97.238 de carne de caballo. En 1957, el consumo de ballena alcanzó su máximo: 71.347 kilos contra los 2.239.737 de caballo. Durante los años sesenta, el consumo del animal más grande del planeta fue desapareciendo.

Dejaremos apuntada como nota estadística que en septiembre de 1955 en Barcelona había 23 mercados, aproximadamente uno por barrio. La Boquería en aquellos momentos tenía 1.468 puestos a los que había que añadir 20 bares.

Durante aquellos años La Boquería estaba vigilada por la llamada Policía Armada, *los grises*, la cual estaba representada en el mercado al menos por una pareja de guardias. Mientras duraban las ventas, siempre estaban presentes pero eso no era impedimento para que cada día hubiera hurtos pequeños y medianos, y de vez en cuando, grandes, como el cometido en la tocinería de Joan Baró, cuando por la noche del tres al cuatro de enero de 1955 se llevaron todos los jamones que había, que eran muchos.

Poco después, empezaron a aparecer los primeros turistas, que entonces quedaban simplemente clasificados con el nombre de *extranjeros*. En abril de 1956 y en una misma mañana, mientras caminaban boquiabiertos por los pasillos del mercado, un extranjero recibió el pellizco de 17.000 francos además de 400 pesetas, y otro, de 71.000 francos. A partir de estas fechas los extranjeros fueron objetivo preferente, eran gente fácil, confiada, que solía llevar en la cartera más billetes que la ciudadanía barcelonesa. El tema fue

aprovechado y explotado de inmediato por la clandestinidad; también *Radio Pirenaica* repetía una y otra vez que todo se debía a la miseria y el hambre que sufría la gente, la cual se veía obligada a expoliar a sus hermanos de Europa.

TRANSFORMACIÓN SOCIAL DE VALORES Y HÁBITOS

Hacia los últimos meses de 1954 se extendió la opinión de que el mercado de La Boquería estaba en decadencia, se decía que la causa principal era que las parejas jóvenes preferían más comprar en los colmados y tiendas de barrio que en el mercado. Y que el teléfono se había convertido en un enemigo mortal, porque haciendo una llamada a la tienda, al cabo de un rato tenías la compra en casa. También se añadía que La Boquería estaba avejentada y la mayoría de los puestos estaban caducos en tanto que las tiendas estaban limpias y daban gusto... Bien, creemos que no era eso lo que exactamente pasaba; la crisis de la posguerra no había terminado, los sueldos se mantenían muy bajos y la inflación empeoraba los precios de lo más básico como era la alimentación. En 1950 el país todavía no había alcanzado el nivel de producción de 1935, y precisamente hasta 1954 la renta media no consiguió superar la que había al inicio de la guerra, del 36. Y evidentemente, todavía tendríamos que ver cómo estaba distribuida esta renta, concentrada, como ahora, en manos privilegiadas. A pesar de ese pesimismo, a finales de 1955 La Boquería tenía todavía 1.468 puestos de artículos comestibles y 95 de otros no alimentarios.

Como fuera que esta situación tan difícil se prolongaba, el Ayuntamiento puso en marcha una experiencia bastante innovadora creando sesenta y siete puestos de venta de pescado fresco distribuidos por los mercados de la ciudad *con anulación total de intermediarios, de aquellas especies de pescado de mayor consumo*, correspondiendo cinco mostradores a La Boquería. Los vendedores podían ser armadores, pescadores, consignatarios, minoristas y por lo general cualquier persona que tuviera alguna actividad relacionada con la pesca. Sardinillas, jurel, bogas, boquerones, fanecas, caballa, mairas (bacalailas), bacalao fresco, besugo pancho y en general todas aquellas variedades cuyo precio no sobrepasara las diez pesetas el kilo. El 1 de octubre de 1959 empezó la venta del pescado en las nuevas condiciones, con gran expectación de los potenciales compradores y con el enfado de los pescaderos y pescaderas tradicionales.

El resultado fue el previsible, la calidad de ese pescado que parecía que debía ser la solución para tantas familias que iban justas de dinero, empezó a perder categoría; si alguien quería pescado fresco, de buena calidad, tenía que recurrir a las pescaderías de siempre y pagar más. Los trapicheos y la corrupción que engendran el dinero, más la persistente oposición del resto del gremio, pusieron fin a los propósitos de unos funcionarios que sobradamente podían saber lo que pasaría si primero no se hacían cambios radicales.

En los años sesenta se modernizan los intereses macroeconómicos; el liberalismo económico se iba abriendo paso y los grupos inversores crecían. Se acercaba la hora de los Núñez y Navarro, Nova Building y el despliegue de las Cajas y la Banca. Se proponía otra vez, pero ahora descaradamente, el traslado de la Boquería por motivaciones netamente especulativas:

El mercado de la Boquería será típico, pero estaría mejor abajo [Drassanes] y no allí lleno de callejones. Compañías constructoras pagarían cada año de mil a mil quinientas pesetas por metro cuadrado y dejarían verdaderos palacios a beneficio del Ayuntamiento a cierto número de años. Imagínese lo que recaudarían para escuelas técnicas. Lo que pagan hoy no es ni el 10 por 100 de lo que recaudaría, pues es imposible en estas casas tan feas pueda cobrarse más. Pienso en aquellos beneméritos catalanes que hicieron el Ensanche y la Exposición. ¿Es que se acabó esa raza, que no le tenía miedo a los privilegiados? (DE., 9.2.1963)

Por suerte La Boquería una vez más siguió en el mismo sitio. La progresiva modernización del capital venía en buena parte dada por la aceptación del sistema franquista por parte de Estados Unidos; después de haberse firmado los *Pactos de Madrid* empezó la instalación de cuatro bases americanas; llegó dinero, toneladas de leche en polvo, quesos y mucho material militar: España era una garantía contra el comunismo.

Los mercados recibían por primera vez la visita de políticos haciendo política con una pretendida apariencia de vida democrática; la ocupación de la alcaldía de Barcelona por parte de Josep M. Porcioles entre los años 1957 y 1973 confundió a mucha gente; sus visitas a La Boquería, saludando en catalán y dando la mano a vendedoras y compradores hicieron creer a algunos ingenuos que las cosas cambiaban. Son las típicas confusiones que han llevado a creer que las diferencias entre totalitarismo y nuestras democracias son abismales, de pensar que fascismo y capital nada tienen en común. También entraban en los mercados a ganar votos los candidatos por los tercios familiares que, según una ley franquista, los concejales de los ayuntamientos

serían elegidos de forma democrática, así como otro por el tercio sindical y otro por entidades de régimen corporativo.

En junio de 1970, los gremios del Sector de la Alimentación y los vendedores de los mercados de Barcelona rindieron homenaje al vicepresidente del Sindicato Provincial de Frutos y productos Hortícolas, señor Pedro Llorens Lorente, con motivo de haber recibido éste la *Cruz de Caballero de la Orden de Cisneros*. Se trataba de una distinción civil al mérito político que Franco concedía a quienes se había distinguido por los relevantes servicios prestados a España. A nosotros nos interesa más saber que la mayor parte de vendedores y buena parte del público comprador tuvieron una actitud que iba de la indiferencia al rechazo a ese acto, porque veían cómo los premiados y puestos como ejemplo eran quienes más habían robado. ¿Cómo era posible que aquel hombre, afiliado todavía a la CNT en 1948 de la que abominó y renegó para hacer política y enriquecerse, ex-trabajador mecánico y ex-empleado, hubiera llegado a ser el presidente de la poderosa Confederación de Comercio de Cataluña, recibiendo todas las condecoraciones y homenajes posibles por parte de Madrid y de la Generalitat? Fue un hombre de absoluta confianza del franquismo y del pujolismo. En su despacho colgaba un cuadro con las siguientes palabras: *Amaos como hermanos y mercadead como extraños*.

En verano de 1970 se produjo un aumento general del coste de la vida precisamente cuando los salarios estaban congelados y no podían crecer; los teléfonos subieron un 80% y los alquileres de pisos, aunque menos, también lo hicieron. En cuanto a los mercados, el pescado subió un 30% de media, y la docena de huevos pasó de 36 pesetas, a 44. Por fortuna, las carnes se mantenían. Éste era el temario de conversaciones en La Boquería; los pescaderos hacían pedagogía y explicaban: *Con tanto turismo, es inevitable la subida del pescado, porque esta gente viene a comer pescado*. Y mucha clientela contestaba: *¿Y nosotros qué culpa tenemos de esto?*

No olvidemos que aún ese mismo año de 1970, el 14% de la población del Raval vivía realquilada; de modo que alejados de los datos científicos, podemos decir que en cada dos viviendas vivían tres familias.

Sólo la desaparición del dictador en 1975 pudo desviar y cambiar un rato las conversaciones; alegría por parte de mucha gente; alguna, sin embargo, disimulaba su contrariedad por lo que debía haber pasado treinta y seis años antes. De todas formas, para el personal comprador del mercado lo que más contaba eran los precios de cada día, porque también la luz, el agua y el gas

durante 1977 volvieron a subir. Los índices de aumentos se aceleraban: el encarecimiento de la comida se producía ahora cada vez en menos tiempo; entre enero y agosto de ese año los tomates pasaron de 35 a 45 pesetas el kilo; las cebollas, de 13 a 30, las lechugas de 14 a 28; el pollo de 84 a 108... (DE., 11.8.1977). Vivir se hacía muy difícil, mejor deberíamos hablar de sobrevivir.

Con la muerte de Franco, nos preguntamos: ¿Cambiaron o hubo indicios de cambios en las relaciones sociales, en los mercados, en el uso del dinero, en la consideración del trabajo no como una maldita fuente de especulación sino como una actividad solidaria, igualitaria entre dirigentes y dirigidos? Políticos de la clandestinidad y del exilio aparecieron como setas, la mayoría presentándose como los mejores del país, quienes mejor harían la transición de un régimen teocrático y fascista hacia una democracia electoral pero dictatorial del capital. En los pactos que se firmaron entre el viejo Estado y los nuevos partidos fueron dejados de lado todos aquellos grupos nombrados autónomos, autogestionarios, libertarios, es decir, los que rechazaban la continuidad de un sistema social que descansara sobre la hegemonía de las minorías que económicamente gobernaban, gran parte de las cuales habían estado con Franco.

EPÍLOGO

Cuando llegamos a finales de la década de 1970-1980, La Boquería seguía siendo el mayor mercado de Barcelona en extensión, en volumen de ventas y en número de puestos: tenía 375 puntos de venta de frutas y verduras, 156 de carnes, 85 de pollería y caza, 48 de cerdo, 134 de pescado fresco, 24 de marisco, 8 de pesca salada, 39 de huevos, 14 de legumbres y cereales, 39 de víveres o tiendas de alimentación en general y 20 bares. Es decir, había un millar de puestos, dejando fuera de este recuento todas las tiendas situadas en el entorno inmediato del mercado como eran las de las calles Cabras, Jerusalén, Floristas de las Ramblas, Cervelló y de la Morera (LV., 9.7.1978).

Pero esa gloria, sostenida durante muchos años, pronto empezaría a marchitarse; hoy nos encontramos con que el mercado dispone, con tendencia a la baja, de 280 puntos de venta o servicios; de éstos, muchos bares que realizan las funciones de restauración, es decir deglución inmediata de productos del mismo mercado acompañados de alguna bebida; sin embargo, tal ingesta es engañosa porque forma parte de la transformación de La Boquería de un

gran espacio histórico de servicios de alimentación a otra gran superficie donde el ocio y el espectáculo tienen una función cada vez más relevante. Algunos de los puestos reconvertidos en lo que ahora podríamos llamar como divertimento, llevan en sus rótulos de presentación, epígrafes como «*Delicatessen, Sweet tentations from convents ans monasteries*»; o “*Superfood Station Delicious organic & smooth*”; también “*Mas, Food Lovers since 1945*”; o bien, “*Mery's Market*”.

Un responsable del mercado afirmó que en una situación normal, La Boquería recibía la visita de unos 7.000 turistas al día; significa cada semana 40.000, lo que supone cada mes, etc., etc. Y los vendedores se adaptan a los cambios para salir adelante, por lo que una buena cantidad de mostradores que antes estaban surtidos de frutas y verduras ahora los vemos con tarrinas y vasos de plástico donde se vende zumo o macedonia de frutas u otros trozos según la época; también encontraremos pescaditos y frituras recién hechos.

Un cambio importante del funcionamiento de un cuerpo o instrumento social no suele producirse por una sola causa. En el caso del retroceso de nuestro mercado vemos varios factores, entre ellos algunos que sobresalen. Recordemos cómo en 1957 salía de fábrica el primer coche SEAT 600. La era de la motorización masiva comenzaba, y ésta llevaría a también a la multiplicación de las segundas residencias y urbanizaciones.

Justo dos años más tarde, en julio de 1959, en la calle Sant Antoni Maria Claret de Barcelona se abrió el primer supermercado bautizado con el nombre de Caprabo, siglas formadas con la primera sílaba de los apellidos Carbó, Prat y Botet. Aquel acto significó el inicio de una forma de vender y comprar que, como una avalancha, se haría difícil detener. Ese mismo año, la TV llegaba a Barcelona: con ella, el fútbol, los toros y el franquismo llamaban a la puerta de cada familia. Todo esto comportaba más tiempo pero como éste es finito y no se puede estirar, había que ahorrar para poder hacer más cosas con el mismo. El abastecimiento de la cocina y su manipulación empezaron a resentirse.

En la historia de los humanos, los cambios sociales son incesantes. Nosotros, que recibimos sus efectos, somos la causa de muchas de estas mutaciones pero otros nos vienen impuestos en nombre de un falso progreso. Se puede confundir simplificación de la vida, con su empobrecimiento; automatización, con mutilación de las capacidades creadoras y artísticas; vida sana, saneamiento, con la medicalización de nuestros cuerpos, pérdida de

nuestra intimidad y el control de todos, orden y seguridad, con refuerzo de la propiedad privada.

Uno de los criterios para conocer qué hay de bueno en un cambio es ver hasta qué punto nos acerca o nos aleja de la naturaleza y de sus valores. Hemos visto cómo la comunicación en los mercados ha tenido una importancia eminente, ya sea intercambiando sentimientos, expresiones y acompañamiento en horas de luto, de separación y pésame pero también en momentos de compartir gozo y alegría y cómo no de intercambio de conocimientos y experiencias.

Así lo expresaba uno de los buenos conocedores de la expresión humana y su comportamiento: *«En el corazón de las sociedades humanas, de su modo de funcionar, de su forma de pensar y de decir, reside el intercambio; de la misma forma que se ha podido decir que el intercambio, asociado al principio de reciprocidad, ha fundado la cultura y ha permitido a los hombres establecer con la naturaleza una relación diferente a la de la simple sumisión, el intercambio es también el vínculo que ha dado forma a la historia de las sociedades, gracias a la cooperación, a la prohibición y a las leyes que se desprenden de él.»*⁹⁶

96 Lévi-Strauss, Claude: *Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss*. 1950, citado por Danielle Provensal a la Revista d'Etnologia de Catalunya, n. 6. 1995.

el
LOKAL

El Raval, Barcelona
noviembre 2022

Leemos al día siguiente de haber sido puesta la primera piedra de La Boquería, en 1940: «El Gefe superior político dió el discurso central y el más largo del acto. De La Boquería poco se habló; sabemos que cuando se invoca una y otra vez a la Patria, mal: se esconden realidades ingratas y aquellas que se tapan suelen ser las más importantes, como son el malestar general, represiones, paro, graves diferencias sociales, los precios de los alimentos, etc. Patria es una palabra cargada de ideología que da pie a la arbitrariedad y a actuaciones autoritarias despóticas. En nombre de aquella, ¿cuántos millones de humanos no han sido enviados a la muerte mediante las guerras y en nombre de la defensa de las colonias?... todo por la Patria.» (...)

Acerca de las setas: “En principio, este alimento que tanto nos conecta con la naturaleza por su olor, generosidad y simplicidad, en la entrada a las puertas de la ciudad no pagaba impuestos, hasta que el aumento de su consumo hizo que también fuera penalizado; la gente protestó diciendo que a ese paso también deberían pagar el perejil y los caracoles, que también crecían en los patios de las casas, y en mayo de 1853 las setas fueron eximidas de impuestos en la ciudad.”

La huelga general de 1902: “Numerosos grupos de vendedores y vendedoras recorrían las calles donde existían también tiendas de frutas y verduras las cuales aprovechándose de la escasez de productos del campo los vendían ahora a precios muy altos. Los piquetes exigían que cerraran las puertas; la mayoría lo hacían y los que se resistían contemplaban cómo patatas, tomates y otros productos rodaban por la calle.”

La postguerra, 1902: En La Boquería se hablaba por lo bajito cuando se preguntaba por la familia porque la mayoría permanecían incompletas, con componentes en el extranjero o encarcelados o en los campos de concentración, otros ejecutados... Existía mucho miedo a tantos confidentes como había ya que podías tenerlos en la misma cola del mercado o paseando, pero siempre escuchando para delatar y hacer así méritos.